PROTAGONISTAS DE AMERICA

FRANCISCO DE ORELLANA

Rafael Díaz Maderuelo

1492-1992

Nace en Trujillo (Cáceres) en 1511. Pariente y amigo de Pizarro, participa en la conquista del Perú y realiza, en 1537, la tercera fundación de la ciudad de Guayaquil. A partir de 1540 inicia la exploración de los llanos orientales al pie de los Andes. Navega por los ríos Coca y Napo hasta su confluencia con el Amazonas. Incapacitado de tomar la ruta de regreso, prosigue en dirección al Atlántico. Se trataba de la primera expedición que recorría el curso completo del río. En España un nombramiento real le convierte en gobernador de las tierras descubiertas. Vuelto al Amazonas, la expedición que emprende se ve jalonada de desastres que culminan con su misma muerte, en Montalegre hacia el año 1550. Su hazaña no reportaría beneficio alguno a la Corona española, ya que el territorio descubierto pasó inmediatamente a dominio portugués.

epublibre

Rafael Díaz Maderuelo

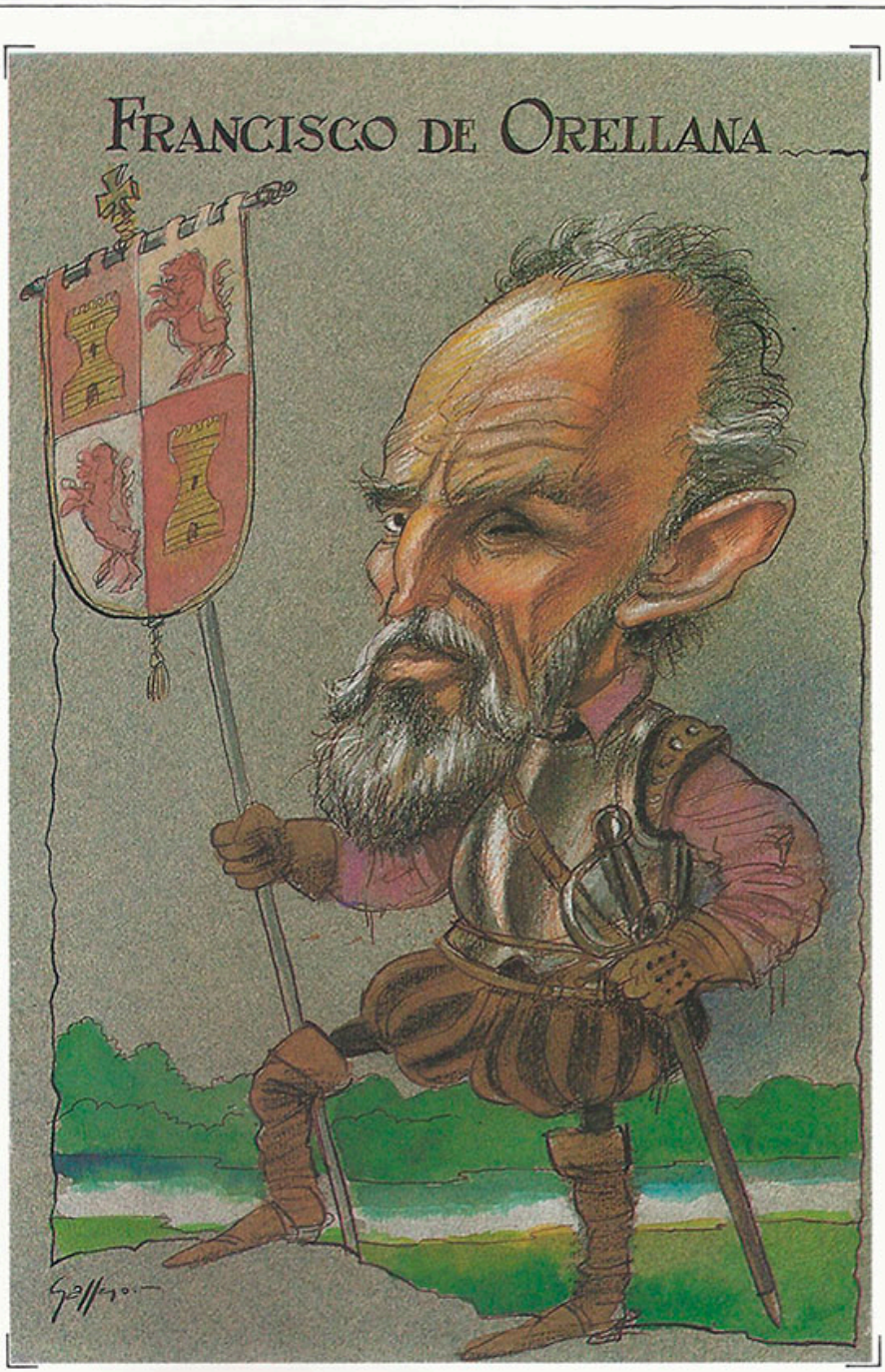
FRANCISCO DE ORELLANA

Protagonistas de América - 29

ePub r1.0
Titivillus 20.11.2021

Título original: *Francisco de Orellana*
Rafael Díaz Maderuelo, 1987
Diseño/Retoque de cubierta: Batlle-Martí

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


FRANCISCO DE ORELLANA

INTRODUCCIÓN

Un lugar cualquiera de una de las orillas del curso principal del Amazonas o, tal vez, de alguno de sus brazos que forman un entramado de canales con aguas de múltiples tonos. Un punto de localización imposible, al pie de cualquier árbol. En ese lugar —¿qué significación podría tener si no un punto concreto e individualizado en la floresta amazónica?— fue enterrado el capitán Francisco de Orellana y con él un proyecto de expansión de la civilización hispánica en una de las regiones del mundo que de manera más permanente han interesado a la humanidad desde que, precisamente navegantes españoles, en diferentes épocas históricas, la descubrieron para Occidente.

Orellana había regresado de nuevo al Gran Río; su deseo era establecerse allí en nombre de Castilla. Abrigaba el propósito de fundar y poblar al menos un par de ciudades; ya tenía experiencia probada en esos menesteres. Le acompañaba su esposa, doña Ana de Ayala, a quien en repetidas ocasiones habría mostrado, no sin satisfacción, su título de adelantado de la Nueva Andalucía, que había conseguido en capitulación de 13 de febrero de 1544, firmada por el príncipe Felipe, en ausencia del Emperador. Todos sus proyectos se ve-

rían frustrados un día de noviembre de 1546. La fiebre, quizá debida a una disentería; el fracaso de sus planes de poblamiento, motivado por la acumulación de desgracias desde que partió de Sanlúcar de Barrameda el 11 de mayo de 1545; la desesperación por la reciente muerte de diecisiete de sus hombres, flechados por los indígenas a bordo del bergantín en que le habían acompañado en busca de provisiones, precipitaron la muerte de aquel hombre envejecido prematuramente cuando solamente contaba treinta y cinco años.

Probablemente quienes se encargaron de enterrar sus restos eligieron azarosamente un ejemplar cualquiera de las variadas especies de árboles que cubren las orillas de los *igarapés* que, como brazos de agua, se forman en el curso del Amazonas; quizás un *aroeiro negro*, cuya madera es inmejorable para la construcción naval, o un *gabiuna*, de madera incorruptible, o cualquier castaño de gran porte. Tal vez tuvieron que excavar su tumba entre las lajas que, como arbotantes, sostienen los troncos de mayor tamaño. Poco importa, lo cierto es que con la desaparición del capitán Orellana se precipitó el desbaratamiento de su proyecto de ocupación de aquellas tierras. No es difícil imaginar las escenas que sucedieron a su entierro. En ausencia del adelantado y sin poder encontrar al resto de los escasos supervivientes de la empresa, quienes, como se averiguaría más tarde, habían dirigido su marcha por mar hacia la isla Margarita, ninguno de aquellos hombres que le acompañaron hasta el final tenía posibilidades de continuar su iniciativa ante los obstáculos que oponía la región. Ni siquiera su joven viuda pudo inspirar el ánimo necesario para que alguno de los supervivientes, como el aguerrido Juan de Pañalosa, dedicara su esfuerzo a continuar la empresa. Tal vez el temor a que se repitiese el final de la expedición de Diego de Ordás, que años atrás diri-

gió una aventura similar, coronada por la desgracia, hizo desistir en su empeño y obligó a replegarse hasta la isla Margarita, como hicieron los restantes hombres de la expedición, quienes quizá no estaban muy convencidos de la importancia de aquella aventura colonizadora.

Orellana había muerto sin alcanzar la gloria que suponía la puesta en práctica de su proyecto de conquista, pero había conseguido comprobar la navegación del río más caudaloso de la Tierra y aquí radica el valor que posteriormente se daría a su empresa. Muchos años antes de ésta, la desembocadura del río había sido ya descubierta por otros españoles. En efecto, en el año 1500 Vicente Yáñez Pinzón había llegado a las bocas septentrionales y, sorprendido por la nula salobridad de las aguas del mar en aquella zona, llamó a este accidente Nuestra Señora de la Mar Dulce. Aquel mismo año, Diego de Lepe descubrió el Pará; esto es, la desembocadura del gran río por la parte meridional de la isla de Marajó y, seguramente parafraseando el nombre indígena de aquella región, llamó al río Marañón. Este nombre llegaría a confundir varios accidentes geográficos diferentes y así serviría para denominar tanto al Pará como a la boca septentrional e incluso al Orinoco y al entrante de la costa brasileña donde los franceses fundaron São Luiz de Maranhao. Lo que había descubierto Orellana era, por tanto, exclusivamente la navegabilidad del río, la salida desde el Altiplano andino al Atlántico o Mar del Norte. Desde entonces el curso fluvial pasaría a llamarse río de Orellana y algo más tarde río de las Amazonas. Sin embargo, el fracaso de la experiencia de conquista desvió los intereses de la Corona española y, con la excepción de algunos otros intentos, como el emprendido por un tal Diego de Vargas, tras capitular con el rey en diciembre de 1549, o la petición de Gerónimo de Aguayo que consiguió,

aunque de nada sirviera, una importante demarcación territorial en capitulaciones de 1552, habría de transcurrir casi un siglo para que, en virtud de una expedición de dos franciscanos y un remonte del curso del río por el capitán Pedro Texeira, se iniciase la navegación del jesuita padre Acuña y nuevamente se afrontase el reto que representaba el establecimiento de factorías y misiones a lo largo del curso del río de las Amazonas.

Estos fueron los hitos principales de la primera etapa del descubrimiento español del Gran Río, pero no hay que olvidar que muchos siglos antes de los europeos, otros pueblos habían llegado a sus orillas y lo habían recorrido en sus canoas y piraguas. Durante ese largo período, las sucesivas generaciones de aquellos primeros habitantes consiguieron adaptarse a las condiciones ambientales de la floresta amazónica, ensayaron sistemas de cultivo, instituyeron fórmulas para regular sus relaciones sociales y políticas, idearon cosmovisiones para explicar su propia presencia en aquel entorno; en otras palabras, enmarcaron su existencia en el conjunto de reglas que constituyen la cultura y, precisamente desde la llegada de los europeos, se vieron obligados a luchar para defender su tierra.

También conviene recordar que el proceso descubridor de la Amazonia habría de continuar todavía durante algunos siglos y, como el de muchas otras regiones del mundo, no ha terminado aún, seguramente porque a pesar del mayor conocimiento de sus particularidades no se ha logrado apagar la llama que provoca el misterio de sus selvas, que avivan constantemente las leyendas de riquezas fabulosas e innumerables peligros, con certeza leyendas con un sentido similar a las que impulsaron a Orellana, Ursúa, Acuña y tantos otros.

DE TRUJILLO A SUDAMÉRICA

La vida del capitán Francisco de Orellana, como la de muchos otros hombres que tomaron parte de manera decisiva en la impresionante proyección de España en el Nuevo Mundo, se conoce de manera desigual. En otras palabras, no puede seguirse con certeza el curso de sus pasos por la villa extremeña de Trujillo en sus años de mocedad, ni parece posible averiguar si algún acontecimiento de carácter personal pudo llevarle en aquella época a decidir trasladarse a Indias y una vez allí emprender una aventura tan espectacular como infortunada. Puede trazarse un cuadro a partir de las huellas que dejó en sus primeras aventuras americanas, pero solamente es posible seguir sus movimientos con bastante precisión desde que comenzó la primera navegación por el Amazonas, pues de esos acontecimientos se han conservado fuentes de primera mano, como la muy hermosa relación que escribió otro trujillano, el dominico fray Gaspar de Carvajal, quien le acompañó en aquella empresa.

La villa de Trujillo se alza sobre un cerro al occidente de la sierra de Gaudalupe. Ese emplazamiento testifica el valor estratégico que ostentaba para las correrías que hubieron de llevarse a cabo desde el siglo XII para reconquistar las tierras

ocupadas por los musulmanes. Como en otras regiones peninsulares, la prolongación de estas luchas de carácter territorial modificó el carácter de la población de estas tierras durante la baja Edad Media, facilitando el surgimiento de algunos linajes de hidalgos que al transcurrir el tiempo, una vez terminada la empresa de la Reconquista, no pudieron dedicarse en la práctica a su ocupación específica: las actividades de guerra. Por otra parte, el crecimiento de dichos linajes ya no podía verse correspondido, en términos generales, con nuevas expansiones territoriales. Esta situación dificultaba la vida de aquellos quienes, más o menos directamente, estaban emparentados con los linajes nobles, pero no tenían bienes suficientes para sobrevivir sin dedicarse a ocupaciones que consideraban indignas. Este es el caso de un buen número de los conquistadores que habrían de pasar a Indias durante el siglo XVI; no eran campesinos insatisfechos por ínfimas condiciones de vida, sino hidalgos inadaptados a la vida del trabajo que, a diferencia de sus antepasados, ya no podían emprender acciones de guerra en suelo peninsular.

Una situación de estas características podría explicar en parte los rasgos de inadaptación, rebeldía o, al menos, inconformismo, que no resulta difícil descubrir en el carácter de los más conocidos miembros de algunos linajes que a comienzos del siglo XVI tenían sus solares en Trujillo, ya fueran los Alvarado, Añasco, Chaves, Loaisa o Pizarro, y que en esa época se trasladaron a Indias en busca de aventura, y lo mismo puede afirmarse de quien llevó a cabo la primera navegación por el Amazonas.

No es posible precisar con exactitud la fecha del nacimiento de Francisco de Orellana, ya que el registro de bautismo en Trujillo sólo puede rastrearse desde 1548 en adelante; sin embargo, si se acepta su propia declaración, en 1542 debía

contar treinta años, por lo cual puede establecerse que su nacimiento tuvo lugar en 1511. Su abuela materna perteneció al linaje de los Pizarro, por lo cual el joven Francisco estaba emparentado con los conquistadores del Perú. Y que tenía conciencia de ello lo corrobora el hecho de que en Indias siempre se le viera defendiendo la causa de sus parientes. Pero el propio apellido Orellana constituía una rama del linaje de los Bejarano, cuyo encumbramiento había discurrido paralelamente al engrandecimiento de la villa de Trujillo. Aunque se pueden señalar muy pocos acontecimientos de su infancia, según puede colegirse de su actuación posterior debía ser instruido, lo que no era demasiado frecuente entre los soldados que pasaron a América. Este hecho puede tener su lógica en la situación peculiar, ya aludida más arriba, de algunos hidalgos del XVI; no se dedicaban al trabajo de la tierra, tampoco guerreaban y quizá la única actividad razonable para sobrevivir de manera digna, según su propia mentalidad, se basaba en una cierta dedicación a las letras. Con toda probabilidad éste habría sido el camino que el aún adolescente Francisco de Orellana se había trazado, sin embargo, algunas particularidades del ambiente que enmarcó su infancia y primera adolescencia en Extremadura, unidas a su inconformismo hacia unos condicionamientos sociales tan peculiares, habrían de llevarle por otros derroteros.

Los aires que se respiraban en Trujillo durante las primeras décadas del siglo XVI estaban ya preñados de aromas americanos. Todos los años se celebraba en la villa una feria en la que no sólo se intercambiaban mercancías. Suele ser frecuente que las reuniones de carácter mercantil se conviertan en mentideros, y con toda probabilidad en aquella feria de Trujillo las noticias de algunos extremeños que habían pasado a Indias debían correr de boca en boca, se agrandaban, se

transformaban, prefiguraban en suma un mundo lleno de atractivos que se convertían así en el resorte que animaba los sueños de los más jóvenes. Llegaban noticias de Hernán Cortés, el de Medellín, cuya andadura por tierras americanas se había seguido desde que estuvo en Cuba con Diego Velázquez. La hazaña de Cortés en la ciudad lacustre de Tenochtitlán era especialmente atractiva, pues se veía coronada por el éxito, pero con el tiempo se hablaría con igual fascinación de los Pizarro, Loaisa, Olmos, etcétera, cuyas aventuras al otro lado del océano les otorgaban un aura de heroísmo.

En 1526 Carlos I se detuvo en Trujillo, procedente de Portugal. La llegada del Emperador avivó las conversaciones en que los temas de América desempeñaban un especial protagonismo. Se hablaba de Cortés, se tenían noticias de la búsqueda de un paso hacia el mar del sur, que años antes descubrió Núñez de Balboa, se conocían los pormenores de la primera navegación alrededor del mundo… Francisco de Orellana, que a la sazón debía contar quince años de edad, considerando sin duda las desventajas que permanecer en Trujillo podría acarrear a su vida, decidió aventurarse y se dispuso a pasar a América formando parte de la tripulación de cualquiera de los capitanes que estuviesen reclutando gente en aquel momento. Movido por estas razones decidió trasladarse a Sevilla, el lugar en que se gestaban los preparativos de las expediciones a América, la ciudad más importante de la Península desde el punto de vista de las relaciones con el Nuevo Mundo.

Lo más probable es que Orellana pasase a América con Pedro de Alvarado, podría haberlo hecho con sus parientes, los Pizarro, pero sin duda no habría vacilado en relatar este hecho como mérito en la relación que tiempo después, en 1541, habría de presentar al cabildo de la ciudad de Santiago de

Guayaquil, solicitando permiso para acompañar a Gonzalo Pizarro en su expedición en busca del País de la Canela. Sin embargo, no es de extrañar que en aquella ocasión no declarase los pormenores de su traslado a Indias, si, como puede suponerse, acompañó a Alvarado, pues era notorio el enfrentamiento existente entre este último y Pizarro. En cualquier caso, y aunque la fecha sea poco significativa en sí misma, puede admitirse su presencia en Centroamérica hacia 1527. Debió llegar a las costas panameñas, donde tendría la primera visión de las tierras tropicales del litoral, cubiertas de manglares. Aquellas tierras y aquella vegetación tan diferentes a los campos que rodeaban su villa natal, que tan familiares habrían de resultarle en adelante. Parece cierto también que estuvo en Nicaragua muy poco después del descubrimiento del lago del mismo nombre por Gil González Dávila, y de su desaguadero por Ruy Díaz y Hernando de Soto; incluso es probable que pasara algún tiempo en Guatemala. Pero lo importante es que cuando Orellana llegó a América, las recompensas ofrecidas por el Emperador a quien descubrió un paso al Mar del Sur, habían atraído la atención de numerosos soldados, la de aquellos que aún no habían visto recompensados sus esfuerzos por el éxito, y estaban todavía deslumbrados en gran manera por la empresa de Hernán Cortés. En estas circunstancias se había originado un auténtico hervidero de proyectos en los que la realidad de una geografía aún desconocida se mezclaba casi necesariamente con las más variadas leyendas.

Debió de ser en esas mismas circunstancias cuando el joven Orellana pudo haber conocido a un buen número de soldados que le hablaban de su participación en empresas descubridoras, así como de sus proyectos de acompañar alguna de las expediciones que se estaban organizando. Pudo cono-

cer así a un tal Francisco Ruiz, miembro de la expedición que Diego de Ordás había dirigido a Paria, precisamente en busca del legendario Marañón. Como sucediera en la feria de Trujillo, el centro de las conversaciones lo ocupaban las referencias a lugares casi siempre fantásticos presumiblemente abundantes en riquezas, aunque en esa etapa concreta sería más frecuente discutir, fantasear en torno a las posibilidades de encontrar el tan ansiado paso entre ambos océanos... Solamente un nuevo acontecimiento podría haber reorientado la atención y los intereses de Orellana en otra dirección, como ya les había ocurrido a muchos de los recién llegados desde la Península; esa nueva empresa sería la conquista del Perú, que arrastrará literalmente al hidalgo trujillano y le apartará por algún tiempo de los objetivos que se trazó a su llegada al Nuevo Mundo. Pero en cualquier caso, aunque de momento abandone Orellana sus ansias de descubridor, no cabe duda de que los rasgos que le definirán más adelante como tal, encontraron el caldo de cultivo apropiado en esta etapa centroamericana de su vida.

La fecha en que Francisco de Orellana se trasladó al Perú también está sujeta a dudas, aunque se admite que debió ocurrir con anterioridad a 1535, quizás acompañando al propio Alvarado, o incluso a Almagro, aunque también es probable que lo hiciera con Pedro Alvarez de Holguín. Es muy posible que se desplazase entre 1532 y 1534, como deduce Gil Munilla a partir de la declaración de Orellana en favor de Cristóbal de Segovia. Si en Centroamérica se forjó el Orellana descubridor, será el altiplano andino el testigo de su formación militar como oficial. Asimismo, en Perú habría de obtener el aprecio de Francisco Pizarro, su paisano y pariente lejano, quizá porque en una de las primeras acciones de guerra de la conquista del imperio de los incas, hizo gala de una

fogosidad que le llevó a perder un ojo, a causa del disparo de una flecha, pero también, sin duda, por el apoyo y la confianza que siempre demostró al tomar partido por la causa del marqués de los Atavillos.

Hay constancia de que estuvo presente en la villa de Puerto Viejo, en el golfo de Caráquez, donde se instaló como poblador después de su primera fundación por Diego de Sandoval. Allí dio muestras de su generosidad con muchos soldados que, no habiendo tenido fortuna en otras empresas, llegaban atraídos por las noticias del Perú. Seguramente su generosidad encuentra fundamento en la confianza que le proporciona la conciencia de su juventud. Entonces cuenta Orellana entre veintiuno y veinticuatro años, y se siente lo suficientemente seguro de sí mismo como para mirar al futuro con despreocupación. También en Puerto Viejo demuestra constantemente su apoyo a Pizarro y así, cuando tiene noticias de que los indígenas habían puesto cerco a Cuzco, no dudo en acudir en su socorro, aun a expensas de numerosos gastos para reunir una tropa suficiente. También intervendría en la defensa de Lima y la misma adhesión a Pizarro se advierte en su intervención en la batalla de las Salinas, que se libró el 26 de abril de 1538.

En efecto, después de las primeras acciones de conquista del imperio inca, los indígenas comenzaron a reorganizarse y se levantaron, tanto en la costa como en el altiplano, frente a los españoles que, en resumidos cuentas, no formaban más que un reducidísimo grupo. Aprovecharon para estas acciones la ausencia de algunos militares como Alonso de Alvarado, que se había adentrado hacia la zona de la montaña, en lo que constituyen los comienzos de la selva amazónica. El acoso indígena a Cuzco duraría ocho meses y tras él se iniciaría una marcha sobre Lima, la Ciudad que en honor de los Reyes

había fundado el propio Francisco Pizarro en el valle del río Rimac. Ante el ataque de los nativos, Pizarro llamó a sus jefes militares que en su gran mayoría estaban alejados de Lima y Cuzco, ocupados en otras empresas. En esos momentos Orellana se hallaba de nuevo en Puerto Viejo, pero esta vez en compañía de Gonzalo de Olmos, que había sido enviado por Pizarro para poner fin a las desavenencias entre los capitanes Pacheco y Puelles, y la había fundado de nuevo con el nombre de Villa Nueva de Puerto Viejo. Allí consiguió reunir Orellana unos ochenta hombres con los cuales partió en ayuda del conquistador del Perú. En primer lugar intervino en Lima y cuando consiguió poner fin al cerco que le habían puesto los indígenas, ascendió sin demora por las empinadas laderas de la cadena montañosa para luchar contra los indios levantados en Cuzco, hasta pacificar la ciudad. Después de lograr sus propósitos, Orellana y Gonzalo de Olmos regresaron a Puerto Viejo y nuevamente partieron desde allí en ayuda de Pizarro cuando tuvieron conocimiento de la grave situación creada por Almagro a su regreso desde Chile.

Fue en la batalla de las Salinas donde se dirimieron las diferencias entre los partidarios de los Pizarro y los seguidores de Almagro, que había regresado sin éxito, como es bien conocido, de su intento de tomar posesión de las tierras que Carlos I le había concedido hacia el sur, más allá de la gobernación de Francisco Pizarro. El desierto de Atacama supuso un obstáculo infranqueable y Almagro decidió regresar a Lima para enfrentarse a Pizarro, aprovechando su presumible indefensión y contando con el apoyo de los seguidores de Alonso de Alvarado. Sin embargo, Almagro se detendría en su marcha cuando tuvo noticias de que desde Puerto Viejo Gonzalo de Olmos había enviado al ya capitán Francisco de Orellana a la cabeza de más de quinientos hombres, y que

desde Cuzco, Gonzalo Pizarro, uno de los hermanos del marqués, también acudía en su ayuda con cincuenta caballeros. Así las cosas, Francisco Pizarro persiguió a Almagro hacia Cuzco y cerca de la ciudad, en los llanos de las Salinas, el gran conquistador del imperio incaico obtuvo una rotunda victoria sobre su adversario.

Sin embargo, estos acontecimientos permitieron al marqués y gobernador comprender los riesgos que suponía para mantener la paz la presencia de numerosos militares de prestigio, pero ociosos, reunidos en un mismo lugar una vez que la dominación del poder indígena había concluido prácticamente. En esas condiciones era de esperar que las ambiciones personales de algunos de ellos generasen tendencias levantiscas y, por todo ello, Pizarro debía iniciar una nueva estrategia, según la cual la política de alejar a los posibles cabecillas de insurrecciones constituirá la práctica más significativa. No se equivocaba el conquistador al prever los levantamientos, pues durante mucho tiempo serían un azote en el virreinato del Perú. Pero lo que ahora interesa resaltar es que esta nueva etapa supondrá, en cierta forma, la confirmación de Francisco de Orellana, que contaba entonces veintisiete años, como *persona principal* y como hidalgo de solar reconocido. Sus sueños de adolescencia iban a cumplirse en la práctica, pero precisamente en esos momentos en que su existencia parecía haber encontrado la posibilidad de un merecido sosiego, algunos rasgos de su carácter, que se forjaron a su llegada a Centroamérica, le impulsarán hacia nuevas acciones, enmarcadas decididamente por el atractivo de la aventura.

En virtud del reparto de territorios que había realizado Francisco Pizarro después de la batalla de las Salinas, Orellana fue encargado de la gobernación de la denominada pro-

vincia de la Culata. Se trataba de un territorio plagado de ciénagas, surcado por corrientes de abundantes aguas. De nuevo los caudalosos ríos tropicales de los que el capitán trujillano había tenido experiencia precisamente algunos años atrás, con ocasión de la fundación de Puerto Viejo por Diego de Sandoval. Ladislado Gil Munillas ha resaltado el valor que para un hombre como Orellana debió representar su experiencia como teniente de gobernador en la cuenca del Guayas, especialmente por la similitud que el paisaje de esa región ecuatoriana muestra con la desembocadura del Amazonas.

Lo importante es que Orellana tenía en aquellos momentos una conciencia clara del valor estratégico de esta provincia, que servirá de vía de comunicación con Quito, Pasto y Popayán. Es como si Orellana sintiese la geografía de manera espontánea; como si el mayor y mejor acicate que recibiera como impulso de sus acciones proviniese del paisaje. Y ahora tenía el encargo de gobernar la villa nueva de Puerto Viejo, levantada de nuevo en 1535 sobre las ruinas de aquella otra en la que él había residido tiempo atrás como poblador, pero también debía fundar una ciudad, Santiago de Guayaquil, en aquella comarca. No será ésta tampoco una empresa fácil, pues la región aún no estaba pacificada. Según Pedro Cieza de León, Sebastián de Belalcázar había sido el fundador de Guayaquil, en 1534, en el mismo lugar en que el río Babahoyo desemboca en el mar. Alcedo asegura que fue el propio Pizarro quien la fundara en la bahía de Charapotó en 1533, habiendo encargado su gobernación a Diego Daza, con toda seguridad el mismo que había estado en tierras de Nicaragua con Francisco Hernández de Córdoba. Tras un ataque de los nativos de la región, los indios chono o huancavelicas, Daza pudo huir con media docena de hombres y pasó a Quito; des-

de allí regresó a reconquistar lo que quedaba de Guayaquil, en compañía de un tal Tapia. Mientras tanto, las noticias habían llegado a Pizarro que se apresuró a enviar en su ayuda, desde Lima, al capitán Zaera y por último a su teniente Francisco de Orellana, con el encargo de fundar de nuevo la ciudad y gobernarla junto con la no muy lejana Villa Nueva de Puerto Viejo.

Cuando Orellana llegó a la ciudad destruida por los indios, había conseguido reunir una tropa no muy numerosa, aunque, eso sí, a su propia costa, según el testimonio de fray Gaspar de Carvajal. Era un momento en que los indígenas estaban a punto de volver a organizarse de manera autónoma en la región. Orellana venía como el hidalgo soñado por sí mismo desde su infancia trujillana. No combatió con saña a los indígenas, sino que, al contrario, leía una y otra vez el requerimiento a la paz redactado por el cortesano doctor Palacios Rubios. Fundó de nuevo Guayaquil trasladando su emplazamiento a la orilla occidental del río, en la ladera de una colina conocida como el Cerrillo Verde o de Santa Ana, por el nombre que el mismo trujillano le diera, muy cerca de donde se alza actualmente la ciudad moderna.

El lugar ofrecía muy variados recursos a los pobladores: la abundante pesca del río y el mar, los prados para criar ganado, las huertas y los bosques con abundante madera y caza. Seguramente el lugarteniente de Pizarro se situó en un lugar de honor en lo que habría de ser la plaza mayor de la ciudad. Su uniforme de gala brillaba al sol en la clara mañana de aquel 25 de julio de 1538. Tras él se situarían el alférez y un religioso, seguidos por los soldados y acompañados por un escribano. Delante de un grueso tronco se colocó Orellana para repetir por tres veces la fórmula según la cual manifestaba sus intenciones de fundar la ciudad y requería a quienes

se opusieran. Como nadie respondiera, descargó un golpe de su espada sobre el tronco que así quedaba confirmado como picota. En ese momento declaraba fundada la ciudad en nombre de Dios, del Emperador don Carlos I y del gobernador Francisco Pizarro. Seguidamente se hizo el reparto de los solares entre los vecinos, reservando uno para la edificación de la iglesia, otro para el cabildo y, lógicamente, uno para construir la residencia del propio Orellana. Junto al lugarteniente de Pizarro se encuentra en aquel momento Rodrigo de Vargas, también combatiente en las Salinas, que por esa razón obtuvo como recompensa su repartimiento de Yagual. Asimismo, figuran a su lado Gaspar Ruiz y su teniente, Francisco Perdomo. Pero estos últimos no acompañarían a Orellana en su entrada al Amazonas, sino que habrían de permanecer al frente de sus encomiendas o en la sosegada actividad de ver cómo se incrementaban sus propiedades en las ricas tierras de la cuenca del Guayas.

El propio Orellana podría haber comenzado ahora una vida de descanso y prosperidad en la ciudad por él nuevamente fundada. Desde 1538 gobierna Santiago de Guayaquil y la Nueva Villa de Puerto Viejo. En 1539 había recibido los cargos de capitán general y teniente de gobernador, que le envía Francisco Pizarro, satisfecho del resultado de la pacificación de la provincia. Parece llegado el momento de descansar después de varios años de esfuerzos, tranquilamente instalado en su demarcación. Sin embargo, habría de ser solamente dos años después cuando emprendiese la gesta más importante de cuantas llevó a cabo, aquella por la cual su nombre quedaría vinculado a los de Cortés o el propio Pizarro. Su interés por los descubrimientos, forjado en su etapa centroamericana le impulsaba a seguir adelante allá donde las leyendas prefiguraban lo desconocido. Muchos bienes poseía Orellana

en 1539, riquezas, tierras, bienestar, poder, seguridad, etcétera. Pero no constituían en su conjunto un motivo suficiente para mantenerle tranquilo en su nueva situación. La calma, para quien ha sentido la fuerza vital de la aventura, no es un valor deseable.

Con esa inclinación de ánimo, Orellana comienza a acariciar una idea que desde hacía tiempo se había divulgado en medios quiteños, había circulado rápidamente de boca en boca y así se había agrandado y modificado hasta convertirse en el mito impulsor de una nueva gesta; se trataba de la leyenda del País de la Canela; es decir, de las tierras del oriente ecuatoriano. Las noticias acerca de la abundancia de la preciada especie en esa región se remontan a la época anterior a la llegada de los españoles, ya que algunas fuentes señalan que el inca Tupac Yupanqui había enviado en su busca alguna expedición; también se tiene constancia de que tiempo después, algunos tributos recabados por Pizarro a Atahulpa incluían la canela, procedente con seguridad de las regiones de los indígenas macas, quijos y quiznas. La especie y el metal precioso quedaban vinculados en la realidad, pero fueron captados por dos tipos bastante diferentes de leyendas.

En cuanto a la canela, las expediciones de Mercadillo y de Gonzalo Díaz de Pineda, en ambos casos dirigidas hacia las selvas al oriente de los Andes, habían confirmado las noticias sobre la existencia de esta especie, conocida como *ishpingo*, que poco tiene que ver con la verdadera canela asiática. El propio Sebastián de Belalcázar se había dejado atraer por la materialización de la leyenda, lo cual le habría permitido ofrecer al Emperador Carlos I una solución a los conflictos que provocaba su obtención en Oriente. En el momento en que Orellana se hallaba interesado por la búsqueda de la especia, la imprecisión de las noticias era suficiente para que

las afirmaciones acerca de su abundancia, relatadas en forma de leyendas, cobrasen ante sus oídos, a pesar de su carácter prudente, un valor casi dogmático. Abrigaba la esperanza de poder reunir una hueste suficiente para iniciar la expedición empleando los bienes que había conseguido reunir por su intervención en las contiendas del Perú y durante su gobernación de Guayaquil. Buscaba informaciones y soñaba con la idea de poder comprobar personalmente su veracidad. Las hazañas de Cortés en la Nueva España y de Pizarro en el Perú constituían un resorte poderoso para mover su ánimo hacia la exploración de otras regiones de Indias, cuya dilatada extensión territorial hacía suponer que podrían encerrar riquezas fabulosas. Pensaba que cada día pasado en Guayaquil era un tiempo perdido para realizar su deseo y así aumentaba su ansiedad.

Entregado a estos proyectos, a los que volvía reiteradamente su pensamiento cada vez que sus ocupaciones de gobierno le permitían un descanso, Orellana conoció, por boca de un mensajero enviado por Pedro de Puelles, teniente de gobernador de Francisco Pizarra en Quito, que don Gonzalo Pizarro, el hermano menor del marqués, había llegado a dicha ciudad el 1 de diciembre de 1540. Trujillano como Orellana y de su misma edad, traía el título de gobernador de la provincia de Quito, que le había sido concedido el 30 de noviembre de 1539, poco después de su regreso a Cuzco desde la provincia de Charcas, donde había sido enviado tras la batalla de las Salinas. Venía a sustituir a Sebastián de Belalcázar.

Orellana supo, además, que su título incluía la gobernación de las provincias de Guayaquil y Puerto Viejo, y que por tanto él, que había sido el fundador de la ciudad del Guayas, quedaba relegado a un segundo plano, a una situación que

debía resultarle necesariamente incómoda, a pesar de las relaciones amistosas que le unían con Gonzalo Pizarro. Es probable que esta nueva circunstancia influyera más adelante en el ánimo de Orellana cuando, reemprendida la senda de los descubrimientos, considerase la posibilidad de obtener para sí un título directamente del Emperador, sin depender de nadie más que del monarca. ¿Acaso no estaba seguro de su propia fortaleza y de sus capacidades ahora que tenía en su mano el gobierno de Guayaquil, que tan plácidamente crecía según sus planes? Pero en aquel momento lo que más preocupaba a Orellana era que entre las noticias que traía el mensajero, se anunciaban las intenciones que tenía el nuevo gobernador de Quito de emprender una expedición al País de la Canela, precisamente cuando él mismo albergaba un creciente deseo por iniciar un viaje impulsado por muy similares motivos.

Era necesario emprender alguna acción para demostrar sus cualidades no sólo como militar, pacificador de los indígenas, fundador de ciudades y gobernador. Tenía que aventurarse a descubrir y conquistar. Por ello Orellana no vaciló un momento y se digirió a Quito para presentar sus servicios a Pizarro y, sobre todo, para ofrecerse como acompañante de la expedición. No resulta arriesgado suponer cómo las leyendas tomaron parte activa en sus entrevistas. Sin duda, tras referirse a su parentesco común y a su Trujillo natal, debieron conversar largas horas para intercambiar sus noticias acerca de la existencia de un príncipe que, cubierto de fino polvo de oro, se bañaba diariamente en un lago. Precisamente por esa época el mito de El Dorado comenzaba a cobrar forma en Quito y su área de influencia y algo más adelante el célebre historiador de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo

incluiría la siguiente versión del mismo en su monumental obra:

> *... Preguntando yo por qué causa llaman a aquel príncipe el cacique o rey Dorado, dicen los españoles que en Quito han estado e aquí a Sancto Domingo han venido que lo que desto se ha entendido de los indios es que aquel grand señor o príncipe continuamente anda cubierto de oro molido e tan menudo como sal molida; porque le paresçe a él que traer otro cualquier atavío es menos hermoso, e que ponerse pieças o armas de oro labradas de martillo o estampadas o por otra manera, es grosería e cosa común, e que otros señores e príncipes ricos las traen, cuando quieren; pero que polvoriçarse con oro es cosa peregrina, inusitada e nueva e más costosa, pues que lo que se pone un día por la mañana se lo quita e lava en la noche e se echa e pierde por tierra; e esto haçe todos los días del mundo.*

Es la leyenda que tantas veces cambiaría de referente espacial y, sin duda, el mito más importante de cuantos animaron a los descubridores españoles en Indias.

Seguramente durante la entrevista, Gonzalo Pizarra habría hecho referencia a las últimas noticias que sobre ese mismo asunto acababa de recibir, a su llegada a Quito, precisamente de Pedro de Añasco. Y a ellas debió añadir las informaciones provenientes de Gonzalo Díaz de Pineda, acerca de la abundancia de árboles de apreciadísima canela en las regiones selváticas situadas en las laderas orientales de Quito. El entusiasmo que la posibilidad de ver materializadas ambas leyendas producía en el ánimo de los dos trujillanos, les permitió llegar a un acuerdo para abordar la empresa descubridora conjuntamente y, sin más dilaciones, Orellana decidió regre-

sar a Santiago de Guayaquil para realizar los preparativos de su marcha.

El gobernador Gonzalo Pizarro, que permaneció en la ciudad de Quito, comenzó a reunir su hueste, para lo cual reclutó, no sin dificultad, 220 españoles y 4.000 indígenas. Además, pudo proveerse de una ingente cantidad de cerdos, llamas, caballos y una jauría de perros adiestrados. Para evitar que Díaz de Pineda se mostrase receloso con la organización de la expedición, le ofreció las extensas encomiendas de Nambí y Mindo. Por otro parte, sus propias obligaciones como gobernador habían sido transferidas a Pedro Puelles, que precisamente era el suegro de Díaz Pineda. De esta forma, dejaba atados los cabos que le aseguraban cierta tranquilidad, tanto en lo concerniente a su gobernación como durante el tiempo que gastase en la empresa que iba a comenzar.

Mientras tanto, Orellana, que, como se sabe, había regresado a Guayaquil con la intención de prepararse asimismo para formar parte de la expedición, se apresuró en presentar un memorial al cabildo de Guayaquil, que actualmente se conserva en el Archivo de Indias de Sevilla, en el cual hacía una relación de sus méritos y declaraba su intención de ponerse al servicio del Emperador. Hecho esto, pasó a exponer a los miembros del cabildo su intención de partir en busca de la canela. Una vez atendida su demanda, tenía que dejar organizada la gobernación de la ciudad, de la que suponía iba a estar largo tiempo ausente —de hecho ya no regresaría a ella nunca más—. Debía, asimismo, reclutar soldados para formar su hueste y simultáneamente preparar todo el soporte material de una expedición que presumía larga y costosa. A este respecto, fray Gaspar de Carvajal señalaría en su relación del descubrimiento que en aquella ocasión Orellana había gastado cuarenta mil pesos de oro.

DESCENSO DE LOS ANDES

Ultimados los preparativos, Orellana partió hacia Quito para reunirse por segunda vez con Gonzalo Pizarro, como habían convenido. Atrás dejaba el escenario de la culminación de una etapa de su vida. Partía satisfecho porque había visto sus esfuerzos coronados por el éxito. Es cierto que en su empeño había sacrificado muchas cosas importantes en la vida de un hombre joven; además, había tenido que soportar el dolor de perder un ojo, cuya cicatriz ocultaba bajo un pequeño parche negro, más por evitar el desagrado que pudiera causar su vista que por considerarla un signo repulsivo, pues entendía que era más bien un símbolo de su capacitación como oficial, por su valentía y voluntad de servicio. De alguna manera aquella etapa de su vida se le aparecía como un anuncio de lo que podría ser el conjunto de su existencia. Al final del camino preveía el fulgor del triunfo, pero ahora era consciente de que había cumplido satisfactoriamente cuantas pruebas le pusiera el destino como obstáculos para conseguir sus propósitos. Esta superación de dificultades le convertía en un militar cualificado para emprender una empresa más importante y por eso deseaba aventurarse, con la aceptación de todos los riesgos que esta actitud significaba. En otras pa-

labras, estaba dispuesto a apartarse de todo aquello cuanto hasta ese momento había constituido el marco de su existencia. Ya lo había hecho así cuando en su lejana villa natal decidió trasladarse a Indias, y ahora iba ilusionado en su camino desde Santiago de Guayaquil hasta Quito, mientras ascendía por las sendas a veces sólo imprecisamente trazadas sobre la pendiente escarpadísima del terreno, pues este desplazamiento simbolizaba la primera etapa de su separación de una vida que, sin embargo, había deseado ardientemente desde su infancia. De alguna manera se sentía obligado a emprender esta nueva acción, pues en todo momento se había declarado al servicio del gobernador y del Rey, en cuyo nombre tomaría posesión de las riquezas que pudiera encontrar. Además, la aventura se había apoderado de su pensamiento y le asaltaba constantemente con visiones de su fantasía, donde cobraban vida los mitos y leyendas que tantas veces había escuchado en sus conversaciones con otros soldados, o en sus entrevistas con los grandes conquistadores del Perú. Poco le importaba lo que dejaba atrás si se comparaba con lo que podría esperarle más allá de Quito, en los bosques que descendían al Oriente.

Una vez llegado a la ciudad recibió con sorpresa la noticia de que, ya en los últimos días de febrero, había partido Pizarro con sus más de doscientos españoles y cuatro mil indígenas. También estas cifras debieron sorprender a Orellana que sólo había conseguido reunir veintitrés hombres. Desde luego, aunque parece indudable que fuera así, la posibilidad de reclutar doscientos españoles en Quito suponía el riesgo de que se diese marcha atrás en el poblamiento de la región. Pero lo que resulta más interesante de esta manera de actuar es cómo contrastaba con las directrices que se seguían en Perú, donde las incursiones exploratorias tenían como finalidad li-

brar de soldados ociosos las ciudades; al contrario, esta política no parecía aconsejable en Quito, ciudad menos poblada en aquellos momentos, ya que no debe olvidarse que para la conquista de la capital ecuatoriana, algunas décadas atrás, Belalcázar sólo contó con unos ochenta españoles.

Pues bien, mientras se encontraba en Quilo, Orellana recibió numerosos consejos destinados a hacerle desistir de su empeño en alcanzar a Pizarro, pero él no era un hombre a quien pudiera convencerse fácilmente para que denunciase a sus propósitos y, menos aún, sobre la base de augurarle peligros, por verosímiles que fueran, en la realización de los mismos. Por ello partió de Quito, sí, pero no para regresar a las tranquilas orillas del Guayas, sino para enfrentarse a los riesgos que suponía el adentramiento en las laderas orientales de los Andes ecuatorianos.

Efectivamente hubo de afrontar situaciones de extraordinario peligro en su intento de alcanzar el real de Pizarro para sumarse a su expedición; y pudo comprobar que las advertencias que recibiera en Quito no eran invenciones dirigidas a hacerle abandonar. No mucho tiempo después de comenzar la marcha abandonaron las sabanas para adentrarse en la selva. Había que abrir trochas para poder avanzar en la espesura de la vegetación. Pero además la empinadura del terreno oponía dificultades difícilmente salvables sin el concurso de varios hombres a un tiempo para eliminar el riesgo de despeñamiento de las caballerías. El descenso por la vertiente oriental de los Andes ecuatorianos no podía compararse al camino de subida desde Guayaquil a Quito y la dificultad exigía que la marcha fuese lenta y cada movimiento minuciosamente trazado. La primera etapa de la marcha se cubrió al dejar atrás las frías cumbres andinas. Habían pasado por puertos naturales, por pendientes y desfiladeros. La vegeta-

ción de altura dejaba paso poco a poco a una cobertura herbácea sustentada por lluvias cada vez más frecuentes. Después las pendientes eran más inclinadas y comenzaron a descender.

El paisaje se había transformado sustancialmente durante el descenso desde el altiplano. En primer lugar se percibía un aumento del calor y de la humedad, pero aún resultaba más impresionante la falta de luminosidad y el resonar de muy diferentes gritos, chasquidos y murmullos que en ocasiones parecían risas, a veces advertencias o llamadas. Poco a poco las agrupaciones tímbricas permitían diferenciar, aunque vagamente, las horas del día. Las voces aflautadas, agudas y claras de los pájaros servían de contrapunto al croar chillón de ranas y sapos o al aullido de algunos monos que en gran número saltaban de rama en rama. El viento crepitaba en el follaje y todo este griterío, cuya procedencia individualizada era imposible adivinar, se enmarcaba en un murmullo sordo y lejano, de proporciones gigantescas, como un eco de cascadas distantes. Y como soporte de esta variedad acústica, un universo de color de alguna manera correspondiente. Sobre un fondo oscuro no uniforme, sino variado en tonos grisáceos, verdosos y pardos, las manchas blanquecinas de algunas ramas secas, el verde brillante de los musgos, las manchas de color de un sinnúmero de flores, las pinceladas móviles de cientos de mariposas, el suelo negruzco de hojarasca pudriéndose lentamente, los matices apagados de los hongos y, ocasionalmente, las veladuras de una neblina tenue.

Pero este nuevo paisaje no era solamente un mundo amable de sonidos y colores. En cada tronco, bajo cada hoja, desde la lejana oscuridad del fondo, un universo de vida se percibía como una amenaza favorecida por el obstáculo que, para el avance de la comitiva, representaban las raíces de los

árboles, retorcidas en formas inverosímiles, hincadas en un suelo resbaladizo y pendiente. Algunas veces podían vislumbrarse los troncos rectilíneos elevándose hasta el dosel de follaje y el paso resultaba más fácil, pero casi siempre una abundante vegetación epifita de lianas se mezclaba con arbustos que hacían necesario el uso continuado de los machetes para poder proseguir. La lluvia no había cesado de caer ni un solo día desde que comenzó el descenso efectivo de las escarpadas pendientes, pero sí había cambiado su ritmo, en las sabanas habían soportado una llovizna suave y continua, más abajo el agua caía en chaparrones más abundantes e intensos; ahora, en la selva de montaña, las nubes descargaban de manera irregular en forma de aguaceros violentos de poca duración y momentos después el cielo se despejaba para volver a cubrirse amenazador. A veces a la violencia de las lluvias se unía el estruendo de una tormenta tropical. La fugaz luminosidad de los relámpagos y el retumbar bronco de los truenos contribuían a resaltar el aspecto imponente del paisaje, en medio del cual los expedicionarios formaban una comitiva insignificante. El lodazal resultante de las lluvias bajo las trochas abiertas a golpes de machete sobre las pendientes contribuía a aminorar la ya dificultuosa marcha de los viajeros. Por si esto fuese poco, los vivieres escaseaban. Los caballos quedaban atrapados en la retícula que formaban las raíces superficiales o se enredaban en los laberintos de bejucos. Día tras día aquel mundo tan variopinto se repetía sin embargo de manera monótona y desesperante.

En recorrer las escasas treinta leguas que les separaban de las huestes de Pizarro, consumieron Orellana y sus hombres, perdieron o vieron destruidos, casi todos los pertrechos y provisiones que habían conseguido reunir en Guayaquil. Tuvieron que enviar adelante algunos emisarios para pedir

ayuda a Pizarro, quien, al decir de Cieza de León, envió el socorro solicitado por medio del capitán Sancho de Carvajal.

Cuando por fin consiguieron reunirse los dos grupos de soldados, a pesar del lamentable estado en que llegaban los de Orellana, fueron recibidos con entusiasmo por Gonzalo Pizarro, que inmediatamente nombró a Orellana su lugarteniente, como quizás le había ofrecido en su primera entrevista de Quito. Seguramente después del encuentro conversaron sobre las dificultades que había supuesto la marcha y Pizarro relataría cómo en medio de aquellos obstáculos sus hombres y él habían sentido durante varios días que temblaba la tierra, llegando a abrirse en grietas. Además, si para Orellana el descenso desde Quito había resultado fatigoso, cuántas dificultades habría tenido que salvar Pizarro, que realizó su viaje con un número considerablemente mayor de hombres y con la impedimenta que suponían los animales que había conseguido reunir en Quito.

Seguidamente los jefes de las expediciones comenzarían a organizar la marcha conjunta, pues no en balde aún mantenían viva la esperanza de encontrar la canela y, por otra parte, la llegada de Orellana y sus hombres contribuyó a restituir la moral. No obstante, los recién llegados se encontraban extenuados por las fatigas del camino recorrido y tanto la engañosa monotonía del paisaje, que —como se había comprobado— constituía una fórmula encubridora de los riesgos más importantes que tenían que afrontar, como las incesantes lluvias aconsejaron no proseguir la marcha durante algún tiempo más hasta que repusieran las fuerzas para proseguir adelante. Según se ha afirmado más arriba, se encontraban a unas treinta leguas al Este de Quito, en el valle de Zumaco, al pie del volcán del mismo nombre, que era el lugar en que Pizarro se había detenido a descansar tras las penalidades su-

fridas por sus huestes desde que comenzara la marcha por la escarpada floresta.

Mientras la mayoría de los soldados descansaba en Zumaco, Pizarro decidió adelantarse con unos ochenta hombres para explorar la región. La espesura de la vegetación impedía de nuevo la marcha a caballo y era necesario avanzar a pie, abriendo trochas a golpe de machete. Durante los setenta días que duró esta exploración hubo numerosos motivos para que la desesperación de Pizarro fuera en aumento; por un lado la escasez de provisiones; por otra parte la impericia de los guías, incapaces de señalar el camino hacia las aldeas indígenas que pudieran proveer de alimentos a los soldados; de otro lado la irritante monotonía de la vegetación, debido a la identidad aparente de las distintas especies forestales; pero sobre todo la evidencia de que la explotación de la canela, al fin supuestamente hallada, no podría ser rentable, ya que los árboles no crecían agrupados, sino extraordinariamente dispersos en el bosque.

Acostumbrados a las características de los bosques templados de la Península, concretamente a los encinares, alcornocales y robledos de Extremadura, donde árboles de una misma especie pueden desarrollarse no muy separados, ni Pizorro ni los españoles que le acompañaban podían prever esta particularidad de la selva tropical, que, sin embargo, tantas ventajas ofrece para el mantenimiento de la rica variedad de especies vegetales, pues al crecer sus individuos tan diseminados no tienen que competir por los escasos nutrientes de un suelo de por sí bastante pobre. Desde luego esta dispersión de las especies vegetales chocaba frontalmente, como aún lo hace actualmente, con los intereses de quienes anhelaban una explotación fácil e intensa de los recursos naturales.

Muy decepcionado debió sentirse Pizarro ante esta peculiaridad de los ansiados árboles de la canela, y eso que desconocía que ni siquiera se trataba de la verdadera canela, del género *Cinnamomum*, procedente de diversos puntos del sureste asiático, sino de la especie conocida como *ishpingo (Nectandra cinamomoides),* cuyos frutos se encuentran encerrados en vainas muy aromáticas aunque poco tienen en común con la ansiada especia que llegaba del Maluco, hasta su enajenación por Portugal en 1529, precisamente doce años antes de la expedición en su busca desde Quito. Todavía abrigaba alguna esperanza el gobernador de Quito de que podría encontrar algún poblado indígena en cuyas rozas cultivasen los arbustos de *ishpingo*, pero en su búsqueda sólo consiguió comprobar cómo el cansancio, la enfermedad y la desesperación hacían mella en sus hombres.

En sus ansias de retornar al campamento de Zumaco con mejores noticias y esperanzas, Gonzalo Pizarro indagó entre los indígenas acerca de las riquezas que podrían encontrarse más adelante. Con toda seguridad asociaba el hallazgo de la canela con el país de El Dorado, pues tal sugerencia había recibido de Añasco. Además la creencia de que las especias y el oro se debían hallar indisolublemente vinculados en las regiones tropicales, formaba parte de la mentalidad de los descubridores europeos y, hasta cierto punto, estaba reforzada por numerosos hallazgos casuales, así como por el hecho de que algunos tributos indígenas unían la especia con el oro. Para obtener informaciones concretas, el gobernador de Quito no cejaba en su empeño de interrogar a cuantos nativos encontraba y como no hallase respuestas convincentes, pensando quizás que le ocultaban la verdad acerca de la dirección que debía seguir, no vacilaba en castigar a aquellos desdichados indígenas con atroces tormentos e incluso con la

muerte. Ya había dado muestras de crueldad tiempo atrás cuando provocó una revuelta indígena por torturar al inca Manco después de perseguirlo hasta Vilcabamba. En esta ocasión llegó a quemar vivos a los indios e incluso a arrojarlos a los perros que había traído desde Quito. Los perros, adiestrados especialmente para atacar a los indígenas, causaban auténtico terror entre éstos y conociendo los españoles esta particularidad eran empleados con frecuencia para mantener a los nativos en el temor a la desobediencia, de donde viene la expresión *aperrear*. Pues bien, durante la expedición, los perros le habían servido a Pizarro, con ese procedimiento terrible, para evitar la huida de los numerosos indígenas que había conseguido reclutar; y ahora representaban un atroz sistema de tortura y muerte para quienes no podían satisfacer la curiosidad llena de codicia del cruel expedicionario.

A su regreso hacia el campamento, donde le aguardaba Orellana, desesperado por las malas noticias que habría de referir acerca de los arbustos de la canela, Pizarro se detuvo de nuevo y, en lugar de dirigirse a Zumaco, reorientó el rumbo de sus pasos hacia el norte, hacia Capua y Guema. Seguramente le animaba a hacerlo la esperanza de encontrar El Dorado en su propia demarcación. Más hacia el norte había fracasado Belalcázar, pero según las noticias recibidas de Pedro de Añasco podría pensar que el soñado país del cacique rico en oro no se hallaría muy lejos de la región donde ahora él mismo se había adentrado. Por fin en un paraje junto a un río tan caudaloso que no podía vadear, consiguió, de los labios de un indígena llamado Delicola, algunas informaciones acerca de la existencia de poblados y buenas tierras aguas abajo. Pizarro creyó conveniente sentar allí su real y enviar aviso a Orellana para que se encontrase con él. El lugar señalado se hallaba junto al río Coca, afluente del Napo; y allí ha-

bría de reunirse el conjunto de hombres que había tomado parte en la búsqueda de la canela.

De nuevo juntos Orellana y Pizarro, éste decidió construir un bergantín para proseguir la navegación aguas abajo con mayor seguridad de la que hasta entonces tenían, pues ya habían librado algunas escaramuzas con los indígenas, a veces muy numerosos, que les acosaban desde sus canoas. El plan, por tanto, consistía en que se reanudara la marcha llevando las provisiones, las armas y los enfermos en el bergantín, mientras la caballería avanzaba por tierra.

Ciertamente la idea que debe animar a don Gonzalo en esos momentos ya no puede ser la de buscar la canela, pues como se ha visto ese proyecto quedó ahogado con la evidencia de la dispersión de los árboles que la producían; por otra parte el deseo de encontrar El Dorado dentro del ámbito de su gobernación también se ha desvanecido en cierta forma a lo largo de la exploración de las tierras entre el Coca y el Napo. Queda, pues, la otra idea que Pizarro había recibido a su llegada a Quito, cuando se entrevistó con Añasco y Díaz de Pineda, la relativa a encontrar una vía para salir al mar del Norte, o sea, al Atlántico. Se trata de un deseo también acariciado por Belalcázar, quien pretendía establecer el comercio de la canela a través de una vía fluvial que pusiera en comunicación los Andes septentrionales con el Atlántico. Aunque la determinación de esa salida al mar no estaba establecida, y el conocimiento geográfico de la extensión de América del Sur era muy impreciso, en líneas generales se podía admitir que las corrientes fluviales que se formaban a espaldas de la cordillera andina debían desembocar por fuerza en el Atlántico. Es muy probable que cuando Pizarro intentaba convencer a Orellana de la necesidad de construir el bergantín, entre sus argumentos figurase este proyecto de navegar hasta

encontrar la salida al mar y, aunque en un principio el gobernador de Guayaquil se mostrase reacio, pues le parecía más acertado volver por las sabanas conocidas hacia Pasto y Popayán, pronto se sumaría a la idea de navegar hasta salir al mar y puso finalmente todo su empeño en la construcción de la embarcación.

Puede imaginarse la dificultad de construir un barco, aunque fuera de reducido tamaño, en las condiciones en que se hallaban los expedicionarios. Hubo que cimentar fraguas para fundir el hierro destinado a elaborar la clavazón, así como para forjar el ancla. El propio Orellana se encargó de reunir el metal disponible para estos fines, que en gran medida procedía de las herraduras de los caballos muertos al despeñarse por las quebradas. También fue necesario hacer un importante acopio de madera, para lo cual había que talar un número elevado de árboles, quitarles el ramaje, desbastar los troncos y serrarlos para formar tablones y toda suerte de piezas para ensamblaje. En ausencia de brea, tuvo que emplearse la savia que destilaban algunos árboles, probablemente el caucho producido por ejemplares de *Hevea brasiliensis* o de *Castilloa elastica*. Dicho látex debió usarse para impregnar jirones extraídos de las viejas ropas de los españoles, que sirvieron así como estopa. La coordinación de los trabajos debió estar a cargo de Juan de Alcántara, seguramente uno de los pocos que entendían de la construcción de barcos. Una vez terminada su construcción se botó el bergantín en las aguas del río y se le impuso por nombre *San Pedro*.

Tal como se había previsto, en él se cargaron las provisiones, se instalaron los enfermos, ya fueran indios o españoles, se almacenaron las armas que todavía quedaban de las acopiadas en Quito y Guayaquil y se situó a su frente al capitán

Orellana. Por tierra iría don Gonzalo Pizarro con el resto de las tropas y los caballos. No sin cierta euforia por las esperanzas renovadas, se reemprendía la expedición, después de más de ocho meses y medio de la partida del gobernador Pizarro desde Quito.

Durante ese tiempo habían tenido que soportar la dureza de los cambios de clima, desde los rigores del páramo de Papallacta, donde un buen número de indios pereció a causa del río, hasta la cálida y asfixiante humedad de las selvas orientales. Vadearon ríos, descendieron por abruptas quebradas, consumieron las provisiones consiguiendo a duras penas reponerse de los períodos de hambre cuando encontraban algún poblado indígena donde abastecerse, en ocasiones hubieron de librar batallas con los propios indígenas, pero, sobre todo, vieron esfumarse uno de los motivos que les impulsaron a emprender tan dilatada marcha: el proyecto de explotar los árboles de la canela resultaba inviable. Incluso el afán de encontrar el mítico El Dorado en la demarcación de Gonzalo Pizarro se había ahogado en las aguas turbulentas, en las ciénagas y en la sangre de unos cuantos indígenas sacrificados. A pesar de todo esta última idea afloraba levemente en sus conciencias y, sobre todo, aún les animaba el deseo de encontrar la salida fluvial al mar del Norte, para lo cual precisamente a mediados del mes de noviembre de 1541 habían sentido renacer sus esperanzas con la botadura del *San Pedro*. Una nueva etapa iba a comenzar, aunque ni Orellana ni Pizarro sospechaban que cuarenta y tres jornadas más tarde, al finalizar el año, habrían de separarse definitivamente y que la sombra de las sospechas de traición iba a perseguir al primero de ellos.

Cuando descendían por el río, tuvieron noticia de la existencia de un gran despoblado aguas abajo; esto significaba

que la imposibilidad de obtener provisiones de los indígenas les pondría de nuevo ante el fantasma del hambre, pero en esta ocasión por un prolongado lapso de tiempo y sin tener reservas importantes, pues solamente conservaban algunos caballos, ya que habían consumido los cerdos, llamas, perros y carneros, que habían traído desde el altiplano, durante los meses que transcurrieron desde su partida. Por lo tanto tuvieron que alimentarse a base de los frutos silvestres, raíces y yerbas que podían recoger, complementándolos con toda clase de animales capturados. El hambre era insoportable y la marcha debía detenerse con frecuencia para que los soldados pudieran dedicarse a la búsqueda de algo que comer. El descontento crecía y con él se abría paso la idea de la inutilidad de la expedición, lo que, unido a los numerosos riesgos y fatigas que entrañaba, motivaba que comenzasen a alzarse voces solicitando el abandono y el regreso. Es en este tipo de situaciones cuando la firmeza y el ánimo de Orellana se manifestaban como cualidades imprescindibles en un hombre lleno de recursos para afrontar las dificultades, pero siempre unidas a una extraordinaria prudencia. De este modo, cuando la empresa parecía hundirse en el desánimo, el capitán trujillano, considerando que no podía volverse atrás en la realización de un proyecto que le había costado su hacienda, decidió plantear una posible solución a Gonzalo Pizarro.

La propuesta de Orellana era bastante clara; él mismo se ofrecía para seguir adelante, con unos cuantos hombres, sin apenas llevar impedimenta y con la aligeración que suponía no tener que marchar a la par de los que caminaban por tierra. De este modo cuando alcanzase algún poblado indígena donde abastecerse retornaría con provisiones hasta el lugar en que ahora se hallaban, donde Pizarro esperaría con el resto de los soldados acampados y así podrían reemprender la

marcha sin tener que soportar la dureza del hambre. Pero si tardaba demasiado en regresar que no tomasen cuenta de él, y o bien intentasen volver a Quito, o se decidiesen a seguir río abajo. La respuesta del gobernador de Quito no podía haber sido otra que la aceptación del plan de Orellana, toda vez que, en aquellas graves circunstancias, parecía la única alternativa viable para salir de la penosa situación a que habían llegado, a no ser que prosiguieran todos juntos desde ese mismo momento, lo que entrañaba el riesgo de una muerte por hambre para todos. Se instaló el campamento y Orellana reunió un número de cincuenta y siete hombres para que le acompañaran a bordo del bergantín.

Se llevó a cabo el reparto de los escasos víveres, cargando en la nave lo imprescindible para unos cuantos días de navegación, pues no en vano se mantenía la esperanza de encontrar alguna forma de aprovisionamiento aguas abajo. Dispusieron que la mayor parte de las armas que aún conservaban quedasen en el campamento y solamente subieron a bordo unas cuantas ballestas y un arcabuz con alguna provisión de pólvora. Cuando llegó el momento de la despedida, los capitanes solamente formularon buenos deseos. Gonzalo insistió a Orellana para que regresase lo más brevemente posible con provisiones abundantes. El fundador de Guayaquil, por su parte, manifestó al menor de los Pizarro su esperanza en que el campamento no sufriese ninguna nueva desgracia, por el hambre o por algún ataque de los indígenas, mientras estaban separados. El 27 de diciembre de 1541, Pizarro y quienes con él iban a permanecer en el campamento vieron cómo se alejaba el bergantín que comenzaba así su descenso por la corriente fluvial.

Los hombres que componían la tripulación del *San Pedro* procedían de muy diversos rincones de la Península. El ilus-

tre historiador chileno José Toribio Medina realizó una nómina de ellos sobre la base de los datos contenidos en algunos documentos librados durante la navegación. Algunos de ellos encontrarían la muerte en la empresa, como Juan de Aguilar, Rodrigo de Arévalo, Juan de Arnalte, Sebastián de Fuenterrabía, Alvar González, Diego Moreno, Baltasar de Osorio, Mateo Rebolloso y García de Soria, algunos por hambre o enfermedad y otros a causa de las flechas indígenas. Muchos de aquellos hombres desempeñarían un papel importante por su intervención en los acontecimientos que se sucedieron a lo largo de la navegación o después de ella, como Juan de Alcántara, que se había ocupado de dirigir la construcción del *San Pedro* y participaría igualmente en la del *Victoria*; Pedro Domínguez Miradero, Hernán Gutiérrez de Celis, Francisco de Isásaga, nombrado escribano de la expedición; Diego Mexía, que también colaboró en la coordinación de los trabajos de la nave *Victoria* y cuyo nombre, como se verá, quedaría ligado a un curioso incidente motivado por una ballesta; Alonso de Robles, que se convertiría en alférez de Orellana; Alonso Esteban, que regresado al Perú, se alistó en la expedición de Pedro de Ursúa y, por lo tanto, volvería a navegar por el Amazonas, y Cristóbal de Segovia y Maldonado, que acompañaría al capitán a la Península, donde pasaría a convertirse, de amigo y hombre de confianza, en forjador de intrigas contra el Adelantado. Había, pues, vascos, extremeños, asturianos, castellanos, gallegos y andaluces; y asimismo formaban parte de la expedición algún portugués y dos negros cuyos nombres no fueron registrados, que todos los cuales habían sido reclutados en Quito por Gonzalo Pizarro.

Junto a los cincuenta y siete hombres que acompañaban a Orellana en lo que se suponía iba a ser un adelantamiento

aguas abajo en busca de alimentos, se encontraban dos frailes: fray Gonzalo de la Vera, de la Orden de la Merced, del cual no hay muchas informaciones en los documentos relativos al viaje, y el dominico fray Gaspar de Carvajal, extremeño y, como el capitán de la expedición, también trujillano.

Había nacido Gaspar de Carvajal en 1504, por lo cual contaba en el momento de iniciarse la partida desde Quito treinta y siete años. Aunque profesó muy joven en la Orden de Santo Domingo de Guzmán, no pasó a indias hasta los treinta y dos años, cuando se le ve junto a otros siete dominicos en la ciudad panameña de Nombre de Dios. Desde allí pasaría al Perú en 1538, año en que se encuentra en Lima, pues el obispo de dicha ciudad, fray Vicente de Valverde, había solicitado el envío de algunos frailes a su sede. En dicha ciudad fundó el primer convento de la Orden de Santo Domingo y también en ella debió conocer al hermano de Francisco Pizarro, don Gonzalo, precisamente en los momentos en que éste se encontraba haciendo los preparativos para trasladarse a su nueva gobernación de Quito. Durante las conversaciones que mantuvieron, tras su primer encuentro en la Ciudad de los Reyes, algún rasgo de la personalidad de Pizarro debió atraer al dominico, probablemente su inquietud por la aventura, pues cuando aquél le solicitó que le acompañase para servirle como capellán, Carvajal no vaciló un instante e hizo los preparativos para trasladarse en su compañía hasta la ciudad de Quito. Que una razón de este tipo empujase al fraile lo prueba su marcha en busca del País de la Canela y algunos meses más tarde su decisión de embarcarse en el bergantín con Francisco de Orellana. Además en este caso no puede suponerse que el propio Pizarro animase a los frailes dominico y mercedario a acompañar a Orellana para evitarles la posibilidad de tener que volver nuevamente a pie hasta Quito,

por aquellos parajes tan abruptos que habían recorrido en su venida, pues estaba seguro de que, a su vuelta con provisiones, podrían reemprender la marcha todos juntos hasta encontrar la salida al mar.

Fuera por su propia decisión o por el consejo de Pizarro, su viaje a bordo del bergantín iba a convertirle en un testigo excepcional de la hazaña de la primera navegación completa del curso del Amazonas y, además, en su cronista. En efecto, cuando una vez concluida la expedición Carvajal llegó a Cubaguá, conoció la noticia de la muerte del obispo de Lima, el ya mencionado fray Vicente de Valverde, y por esta razón, en lugar de regresar a la Península, se encaminó de regreso al Perú, a pesar de la insistencia de Orellana en que le acompañase para legitimar con su testimonio las declaraciones del capitán. Así pues, se instala nuevamente en Lima, donde algún tiempo después tendría ocasión de enterarse de las acusaciones que se vertían sobre el capitán Francisco de Orellana. Quizás el aprecio que le ganaron los buenos modos de aquél, contribuyó de manera decisiva para que se animase a escribir su versión de los acontecimientos, y por lo tanto dio forma a las notas recogidas durante la travesía. Con su relación, Carvajal se proponía salir al paso de los rumores acerca de la supuesta traición de Orellana a Pizarro, por no haber regresado al punto convenido después de conseguir las ansiadas provisiones de alimentos. Su escrito asume además un especial valor, toda vez que cuando fue redactado no le unía con el capitán ningún vínculo de dependencia y solamente la veracidad, aunque ya estuviese arropada por el afecto, guió su pluma.

Casi cuarenta años habría de sobrevivir aquel sencillo fraile a Orellana, pues moriría en el convento de Santo Domingo, en Lima, a los ochenta años, tras una vida en la que no

faltaron las demostraciones de su firmeza temperamental y su valor. A partir del momento en que concluyó su intervención en la navegación del Amazonas, que de por sí constituye una buena muestra de su temple, tomó parte en algunos sucesos significativos en la historia del Perú colonial. Como ejemplo de lo dicho puede destacarse su participación en el prendimiento del virrey Blasco Núñez Vela. Asimismo en 1547 intervino en la batalla del Pucará, precisamente contra Gonzalo Pizarro, que se había rebelado frente al poder del Rey. En 1548 era prior del convento de Cuzco, y desde allí viajó a Tucumán, por encargo de La Gasca, con el título de protector de indios. Llegaría a ser provincial de la Orden de Santo Domingo entre 1557 y 1561. Pudo regresar al Viejo Mundo, pues se le nombró procurador en España y en Roma, pero prefirió quedarse en el convento de Lima que él mismo había fundado. Y seguramente, cuando se sentase buscando unos momentos de sosiego, el recuerdo de la imagen de las tranquilas aguas del Amazonas se apoderaba de su pensamiento y le permitía reverdecer aquel espíritu de aventura que desde muy joven sentía adorar frecuentemente en su conciencia.

SEPARACIÓN DE ORELLANA

Cargaron el *San Pedro*, como se ha dicho más arriba, con no muy abundantes provisiones, pues esperaban encontrarlas pocos días después. Cuando hacía dos días que se habían separado de Pizarro, el bergantín chocó contra el tronco de un árbol sumergido en el agua, a consecuencia de lo cual se rompió una tabla del casco, comenzando a hacer agua el barco con tanta abundancia que allí habrían perecido todos a no ser porque pudieron llevar la nave a la orilla, donde solamente resultaba posible reparar los daños. Emplearon mucho menos tiempo del que pensaban en estas labores y así pudieron proseguir la navegación esa misma tarde.

Habían partido del río Coca, pero ya navegaban por el Napo y a gran velocidad. Según el testimonio del padre Carvajal recorrían hasta veinticinco leguas por día; no es de extrañar si se tiene en cuenta la pendiente que tiene que salvar el Napo entre el Coca y el Aguarico, pero sin embargo hay que considerar que la legua asume en la relación de Carvajal, como en otras crónicas del siglo XVI, un valor subjetivo, referido más bien a distancia temporal. El fenómeno tiene explicación en el efecto que la aceleración de la marcha producía en los navegantes, y es inverso al que se produce muchas veces ac-

tualmente cuando se expresa la distancia en unidades de tiempo, en frases como *a dos horas de aquí*.

Durante el tercer día desde el comienzo de la navegación empezaron a sentir la escasez de provisiones, pero ni siquiera a pesar de la velocidad de la marcha habían notado alguna señal que anunciara la existencia de poblados indígenas en las orillas. Debían navegar cerca de la margen derecha del río, pues en el relato del dominico se habla de la confluencia de numerosas corrientes de agua. Al quinto día de la partida, sin que gozasen de más compañías que el murmullo del agua y el lejano griterío de la floresta, el padre Carvajal dijo una misa, como las que se hacían en el mar, es decir, con omisión del canon y las oraciones de consagrar. La evidencia de que se hallaban en dificultades insuperables debió animarles a encomendarse a Dios para que les sacase de algún modo de aquella situación en que comenzaban a darse cuenta de que el regreso dando la vuelta por el río al encuentro con Pizarro era prácticamente imposible, ante la velocidad de las aguas en crecida; y que la marcha por tierra debía ser más penosa aún al tener que atravesar los numerosos tributarios que habían encontrado. Por todo ello una representación de los soldados se dirigió al capitán para tratar de convencerle de que era mejor proseguir adelante hasta ver si la fortuna les ponía en el camino de tierras pobladas donde pudieran abastecerse y reponer sus fuerzas, tan menguadas por el hambre y la fatiga de remar de sol a sol.

Lo que más espantaba a los navegantes fluviales en aquellos momentos era sin duda el hambre. La lectura de la relación de Carvajal demuestra la angustia que les producía la escasez, pues a lo largo de las páginas hay frecuentes referencias a la falta de alimentos. Habían consumido prácticamente la totalidad de las provisiones que llevaban en el ber-

gantín desde su separación de Pizarro y con mucha frecuencia se veían obligados a detener la marcha para internarse en el bosque con la intención de cazar algún animal, aunque las más de las veces tenían que contentarse con recoger toda clase de hojas y raíces, sin conocer el daño que por su ingestión podrían padecer. Y, en efecto, muchos de ellos enfermaron, por lo que junto al hambre tenían que soportar los dolores que les producían los tóxicos de muchas hierbas. Orellana busca entre algunos fardos cargados en el bergantín. Cree que allí ha guardado unos aceites medicinales que le había entregado el cirujano de Pizarro. Por fin los encuentra y se los da a beber a los enfermos hasta que éstos vomitan el veneno vegetal. Muchos de ellos dejan de manifestar síntomas de intoxicación, pero se encuentran más débiles y en medio del desaliento que producía en sus espíritus tan precaria situación, Orellana intentaba animarles y animarse a sí mismo, dirigiéndoles la palabra para llevarles a la convicción de que más adelante encontrarían poblaciones en que abastecerse y finalmente la salida al mar.

El año nuevo les sorprendió inmersos en la desesperación por no haber encontrado las poblaciones buscadas, aunque algunos creyeron escuchar a lo lejos, mezclado con los murmullos acompasados del bosque, un ruido como de tambores. Al día siguiente, por la noche, fue el propio Orellana quien los escuchó. Estaba seguro de que la repetición rítmica no podía deberse más que a la acción humana y cuando se lo advirtió a los demás, se abrió paso la esperanza de que al menos ya no morirían de hambre. Pero había que tomar precauciones, pues no se podía saber qué clase de gentes habitaba al otro lado de la orilla. La prudencia aconsejaba que se velase durante toda la noche, no fuera que los indígenas asaltasen el bergantín desde sus canoas. Se prepararon las escasas

armas disponibles, tres arcabuces y menos de media docena de ballestas, y comenzó la vigilia. Por fin clareó el día y emprendieron la marcha hacia la margen del río. No habían recorrido dos leguas cuando divisaron unas canoas cuyos ocupantes sin aproximarse demasiado al bergantín dieron la vuelta rápidamente y se encaminaron de nuevo a los poblados para avisar de la llegada de un extraña embarcación por las aguas. Enseguida se escuchó un creciente sonar de tambores por medio del cual se comunicaban la noticias unas poblaciones a otras *porque se oyen de muy lejos y son tan bien concertados, que tienen su contra y tenor y triple*, para prevenirse de la llegada de los extranjeros. Orellana ordenó que se remase con fuerza para alcanzar alguno de los poblados antes de que pudiesen defenderse y, cuando estaban a la vista de una aldea, ordenó que desembarcaran sus hombres ordenadamente.

Desembarcaron en las cercanías del poblado, y lo recorrieron por completo. Los indígenas lo habían abandonado. Los españoles, hambrientos, aprovecharon la ocasión para buscar por todas partes las provisiones almacenadas por los indígenas y, una vez halladas, se afanaron en saciar el hambre acumulada. Comían con ansia, pero asegurando sus espadas y escudos con firmeza, pues temían que en cualquier momento pudiera sorprenderles un ataque por sorpresa.

Tan sólo por la tarde regresaron los nativos, y desde su llegada Orellana iba a ocupar el tiempo en una singular tarea. En efecto, mientras que, tanto los indios como sus propios soldados le observaban extrañados, tomó una pluma y unos pliegos y comenzó a anotar cuantas palabras podía distinguir de la conversación de los nativos. De esta manera pretendía elaborar un vocabulario para poder entenderse con ellos.

Este procedimiento resulta bastante adecuado cuando se intentan conocer los rudimentos de una lengua extraña, pero sin embargo muestra dificultades importantes, sólo superables cuando se conoce alguna otra lengua además de la propia, lo que, una vez más, evidencia la formación cultural de Orellana y, al mismo tiempo, su curiosidad por la variedad de formas lingüísticas que había podido observar desde su llegada a Indias. No puede dudarse que el hidalgo extremeño tenía una facilidad especial para desentrañar en poco tiempo los obstáculos que en principio ofrecen las lenguas nativas, porque el testimonio de Carvajal es claro al respecto: el capitán se dirigió a ellos *en su lengua que de alguna manera entendía*. La confianza de Orellana en el poder de la palabra como método para convencer es uno de los rasgos más notables de su personalidad, del cual hará gala tanto a lo largo de la expedición como a su regreso a la Península, cuando intente conseguir ante el Consejo de Indias el título de Adelantado de la Nueva Andalucía, para legitimar su gobernación de las tierras descubiertas.

Cuando se encontraba frente al que parecía ser el hombre principal, jefe o cacique de la aldea, Orellana le ofreció un presente constituido fundamentalmente por ropas y recibió a cambio una buena cantidad de carne y pescado. Avanzando en la conversación, no sin dificultad, consiguió averiguar que se encontraba entre los imarais, tributarios del señor de Aparia y que en aquellas tierras había una docena más de poblaciones dependientes del mismo. Orellana dio a entender que deseaba conocer a los caciques de esos otros poblados y pidió que se les mandase avisar para que vinieran a dialogar con él mientras permanecía en aquel lugar. El interés del capitán por conocer los pormenores de las poblaciones se manifestaba en sus palabras y su táctica de hábil conversador

tendría finalmente el efecto deseado, pues durante las siguientes semanas fueron llegando varios jefes de las aldeas vecinas. De estos visitantes recibió Orellana numerosos presentes, generalmente carnes, pescados y frutas, pero además obtuvo informaciones sobre las riquezas de oro de un poderoso señor, de nombre Ica, cuyos poblados estaban situados algo más abajo, apartados de la orilla del río. Nunca llegarían a establecer contacto con este señor de Ica, pues según el padre Carvajal, su itinerario pasaría algo desviado de sus tierras. Según el dominico, allí les dieron noticias de las amazonas y de la riqueza que encontrarían aguas abajo. En realidad, después de separarse de Pizarro, a quien interesaba la búsqueda de la canela o del oro, Orellana pretendía principalmente llegar al mar. Pero a partir de aquí, el país de las amazonas se convertirá en una importante razón para el navegante.

La claridad del cielo en la mañana del cuatro de enero era en cierta forma un signo correspondiente de los deseos que albergaba Orellana. Quería el capitán valorar la situación ante sus hombres ahora que podían disfrutar de un cierto sosiego tras las penalidades sufridas. Era preciso además que se levantase acta de las decisiones que se tomasen en adelante y por ello decidió nombrar escribano de la expedición en la persona de Francisco de Isásaga, guipuzcoano de la villa de San Sebastián, que tiempo después de la navegación, vuelto al Perú, habría de convertirse en tesorero de las minas de Potosí durante más de seis años. Su primera intervención como escribano de la empresa navegadora consistió en dar fe de que Orellana tomaba posesión de aquellas tierras, como teniente de Gonzalo Pizarro y en nombre del Rey. Concluido el ceremonial de la toma de posesión, el capitán se dirigió a sus hombres y les expresó su deseo de volver, aguas arriba, a en-

contrarse con Pizarro, pero ellos pidieron al escribano que redactase un documento en el que se argumentaba que si las dificultades que habían tenido que soportar al descender por el río unas doscientas leguas habían sido tan numerosas, cómo serían los obstáculos que tendrían que vencer si se empeñasen en recorrer esa distancia contra corriente. Dicho documento lleva la firma de cuarenta y nueve de los acompañantes de Orellana y es muy probable que los diez restantes, que no firmaron, se encontrasen incapacitados para hacerlo, debilitados hasta la agonía por el hambre sufrida en el viaje, pues siete de ellos morirían días después. Orellana no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia de que cuantos argumentos le ofrecían eran razonables, pero seguramente en su interior la aceptación de que no puede regresar le producía un cierto desasosiego. La fidelidad, demostrada tan largo tiempo ya hacia los Pizarro, se enfrentaba ahora en su ánimo con las ideas de independencia, acariciadas por el fundador de Guayaquil precisamente cuando se hallaba como gobernador de dicha ciudad y de la villa Nueva de Puerto Viejo. Por otra parte, la suerte que Pizarra hubiera podido correa sin el socorro que significaban las provisiones que él se había comprometido a buscar chocaba con la idea impulsora de que continuando la navegación aguas abajo se encontraría finalmente una salida al mar, una vía de comunicación entre Perú y la península. Sumergido un día más en estas reflexiones, Orellana se dirigió por fin a su tripulación afirmando que estaba de acuerdo con lo afirmado en el documento y por tanto le parecía que lo más razonable era proseguir la navegación, pero que sería prudente permanecer algún tiempo en aquel lugar, por si Gonzalo Pizarra pudiera alcanzarles allí, en el caso de que visto, que no regresaban, hubiera decidido aventurarse él también aguas abajo.

Resuelto en esta determinación, Orellana decidió que para no perder el tiempo mientras aguardaban en la tierra de Imara, sería muy ventajoso comenzar a construir un nuevo bergantín, pues si la fortuna les llevase a salir al mar, la navegación sería más fácil en un barco de mayor calado. Además si el gobernador pudiese llegar hasta donde se encontraban, le sería muy necesario para viajar con los hombres que le acompañasen. Nuevamente se ofreció Juan de Alcántara, que ya había dirigido la construcción del *San Pedro*, para fabricar la clavazón. De nuevo también hubo que acarrear madera para hacer carbón y construir fraguas y fuelles. Una vez más había que reunir el hierro disponible. Al decir de Carvajal, tanto se trabajó y con organización tan precisa que en tan sólo veinte días se forjaron, además de otras piezas necesarias, dos mil clavos de buena calidad.

Mientras se llevaba a cabo esta tarea Orellana pudo obtener la primera referencia directa, de labios de los caciques indígenas, de la existencia aguas abajo de un reino de mujeres guerreras. El extremeño no dudaría en asociar estas referencias con otro de los mitos que animaba los sueños de algunos españoles trasladados a América, el del reino de las Amazonas. Pero sobre esta cuestión volveremos más adelante.

Cuando había transcurrido casi un mes desde su llegada al poblado de Imara, los españoles comenzaban a notar que, días tras día, las provisiones que les proporcionaban los indígenas eran más escasas, y, viendo que su esperanza de que Pizarro pudiera llegar a encontrarse con ellos se desvanecía, en el largo tiempo transcurrido desde su separación, Orellana decidió reemprender la marcha y almacenar en el barco cuantas provisiones les fuera posible para paliar la escasez que pudieran tener que soportar de nuevo si hubiese largos trechos despoblados en su trayecto. Así pues, tras despedirse

de aquellos indígenas que tan buena acogida les habían ofrecido, se embarcaron de nuevo en el *San Pedro*, llevando también consigo la clavazón que habían elaborado para construir otro bergantín. Corría el día de Nuestra Señora de la Candelaria, o sea, el jueves 2 de febrero de 1542.

Una jornada después, mientras navegaban cerca de la orilla derecha del río, vieron cómo se le unían las turbulentas aguas de una corriente no muy grande. Aguas arriba de este tributario, que sin duda era el Curaray, debía localizarse el poblado de uno de los jefes que habían visitado a Orellana en Imara: el cacique Irrimorrai. El capitán tenía interés en devolverle la visita, tanto por obtener de él más provisiones, como para conseguir información precisa sobre los pueblos que encontrarían aguas abajo. Pero los remolinos que se formaban en la confluencia de ambos ríos y la mucha madera que traían a la deriva las aguas afluentes se lo impidieron e incluso pusieron en peligro de perecer a los navegantes. Cuando consiguieron salir de este atolladero, desistió definitivamente Orellana de su empeño de subir contra corriente por el tributario y envió unos cuantos soldados en dos canoas para que intentasen encontrar los poblados y averiguasen si era posible llegar hasta ellos de alguna manera, pero las canoas se perdieron entre los canales que formaban ciertas islas del río. Al cabo de dos días, cuando la esperanza de volver a encontrar a los hombres que habían partido se desvanecía, pudieron divisarse a lo lejos dos puntos oscuros que se acercaban. Cuando estaban suficientemente próximos al bergantín pudo comprobarse que se trataba de las mismas canoas que se esperaban con ansiedad. La alegría del reencuentro palió las noticias acerca de la imposibilidad de conocer el camino hacia los pueblos sujetos al pago de tributos al señor Irrimorrai.

Un día después de estos sucesos llegaron a la vista de otro poblado. No desembarcaron, pues Orellana prefirió enviar a veinte españoles para solicitarles cuantas provisiones pudieran proporcionar. El bergantín quedó anclado en medio del río y hasta él volvieron las canoas cargadas de tortugas y aves que los indios habían abastecido. Asimismo estos indígenas les habían dado la noticia de un asentamiento abandonado en el que podrían descansar y donde ellos mismos les llevarían más alimentos al día siguiente. Allí se encaminaron y después de desembarcar establecieron el campamento, encendieron hogueras y comenzaron a asar las carnes que habían obtenido pocas horas antes cuando visitaron el poblado en sus canoas. Descansaron todavía algún tiempo y antes del anochecer se cernía en torno a ellos tal cantidad de mosquitos que no tuvieron más remedio que cubrirse con cuantas ropas pudieron reunir. Cualquier resquicio entre las vestiduras, cualquier costura rota bastaba para que los diminutos y voraces insectos aprovechasen la ocasión de llenar su abdomen de sangre. Pasaron la noche en una auténtica batalla contra estos casi invisibles atacantes y al día siguiente, con los cuerpos cubiertos de señales de las abundantes picaduras decidieron seguir la corriente más adelante por si encontraban otro poblado, pues pensaban que no podrían resistir otra noche en las mismas condiciones.

EL JURAMENTO

Según el relato de los acontecimientos que hiciera Gonzalo Fernández de Oviedo, pues la relación del padre Carvajal omite cualquier referencia a este suceso, el día de Santa Olalla, sábado once de febrero, encontraron que a las aguas del río que navegaban se unían, por la derecha, las de otro muy caudaloso. Se trataba del llamado Bracamoros, el río que venía descendiendo desde el oriente peruano, conocido también como Tunguragua, el actual Marañón. Por lo tanto dicho día comenzó efectivamente la navegación por el curso principal de la gigantesca red fluvial amazónica. Pero esto no podían saberlo entonces ni Orellana ni sus compañeros, que tampoco imaginaban las proporciones de la cuenca más extensa del mundo, donde más de mil ochocientos tributarios confluyen desde muy distantes puntos de los Andes para formar la corriente principal.

Unos quince días después de navegar por estas aguas, aparecieron unas canoas indígenas cuyos tripulantes pidieron subir al bergantín para hablar con Orellana. Cuando lo hicieron dijeron que eran vasallos del señor de Aparia y que en su nombre traían algunos presentes, fundamentalmente *perdices*, tortugas y pescados. Orellana les preguntó el camino que

debían seguir para encontrarse con aquel su señor y ellos le indicaron que les siguiese, pues le mostrarían el camino. Una vez llegados al lugar señalado por los indios, Orellana bajó a tierra con la tripulación del bergantín. Cuando los españoles se encontraban ya en el poblado llegaron varias canoas, en una de las cuales venía el señor principal de Aparia. El capitán le animó a descender para reunirse con él y así lo hicieron y prepararon gran cantidad de comida que traían consigo, de manera que poco después se disponían todos a conversar ante un verdadero banquete, compuesto por carnes de varias clases. Había bateas de madera repletas de pedazos de tortuga y de manatí hervidos, aderezados con verduras y raíces. Sobre tortillas de mandioca se servían trozos de mono asado, así como algunas aves; los pescados habían sido asados al humo, envueltos en grandes hojas, y se presentaban desmenuzados y mezclados con mandioca y verduras. Adornaba el conjunto una extraordinaria variedad de frutas de diferentes tamaños y colores y también había miel de varias clases. Durante la conversación Orellana habló de Dios, del Emperador, de sus intenciones de paz, y sus palabras tranquilizaron a los indígenas que, a pesar de su hospitalidad, daban muestra de cierto recelo y miraban con temor las armas que los españoles, también desconfiando de la generosidad con que les recibían, mantenían próximas mientras comían.

En el uso de la palabra se basaba la ya aludida táctica del capitán, que Carvajal debía apreciar mucho, pues con frecuencia se detiene su relato a valorarla como el verdadero recurso por el cual los indios recibían a los españoles pacíficamente e incluso con cierto agrado. El cacique advirtió a Orellana acerca de los riesgos que entrañaba su viaje aguas adelante y especialmente se refirió a la tierra de los amurianos o coniupuyara, es decir las grandes señoras, que los españoles

identificarían con las amazonas míticas. Pero lejos de arredrarse por el contenido de aquellas advertencias, Orellana añadió, en un alarde de su conocimiento de las características de la mentalidad de aquellos indígenas, que no temieran porque quienes navegaban en el bergantín no eran sino hijos del Sol. Ante tal afirmación los indígenas sólo podían mostrar cierto temor reverencial, pues no en vano eran adoradores de *Chise*, una personificación del Sol. El efecto de semejante conversación se haría sentir a partir del día siguiente y en los sucesivos, cuando todos los caciques de la región se presentaban regularmente con ofrendas de comida. Ante la buena acogida, Orellana decidió quedarse allí hasta construir el nuevo bergantín, del cual, como se recordará, llevaban gran parte del aparejo preparado hacía algún tiempo.

De alguna manera el sosiego que encontró Orellana en la buena disposición de estos indígenas, sin duda debida a la habilidad de su discurso, influyó en la decisión que iba a tomar casi inmediatamente. En esta ocasión la prudencia del trujillano le llevó a consolidar su posición como responsable de lo que pudiera ocurrir en adelante. Desde ese momento renunciaba al cargo de teniente que le había otorgado Pizarro y lo ponía a disposición de los hombres que le acompañaban. Estos, que sin duda apreciaban bastante su manera de dirigir la expedición, le presentaron un memorial en que después de nombrarle su capitán *en nombre de Su Majestad, y así lo queremos jurar y juraremos, y por tal capitán os queremos haber y obedecer hasta en tanto que Su Majestad otra cosa provea*, aludían a los riesgos que supondría que no aceptase, pues *donde no, protestamos todos los daños, escándalos, muertes de hombres, otros desafueros que en tal caso suelen acontecer por no tener capitán.* El documento lleva la firma de los soldados de Orellana, así como las de los dos clérigos y el es-

cribano, que lo atestiguan. En total cuarenta y siete testimonios de fidelidad bien merecida a tenor de la conducta observada hasta entonces por Orellana. Este aceptó y juró sobre un libro de misa tenerlos en justicia y en el servicio del Rey y de Dios. A continuación nombró como su alférez a Alonso de Robles, quien más adelante confirmaría el acierto de su elección.

EN AGUAS DEL AMAZONAS

El lugar donde se encontraban, que por decisión de Francisco de Orellana habría de convertirse en astillero improvisado, puede situarse en las inmediaciones de la actual población de Leticia, en la frontera entre Colombia y Brasil. El capitán supervisó las diferentes labores que era necesario realizar para construir el barco. De la coordinación de los trabajos se encargó Diego de Mexía, que había ejercido el oficio de entallador en la lejana ciudad de Sevilla. Por su profesión había tenido la ocasión de ver repetidamente los diferentes procesos que requería la construcción de naves en los astilleros del Guadalquivir. Los demás hombres contribuyeron a la obra de muy diversa manera; unos se encargaron de preparar las cuadernas y estamenas, otros las rodas para la proa, otros más las piezas de la quilla. Los menos especializados serraban tablones a partir de los troncos de enormes árboles talados en la floresta. Terminadas estas tareas, hubo que hacer un importante acopio de leña para elaborar carbón. Sólo así podrían entrar en funcionamiento las fraguas improvisadas con barro, provistas de fuelles que habían tenido que construir toscamente aprovechando el cuero de algunos calzados. Estos preparativos les permitieron reanudar la pesada

tarea de forjar más clavos, pues para sujetar firmemente las numerosas tablas que componían el casco no eran suficientes los dos mil que habían elaborado en Imara. Cuando la armadura del casco estaba acabada, tuvieron que calafatear las juntas de las piezas de madera con algodón y varias clases de resina que traían los propios indígenas. También tuvieron que reponer gran parte del tablazón del *San Pedro*, cuya madera se hallaba en muy mal estado por las condiciones en que se desarrolló la primera etapa del viaje. Finalmente ambos barcos estaban dispuestos para su botadura en las aguas del río. El recién construido era de mayor tamaño que el *San Pedro* y seguramente con una velada propensión mágica, o simplemente con intención de propiciar el buen fin de la empresa, le impusieron el nombre de *Victoria*. Por un paralelismo en el empleo de los símbolos, el mismo nombre que llevaba aquella nao que consiguiera dar la vuelta al mundo recorriendo un camino en sentido inverso al seguido por Orellana. En ambos casos la intención se vería coronada por el éxito en la navegación, y el nombre otorgado a las naves resultó apropiado.

Los trabajos que culminaban con la botadura del nuevo bergantín ocuparon más de un mes. Ese tiempo, y más exactamente todo el que permanecieron en el señorío de Aparia, fue el más tranquilo que los expedicionarios pasaron a lo largo de toda la navegación y solamente se vería turbado por la abundancia de mosquitos en esta región, que dificultaba tanto las horas de trabajo como las dedicadas al descanso. Pero era un precio insignificante si se comparaba con el buen trato dispensado por los nativos, que regularmente les abastecían con abundantes y variados víveres. Por ello no es extraño que sintieran una gran inquietud durante los últimos días de la Semana Santa, al ver que los indios no les abastecían.

Aquel ayuno forzoso de los navegantes vería su fin cuando el sábado volvieron los indios con gran cantidad de comida y con la explicación de las dificultades que habían encontrado los días anteriores para proveerles de alimentos. Durante las dos semanas siguientes al domingo de Pascua estuvieron preparando la carga de los bergantines, especialmente se dedicaron a almacenar víveres. No era posible, sin embargo, cargar abundante carne, pues no tenían sal ni medio alguno para conservarla en los bergantines y en una ocasión anterior tuvieron que arrojar por la borda una buena cantidad, que se había podrido rápidamente bajo el sol ecuatorial que actuaba aliado de la humedad. Cargaron, eso sí, abundante maíz, mandioca, animales vivos y algunas frutas especialmente las secas, que resistían mejor las condiciones ambientales.

Transcurría el tiempo con bastante placidez y un día vieron llegar cuatro indígenas cuyo aspecto les llamó poderosamente la atención. Se trataba de hombres de gran estatura, no sólo si se comparaban con los que habitaban estas regiones sino incluso considerando el tamaño de los propios españoles, cuya talla sobrepasaban en un palmo. Sus fuertes cabellos caían sueltos hasta la cintura. Su piel era blanca y se cubría por abundantes ropas y joyas de oro. Como los otros indígenas, habían traído un buen cargamento de comida, que le ofrecieron a Orellana, a quien se dirigieron en nombre de su señor, preguntándole quién era y hacia dónde se dirigía. El capitán respondió en términos similares a los que había ofrecido al señor de Aparia. Después Orellana les entregó algunos presentes para su señor con el ruego de que viniera a visitarle. Así marcharon estos extraños embajadores con la seguridad de que volverían, pero nunca más se supo de ellos. Quizás regresaron algún tiempo después de que los españo-

les hubieran reanudado su marcha por el río, tal vez preguntaron al señor de Aparia por Orellana y los hombres con cabellos en el rostro, y así se enterarían de que habían partido para intentar alcanzar los territorios de las mujeres guerreras.

Así pues, cuando todo estaba dispuesto, los españoles partieron de nuevo. Era el lunes 24 de abril y todavía al día siguiente el señor de Aparia les alcanzó para ofrecerles más provisiones, signo evidente de la eficacia del trato que Orellana había otorgado a los naturales de la región. Además de intentar permanentemente el diálogo, la actuación de Orellana se caracterizaba especialmente por el desinterés que mostraba por el oro en aquellas ocasiones en que lo habían traído los indios, y no sólo él lo rechazaba, sino que no permitía que sus hombres lo aceptasen. Consideraba, no sin razón, que si los indígenas pudiesen percibir algún atisbo de codicia en sus intenciones, podrían enfrentarse abiertamente a ellos y por lo tanto les resultaría más difícil conseguir provisiones, que era el obstáculo principal que se oponía al buen término de la expedición.

Habían transcurrido ya varios meses desde que Orellana se alejó de Pizarro. Ya había perdido toda esperanza de verle aparecer por el río, como imaginó en Imara. De ninguna manera sería posible regresar ahora en su busca; sin embargo, de vez en cuando venían a su mente dudas sobre el destino del hermano menor del marqués. Pero pronto esos pensamientos cedían el paso ante los problemas, más acuciantes, que suscitaba la navegación. Ahora la preocupación principal consistía en averiguar qué clase de poblaciones encontrarían en adelante y si estaban aún muy alejados del mar, pues nada parecía indicar su proximidad y, sin embargo, a tenor de las estimaciones hechas por el propio Pizarro, cuando in-

tentaba convencerle de construir el *San Pedro*, el mar del Norte no debía estar demasiado distante. Envuelto en estos pensamientos debía estar Orellana cuando el veintiocho de abril se acercó a los bergantines una canoa con dos indios a bordo. En sus deseos de obtener información, Orellana hizo señales al más viejo de ellos para que subiese a bordo del *Victoria*, pensando que le podría servir de guía, pero poco después le dejó marchar, pues no daba muestras de conocer las regiones que había aguas abajo.

El tres de mayo comenzaron a atravesar otra región deshabitada, por lo que sintieron de nuevo el temor al hambre. Tres días después avistaron un asentamiento que parecía haber sido poblado. Bajaron a tierra. Efectivamente los bohíos estaban vacíos, pero también lo estaban sus campos circundantes y no pudieron hacer acopio de maíz, ni de mandioca, ni siquiera de las apetitosas frutas. Tuvieron que conformarse una vez más con las raíces silvestres, con la escasa caza, con las hierbas recogidas sin discriminación. En esos momentos, cuando la desesperación comenzaba a asomar en sus conciencias, cuenta el cronista de la expedición que sucedió un acontecimiento singular. Parece ser que Diego Mexía, el mismo que poco tiempo atrás se había encargado de la construcción del nuevo bergantín, disparó a un ave y en ese instante la nuez de la ballesta cayó al agua, por lo cual la dieron por perdida, ya que sin esa pieza el arma quedaba inutilizada, pues unida al tablero, sirve para sujetar y tensar la cuerda. Además no estaban muy sobrados de armas, pues como se ha visto, sólo llevaban tres arcabuces y cuatro o cinco ballestas, por lo cual este incidente contribuía a evidenciar la situación desgraciada en que se encontraban; sin embargo, un tal Gabriel de Contreras, que ocupaba su tiempo en arrojar el anzuelo para paliar el hambre con algo de pesca, captu-

ró un pez de tamaño considerable. Cuando se abrió el vientre del enorme pescado para cocinarlo apareció dentro del mismo la nuez de la ballesta que poco antes habían dado por perdida.

Casi una semana después, el 12 de mayo de 1542, se encontraban en un lugar próximo a la desembocadura del Teffé en el Amazonas. Llegaban así a la primera de las poblaciones que se hallan sujetas al señorío de Machiparo. Si hasta ahora Orellana ha podido demostrar sus cualidades para el trato con indígenas predispuestos a una relación pacífica con los recién llegados, desde este momento deberá afrontar el obstáculo que suponen poblaciones más numerosas, mejor organizadas y preparadas para ofrecer resistencia armada e incluso atacar a los expedicionarios.

El carácter belicoso de estos pueblos se dejó sentir sin tardanza pues, a poco de avistar las aldeas construidas sobre lomas, vinieron por el río gran cantidad de canoas en buena formación, cargadas de indios en pie de guerra, con escudos de tamaño considerable hechos de pieles de caimán y cueros de manatí y de tapir. Acosaron a los bergantines, que Orellana había dispuesto juntos para conseguir una mejor defensa. Para causar un cierto temor en los indios el capitán ordenó hacer uso de la pólvora, pero al cargar el arcabuz, la encontraron mojada a causa de la intensa humedad del ambiente. Hubieron de conformarse con disparar las ballestas para poner en fuga a los tripulantes de las canoas. Por fin, pese a la afluencia de numerosas tropas de refuerzo, los bergantines conseguían acercarse al poblado.

La estrategia de Orellana consiste en atacar desde tierra el poblado mientras algunos soldados defienden los bergantines; por ello ordena a su alférez, Alonso de Robles, que averigüe si puede conseguir provisiones en la población. Este se

detiene ante una especie de estanques cercados en que los indígenas retienen un número considerable de tortugas, sin duda como reserva de alimentos. También encuentra una abundante copia de carne de diversas clases, pescado y tortas de mandioca. Hay tanta comida que podría servir para abastecer a mil hombres durante un año. Al frente de Cristóbal de Segovia, unos veinticinco españoles intentan transportar cuanto pueden a los bergantines, pero los indios les acosan sin descanso, son muy numerosos, sólo pelean los adultos y los viejos, que curiosamente y a diferencia de los indios conocidos en tantas otras partes recorridas, tienen el rostro cubierto por un vello suave, como el bozo de los adolescentes. Seis españoles reciben heridas graves y el propio Segovia va herido por una flecha que le atraviesa un brazo. A pesar de todo han conseguido hacer buen acopio de comida. Mientras tanto, algunos indígenas han rodeado el lugar del poblado en que se hallan los españoles. El propio Orellana, con una espada en la mano, comienza a gritar hasta que salen aquéllos y comienzan a abrirse paso entre los indígenas. Hay casi veinte heridos, uno de los cuales, Pedro de Ampudia, muere ocho días después. Cuando finalmente ponen en fuga a los indios se dirigen a los bergantines. Orellana ordena entonces que a quienes estuviesen heridos les transportasen a bordo envueltos en mantas, para que los indios no pudiesen ver sus heridas y se enorgulleciesen al comprobar la vulnerabilidad de los extranjeros. Insiste en esta ocasión en que no desea seguir combatiendo, pues no tiene otra intención, por ahora, que descubrir las tierras y esperar la voluntad de Dios y del Rey para conquistarlas.

Han conseguido embarcarse, pero el acoso indígena no cesa y nuevas canoas atacan desde el agua, mientras en la orilla se alza el griterío de la muchedumbre enardecida. La lu-

cha se prolonga durante la noche y de cada población vienen nuevos refuerzos. El cansancio se apodera de los españoles y Orellana decide desembarcar en una isla poco poblada, pero no tardan en aparecer las canoas de guerreros por el río. Ahora atacan desde el agua y desde tierra. Es necesario volver a los barcos y reemprender la marcha por el río, pues allí parece más fácil defenderse. En las canoas más cercanas pueden verse algunos indios con el cuerpo cubierto de pinturas blanquecinas. Parecen hechiceros. Llevan ceniza en la boca y la arrojan con fuerza al viento; con una especie de hisopos recogen agua del río, al cual la devuelven arrojándola acompasadamente mientras describen círculos en torno a los bergantines. Después hacen sonar una especie de trompetas de madera ahuecada y comienza de nuevo el ataque con lanzas desde las canoas. Poco a poco, sin casi percibir la celada, los bergantines se adentran por un brazo del río donde una importante formación de indios espera poder atacarles desde tierra. En un momento dado, tras comprobar que la pólvora ya está seca, Hernán Gutierre de Celis hace un disparo de arcabuz y acierta en el pecho de quien parecía jefe de los atacantes. El desorden que sigue permite que los bergantines regresen al curso principal del río y eviten la emboscada.

Todavía duró la persecución dos días más con sus noches y no parecía que pudiera haber descanso para los soldados. Orellana recordaba las palabras de Aparia cuando le anunciaba un gran señorío aguas abajo, cuyas riquezas eran grandes en oro y plata. En su interior el capitán trujillano estaba convencido de que esas tierras bien podrían ser las del señor de Ica. Al abandonar estas poblaciones aún habrían de navegar un par de jornadas más para llegar a una nueva región, la mítica tierra de Omagua.

A pesar del cansancio que no podían soportar o tal vez precisamente para recuperarse de él, Orellana decidió tomar el primer pueblo que, sobre un altozano, anunciaba una nueva región habitada. Aunque los habitantes de aquel emplazamiento les ofrecieron resistencia, no tardaron en alejarse ante el estruendo de los arcabuces y los disparos de las ballestas. De este modo, los españoles pudieron bajar a tierra y ocupar el pueblo, donde permanecieron por espacio de tres días procurando abastecerse de cuantos comestibles encontraron. Allí pudieron comprobar cómo partía un camino principal desde una especie de plaza, con dirección tierra adentro, por el cual Orellana pensó que no sería difícil que los indígenas les volviesen a atacar. Y no se equivocaba, pues los indios no cesaron de hostigarles e incluso lograron abordar y desamarrar los bergantines, que no fueron a deriva de la corriente gracias a la intervención de algunos españoles que, armados con sus ballestas, ahuyentaron a los nativos y lograron recuperar las naves. Pese a todo, Orellana y sus hombres pudieron reponer sus fuerzas en aquel poblado y, además, subieron a bordo una buena cantidad de provisiones. Una vez reemprendida la marcha, vieron un río de grandes proporciones que desembocaba en el que llevaban por la orilla derecha y, como encontrasen tres islas en su boca, le llamaron el río de la Trinidad. Corría el veintiuno de mayo, pues era el domingo después del día de la Ascensión.

Al atardecer divisaron una aldea no muy grande, construida sobre una barranca. Como era de dimensiones reducidas, Orellana decidió dirigirse a ella para tomarla y hacer un nuevo acopio de vituallas. El combate duró apenas una hora, al final del cual el capitán intentaba comunicarse con los nativos. No era un poblado como los vistos hasta entonces, además en una especie de plaza central se alzaba una edificación

bien distinta del conjunto, pues parecía la residencia de un hombre principal. Se acercaron a ella y tuvieron la impresión de que se trataba de un lugar de recreo, o tal vez se trataba de un adoratorio. Dentro hallaron una cerámica tan perfecta que el sencillo fray Gaspar no tuvo más remedio que admirarse y escribir: *Había mucha loza de diversas hechuras, así de tinajas como de cántaros muy grandes de más de veinte y cinco arrobas, y otras vasijas pequeñas como platos y escudillas y candeleros desta loza de la mejor que se ha visto en el mundo, porque la de Málaga no se iguala con ella, porque es toda vidriada y esmaltada de todas colores y tan vivas que espantan, y además desto los dibujos y pinturas que en ellas hacen son tan compasados que naturalmente labran y dibujan todo como lo romano.* También llamó la atención del dominico la variedad en el diseño de los tejidos, y muy especialmente la decoración de dos imágenes, como ídolos, que allí había. Eran de tamaño considerable, hechos de una especie de tejido de palma, adornados con plumería; en los brazos y en las piernas llevaban unas arandelas como brazaletes y las orejas, horadadas como las de los indios del altiplano, lucían discos de metal. Pero además de lo que veían, los indios les habían dicho que todo lo que allí encontraban de barro, lo había de oro en la residencia de su señor, situada más al interior, donde ellos les acompañarían si así lo deseaban.

Mucho debió impresionar a Orellana la diferencia que encontraba entre esta tierra y lo visto anteriormente, pues, en compañía de su alférez, Alonso de Robles y de Cristóbal de Segovia, se adentró por uno de los caminos que partían hacia el interior y viendo que se trataba de una tierra muy poblada decidió regresar a embarcarse, considerando que era arriesgado pasar la noche en un lugar con tantos habitantes. De todas formas, las noticias acerca de las riquezas de esta tierra

contribuirán a la consolidación de uno de los mitos impulsores más significativos de las empresas descubridoras posteriores. Y esto es especialmente válido en lo concerniente a la emprendida solamente diecisiete años más tarde por el navarro Pedro de Ursúa, cuyo objetivo principal, antes de que la rebelión de Lope de Aguirre acabase con su vida, era alcanzar el mítico oro de Omagua.

La prudencia de Orellana se hace patente en la forma en que actúa con los habitantes de estas regiones, cuya lengua no logra comprender suficientemente. Por ello decide navegar la mayor parte del tiempo por la parte central del río y sólo cuando es necesario abastecer las despensas de los bergantines, opta por aproximarse alternativamente a las orillas. Gracias a la regularidad de dicha alternancia se han podido localizar con precisión algunos de los accidentes geográficos que registró el padre Carvajal en su relación; de ahí que la rica tierra de Omagua se pueda situar en la orilla derecha del Amazonas, entre el Catuá, al que llamaron río de la Trinidad, y el Coarí.

El veintisiete de mayo llegan al primero de los pueblos que se hallan sometidos a otro señor llamado Paguana, poco después cambian de orilla y no pueden ver la desembocadura del Purus, pero se encuentran en un poblado de más de dos leguas de extensión donde reciben una buena acogida y Orellana obtiene noticias de la riqueza de Paguana. A Orellana le llama la atención especialmente la tierra *que es muy alegre y vistosa y muy abundosa de todas comidas y frutas*, también le cuentan que hay bastantes *ovejas de las del Perú*; es decir, llamas. No cabe duda que Orellana encuentra algún parecido entre estas gentes y las del altiplano; ya con anterioridad, al describir los ídolos de Omagua, el propio Carvajal había expresado que se horadaban las orejas como se hacía en el

Cuzco. Cuando consiguen comunicarse con los nativos, estos se muestran hospitalarios y hablan a Orellana de las riquezas de su señor, Paguana, que vive alejado de la orilla, en un lugar al que se accede por amplios caminos desde las aldeas ribereñas. Parece ser que allí recibe con regularidad toda clase de bienes que le entregan sus tributarios; pero sobre todo, aseguran los informantes nativos, ha acumulado gran cantidad de oro y plata. Una vez más recibe el capitán español la invitación de acudir a la sede señorial, pero también en esta ocasión rehúsa. Tiempo habrá, piensa, de conquistar estas tierras más adelante cuando vuelva con más hombres. Por otra parte Orellana es consciente de la desproporción entre el número de hombres que componen su hueste y el de las poblaciones en que ahora se encuentra; por ello, recelando un posible ataque de los indígenas, reflexiona decide seguir resueltamente adelante para no poner en riesgo la expedición.

De esta manera abandonaron el poblado después de tomarse un descanso reparador. Poco a poco el río se había ido ensanchando considerablemente; ya no parecía una corriente fluvial sino el mar, sólo el agua dulce de su cauce atestiguaba su carácter de río. Ante esta particularidad, Orellana mantuvo su decisión anterior de navegar en zigzag; así, el veintinueve de mayo pasaban por delante de un pueblo con muchos barrios en cada uno de los cuales había un embarcadero; pero pasan de largo y después de bajar a tierra en una aldea menor, para robar víveres, cambiaron de orilla. Las poblaciones que encontraban ahora era extraordinariamente belicosas, tanto les hostigaban desde tierra y desde sus canoas que no pudieron desembarcar para averiguar cómo se llamaba su señor, pero era evidente que habían salido de los dominios de Paguana. Volvieron a la orilla izquierda y el ter-

cer día de junio, víspera de la Santísima Trinidad, llegaron a un pueblo y decidieron bajar a tierra; tras un combate con los naturales, procedieron a saquear las viviendas abandonadas, encontrando abundantes provisiones. Cargaron los bergantines y poco más adelante pudo observar Orellana, en compañía de sus hombres, un fenómeno admirable y extraño: se trataba de la confluencia de un río de aguas oscuras, tan negras como la tinta y con tal ímpetu *que en más de veinte leguas hacía raya en la otra agua, sin revolver la una con la otra.* Ya habían visto otros afluentes de aguas negras, pero no tan oscuras como éstas que ahora se arremolinan y afloran en enormes burbujas entre las turbias del río por el cual navegan. Quizás Orellana, asomado a la borda del bergantín, intuye el presagio de algún acontecimiento terrible, pero su ánimo está dispuesto a todo. Ha presenciado fenómenos que sorprenderían a cualquier compatriota suyo que nunca hubiera dejado los campos de Extremadura. Estaba convencido de la incredulidad que el relato de estas vivencias podría suscitar en sus oyentes. Pero él y quienes le acompañaban habían comprobado cómo los ríos de la cuenca amazónica se caracterizan por una gran variedad de tonos y cualidades en sus aguas, blancas barrosas, verdosas transparentes o pardas hasta el negro. Lo que le llamaba la atención especialmente era la intensa oscuridad de éstas que ahora veía discurrir juntas pero sin mezclarse a lo largo de más de veinte leguas. El fenómeno todavía sorprende hoy a quienes tienen ocasión de contemplar cómo, en su encuentro, se forma una línea entre las dos clases de agua, que no se mezclan durante varios kilómetros en virtud de sus diferentes grados de densidad, temperatura y acidez.

En adelante encontraron asentamientos fortificados por medio de empalizadas de gruesos troncos; estas construccio-

nes bien defendidas eran una especie de factorías que los indios empleaban para secar gran cantidad de las variadísimas especies de pescados, que constituían y aún hoy constituyen una de las fuentes de riqueza más importantes del río. No quedaba más remedio que atacar estas fortificaciones para apoderarse del pescado seco y llevarlo a bordo de los bergantines; tanto Orellana como sus hombres sabían que era una reserva importante de alimento, que además podía conservarse en buenas condiciones.

Avanzando algunas leguas más, llegaron a una aldea donde decidieron desembarcar ante la mirada de los nativos que parecían aguardarles. Había en medio de la plaza una especie de tablero de grandes proporciones que llamó la atención de fray Gaspar, por lo cual lo describió con minuciosidad, pues en él se hallaba *figurada y labrada de relieve una ciudad murada con su cerca y con una puerta. En esta puerta estaban dos torres muy altas de cabo con sus ventanas, y cada torre tenía una puerta frontera la una de la otra, y en cada puerta estaban dos columnas y toda esta obra ya dicha estaba cargada sobre dos leones muy feroces que miraban hacia atrás, como recatados el uno del otro, los cuales tenían en los brazos y uñas toda la obra, en medio de la cual había plaza redonda: en medio de esta plaza había un agujero por donde ofrecían chicha para el sol, que es el vino que ellos beben, y el sol es quien ellos adoran y tienen por su dios.* A la vista de una construcción tan extraña. Orellana comenzó a preparar un vocabulario, como era su costumbre, para intentar comunicarse con uno de los indígenas que parecía bien dispuesto a ofrecer información. Cuando logró hacerse entender pudo averiguar que estos pueblos eran tributarios de las amazonas, para quienes acumulaban gran cantidad de plumas de papagayos, guacamayos, loros y toda clase de aves, que les entregaban regular-

mente para adornar los techos de sus adoratorios. También supo Orellana que la construcción que habían admirado en la plaza del pueblo no era otra cosa que una especie de insignia del señorío de las mujeres guerreras, ostentado por todos los pueblos que de alguna manera estaban bajo su dominio. Precisamente ante dicho adoratorio los nativos celebraban sus ritos, vestidos con profusos adornos de plumería que guardaban en una casa especial del poblado. La información ofrecida por aquel indígena parecía ajustada a la verdad, pues en una aldea próxima, en que también desembarcaron, pudieron comprobar cómo una construcción de similares características se erigía en la plaza central. Pero en este lugar el recibimiento fue menos pacífico y hubieron de abandonarlo con prontitud, tras librar un penoso combate con sus moradores.

Orellana se muestra pensativo, no alberga duda alguna de que se encuentra en las proximidades del legendario señorío de las amazonas. Ha tenido noticia de ellas desde la época en que se formaba como militar en Perú, pero sobre todo le han hablado de su existencia los indígenas que encontró en el Napo y, algo más tarde, el propio señor de Aparia le comunicó que había visitado estas tierras, como lo hacían muchos nativos de su región, en lo cual empleaban muchos años de su vida. Pero además ahora tenía signos visibles de su proximidad, pues cómo explicar, si no, las palabras de aquel nativo o más aún aquellos emblemas tan finamente tallados, que él mismo, en compañía de fray Gaspar, había contemplado con gran curiosidad. Por otra parte se encuentra preocupado, pues intuye que se acerca el momento culminante de su aventura. Un sentimiento de soledad le sorprende a veces, cuando desvelado, repasa con la mirada la orilla del río, tan oscura, pero donde de vez en cuando puede vislumbrar construcciones humanas alumbradas débilmente por la luna.

Era la víspera del Corpus Christi, el 7 de junio de 1542, y en su lento avanzar por las ya muy crecidas aguas, encontraron otra aldea pesquera que tomaron sin apenas dificultad. El cansancio acumulado llevó a los soldados a solicitar a Orellana que les dejase pernoctar allí, pues estimaban que era un lugar muy indicado por su reducido tamaño. Pero el capitán no consideraba prudente permanecer, aunque le advirtieron que solamente había mujeres en el poblado, ya que los varones trabajan durante el día en los algo alejados campos de cultivo. Pensaba con buen juicio que, a su regreso, aquellos hombres podrían atacarles. Sin embargo, con tanta insistencia se lo rogaban que finalmente accedió y, tal como se temía, por la noche sufrieron el acoso de los indígenas, que no cesó hasta el amanecer, cuando el capitán, una vez cargado en los bergantines lo que pudiera servirles para seguir adelante, dio la orden de embarcarse y continuar. No cabe duda de que la impaciencia había hecho presa en el ánimo de los navegantes, el deseo de llegar al mar se avivaba y desde este momento comienza a manifestarse con frecuencia en el relato de Carvajal. Quizás es la impaciencia lo que puede explicar algunos rasgos de la conducta del capitán, que hasta ahora no se habían manifestado. Así, la pluma del fraile trujillano se desliza en esta ocasión sobre un hecho que pone un tinte de crueldad en el carácter de Orellana, quien ordena que se ahorque a los indígenas capturados en el combate y se lleven colgados de los mástiles de los bergantines para atemorizar a las poblaciones que les viesen pasar.

El día diez de junio, mientras viajaban por la margen derecha del río, contemplaron la afluencia de otro tan caudaloso o más que él. No podía llamar su atención el color de sus aguas, porque en este caso eran tan turbias como aquellas por las cuales navegaban, sino el enorme tamaño de su boca.

Estaban en las juntas del río Madeira, que ellos denominaron río Grande. A partir de este punto se iniciaría una nueva etapa de la expedición, en la cual Orellana va a percibir ciertas diferencias importantes entre las poblaciones que ha visto hasta ahora y las que comienzan a aparecer ante sus ojos. Entre otras cosas, notará una mayor perfección en las construcciones, ahora de piedra en su mayor parte; un más alto nivel de desarrollo tecnológico, una organización más compleja. Por otra parte se dará cuenta también de que las poblaciones están construidas sobre altozanos y lomas, para protegerse de las inundaciones periódicas de la várcea amazónica. El tipo de paisaje, aun dentro de la monotonía que la floresta ofrece vista desde el río, también llamará su atención, pero especialmente va a fijarse en la mayor riqueza de estos pueblos y en su variedad de recursos.

Una mañana se divisó un poblado que atrajo especialmente al jefe de la expedición; por ello quiso dirigirse a él, pues le parecía extraordinariamente hermoso, elevado como estaba su enclave en lo alto de un otero. Además tenía el aspecto de servir como residencia al cacique que señoreara sobre aquellas gentes. A pesar de sus deseos no pudieron alcanzarlo, pues se hallaba al otro lado de un brazo del río y ya los bergantines pasaban de largo la boca del canal, por lo que tuvo que contentarse con mirarlo a cierta distancia. Sin embargo, a medida que los españoles se aproximaban a su vista, pudieron distinguir, por encima de las edificaciones y no sin un estremecimiento de horror, unas prolongadas picas repletas de cabezas ensartadas, como si se tratase de trofeos. Si Orellana había cumplido días atrás un inusual impulso de su ánimo y colgó unos cuantos indios en los bergantines, para atemorizar a quienes pudieran atacar su hueste, ahora veía una respuesta involuntaria a su acción que, con certeza, de-

bía causarle a él y a los suyos la misma impresión de horror, debido quizás a que no podía sospechar que las cabezas trofeo que había visto no tenían como finalidad asustar a nadie y con toda probabilidad formaban parte de algún ceremonial.

Tras este episodio apresuraron la marcha, pero constantemente sentían la necesidad de abastecerse y, a la vista de otro poblado sobre la margen izquierda del río, decidieron bajar a tierra para saquearlo. Cuando estaban a punto de alcanzar las primeras construcciones, los nativos salieron de improviso y se lanzaron sobre ellos con gran griterío. Su jefe les animaba sin descanso, pero un certero disparo de ballesta lo abatió tras hundir en su pecho el mortal proyectil. A poco los indios corrían a refugiarse en sus chozas, donde intentaban hacerse fuertes de nuevo. Orellana, impresionado aún por la macabra visión de las cabezas ensartadas que acababa de dejar atrás, ordenó prender fuego al poblado y aprovechar el desorden para apoderarse de cuantos víveres fuera posible. Había abundancia de maíz, tortas de mandioca, tortugas vivas, pavos y otras muchas aves. Además de los alimentos se tomó en este lugar una indígena con la cual entabló conversación el capitán y así pudo enterarse que no lejos de allí, tierra adentro, había algunos cristianos, que habían llegado tiempo atrás en compañía de algunas mujeres, también blancas.

Orellana se extrañó de estas nuevas, intentó recordar y pensó que si eso fuese cierto tal vez los blancos a que se refería la indígena capturada podrían proceder de la expedición que hiciera Alonso de Herrera en 1535. Quizás se trataba de europeos de cualquier otro país, como Portugal, que hubieran llegado para colonizar la tierra. Pero este pensamiento lo descartó rápidamente, pues estaba seguro de encontrarse dentro de la demarcación otorgada a España por las bulas

alejandrinas. Lo más probable, por tanto, es que se tratase de algunos supervivientes de los que se perdieron con Juan Cornejo, que formaba parte de la expedición emprendida en 1531 por Diego de Ordás, uno de los compañeros de Hernán Cortés en la conquista de México. Además así lo registraría Carvajal en su relación. En cualquier caso, Orellana consideró la posibilidad de dirigirse en su busca, pero pensándolo mejor, decidió seguir adelante, convencido como estaba de que, algún tiempo después, volvería a estas tierras para gobernarlas. ¿No había pasado por delante del presumiblemente copioso oro de Omagua, o por las ricas tierras de Paguana, o por éstas, inmejorables, que ahora surcaba el río de su navegación, sin detenerse en ninguna de las ocasiones, pues pensaba en su vuelta? Tiempo habría, pues, para regresar en busca de los españoles que pudieran encontrarse en tan vasta tierra.

Siguieron por lo tanto hacia adelante, con los bergantines repletos de provisiones y con la esperanza de que el mar ya no podría estar muy lejos. Pocos días después avistaban la última de las poblaciones de aquella que habían llamado provincia de las Picotas. La guía indígena señaló que era allí donde se encontraba el camino para llegar hasta los blancos. Curiosamente, del asentamiento salieron dos indios que se acercaron al bergantín en una canoa. Orellana les ofreció diversos presentes para que subieran a bordo, convencido de que podrían darle noticias más precisas, pero ellos rehusaron la invitación y volvieron sobre sí mismos, señalando de manera misteriosa la tierra adentro.

Una vez sobrepasado el último pueblo de la provincia de Picotas, Orellana detuvo la marcha y, sin descender a tierra, determinó que allí pasarían la noche. Tendido sobre la cubierta observaba el sueño de sus compañeros. Todos dor-

mían, incluso el fraile dominico, con quien había conversado tranquilamente en otras noches de vigilia. Ahora, en cambio, se encontraba solo. Tampoco podía transmitir fácilmente lo que sentía; sin embargo no podía dormir, pues en su conciencia afloraban sensaciones imprecisas que le producían una incómoda ansiedad. Evocaba casi mecánicamente otras situaciones similares de su existencia, pero no podía comprender con nitidez que la angustia que le quitaba el sueño, aunque algo más intensa, era la misma que se había adueñado de su pensamiento desde que en la lejanía de su infancia, en Trujillo, dio los primeros pasos que le iban a convertir en hombre. Las mismas angustias y ansiedad que sintió antes de embarcarse hacia América, o, más tarde, al acudir en ayuda de Pizarro, o las que, envueltas en promesas de gloria, precedieron a la fundación de Santiago de Guayaquil. En otras palabras, Orellana intuía vagamente los presagios de la prueba que tenía que pasar.

LAS AMAZONAS

Al amanecer reanudaron la marcha. Se encontraron en las cercanías del río Nhamundá y a poco de partir vieron un grupo de canoas desde las cuales los indígenas comenzaron a atacarles. En esta ocasión les llamó la atención que los guerreros nativos ya no les hostigaban con lanzas y bordunas, sino que empleaban flechas, disparaban con arco. Por esta nueva circunstancia les resultaba muy difícil resguardarse o sortear la lluvia de proyectiles que arrojaban los indios desde sus formaciones y, a veces, caía sobre las cubiertas de los bergantines. Desde entonces avanzaban sin apenas detenerse para reponer las provisiones. Solamente cuando consideraban que un poblado estaba poco defendido se aventuraban a bajar a tierra para ahuyentar a sus pobladores y saquear los víveres. Era la táctica que venían empleando desde muchas leguas atrás, pero ahora con mayor precaución, pues la amenaza de los arqueros había incrementado los riesgos.

Cuatro o cinco días después llegaron a uno de estos poblados donde no tuvieron resistencia; allí tomaron provisiones por enésima vez y encontraron una bodega donde los naturales almacenaban una bebida de cierto grado, obtenida por la fermentación de una especie de gramínea que Carvajal

creyó avena. Además pudieron ver un adoratorio en cuyo interior había abundante parafernalia ritual. El 22 de junio quisieron pasar a la orilla izquierda del río, pues vieron unas poblaciones de gran tamaño, pero la fuerza de la corriente, producida por la crecida de las aguas, que en esta época del año alcanza sus cotas máximas en esa zona, se lo impidió. Al día siguiente desembarcaron en una aldea situada en un amplio llano, junto a una corriente no muy grande. Estaba dispuesto este asentamiento a lo largo de una línea que formaba una especie de calle bastante larga, que en su parte central se abría en una plaza. También aquí se abastecieron y, como era la víspera del día de San Juan, descansaron con la intención de buscar un lugar apacible para festejar la fecha.

Por la mañana reemprenden la marcha, una vez que los frailes se han dirigido a la tripulación recordando a San Juan con su prédica; pasan por varias aldeas de pescadores, pero siguen adelante en la búsqueda de un lugar tranquilo donde festejar aquel 24 de junio. Al doblar una curva del río, ven en la orilla unas poblaciones de gran tamaño. Una gran cantidad de indios sale a su encuentro en canoas. Orellana intenta hablar con ellos, pero sus dotes para convencer por medio de la palabra no tiene esta vez el éxito acostumbrado. Los nativos parecen burlarse de Orellana y éste interpreta que su soberbia debe ser castigada con disparos de arcabuz y de ballesta que, por fuerza, tendrán un mayor efecto disuasorio. Ese parece ser el resultado, pues, al oír el estruendo de la pólvora, los indios se alejan hacia sus poblados; sin embargo allí se hacen fuertes y reciben la ayuda de nuevos contingentes. Casi de súbito las orillas se cubren de escuadrones de arqueros en formaciones uniformes. También se disponen a atacar desde el agua sobre sus canoas. Orellana decide abordar precisamente por allí donde más abundantes son los guerreros;

a medida que se acercan, los arqueros comienzan a disparar. A bordo de los barcos van los paveses de pieles de caimán y manatí, arrebatados a los nativos de Machiparo, pero no es posible guarecerse de las flechas y seguir remando. A pesar de todo, los españoles quieren bajar a tierra; la luvia de flechas es constante y cinco de los expedicionarios reciben los proyectiles en su cuerpo. Entre ellos el propio Carvajal ha sido herido en un costado. La flecha habría cumplido su mortífera misión si no fuera porque los hábitos del fraile lo han impedido con sus pliegues.

Aunque parecía imposible, los españoles lograron desembarcar y entablaron un fiero combate con los indígenas, en el agua, muy cerca de la orilla. Caían muchos indios, pero los restantes peleaban si cabe con mayor ánimo al saber que, entre ellos, luchaban unas mujeres guerreras que los españoles identificaron con las amazonas. Carvajal es muy explícito: *Quiero que sepan cuál fue la cabsa porqué estos indios se defendían de tal manera. Han de saber que ellos son subjetos y tributarios a las amazonas, y sabida nuestra venida, vánles a pedir socorro y vinieron hasta diez o doce, que éstas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios como capitanas, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaron volver las espaldas, y al que las volvía delante de nosotros le mataban a palos, y ésta es la cabsa por donde los indios se defendía tanto. Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza; y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos haciendo tanta guerra como diez indios; y en verdad que hubo mujer de éstas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín.* Tan gran belicosidad no impidió, sin embargo, que los

españoles matasen a siete u ocho de estas guerreras, por lo cual los indios comenzaron a tocar sus tambores pidiendo más refuerzo, Orellana decidió embarcar de nuevo y salir de esta contienda que en tanto riesgo había puesto a su empresa.

Una vez en los bergantines, ven que los indígenas salen en su persecución; intentan acelerar la marcha remando con más energía, pero no pueden más y dejan que la corriente les lleve a la deriva. Por fin dejan atrás las canoas y divisan un poblado que parece desierto. Orellana no quiere desembarcar, pues teme una emboscada, pero la tripulación insiste en ello, incluido el fraile dominico. Al acercarse a la orilla surgen de la espesura nuevos escuadrones de arqueros y una vez más comienza la lluvia de flechas, una de la cuales alcanza a fray Gaspar en la cara. Es la segunda vez que recibe una flecha en su cuerpo, y en un mismo día. Cuando, conteniendo un grito, el fraile retiró sus manos del rostro ensangrentado, sus compañeros pudieron ver cómo el proyectil había entrado por debajo de una ceja y salía cerca de la mejilla, lo que instantáneamente le causó la pérdida de un ojo. Orellana le extrajo la flecha y, mientras lo hacía, debió avivar en su recuerdo el dolor de su propia herida, recibida años atrás, que le produjo el mismo resultado. De alguna manera el destino había investido con un mismo signo de heroicidad a aquellos hombres que tan bien llegaron a comprenderse desde que se conocieron en el campamento de Gonzalo Pizarro. Pero no era momento de detenerse en reflexiones de esta clase; mientras Carvajal yacía sobre las tablas de la cubierta del *Victoria*, intentando reponerse del espantoso dolor que le producía la herida, los tripulantes del *San Pedro* habían descendido a tierra y se hallaban rodeados por los nativos, que les atacaban peligrosamente. Orellana tenía que acudir en su ayuda y a

pesar de la situación de su propia nave, lo hizo acompañándose de algunos hombres. Abrió una brecha en el cerco de los indígenas y, mientras sus compañeros le guardaban la espalda, se abrió paso hasta el reducido grupo que luchaba y les conminó a escapar hasta la orilla.

Cuando por fin consiguieron embarcar los compañeros del bergantín menor, viendo que el ataque de los indios crecía por momentos, el capitán ordenó salir de allí, para no perder sus hombres en aquella tierra que, no obstante su hostilidad, le hacía evocar la suya propia. En la descripción que haría tiempo después el padre Carvajal se percibe también la añoranza cuando afirma: *La tierra es tan buena, tan fértil y tal al natural como la de nuestra España, porque nosotros entramos en ella por San Juan y ya comenzaban los indios a quemar los campos. Es tierra templada, a donde se cogerá mucho trigo y se darán todos frutales: demás desto es aparejada para criar todo ganado, porque en ella hay muchas yerbas como en nuestra España, como es orégano y cardos de unos pintados y a rayas y otras muchas yerbas muy buenas; los montes desta tierra son encinares y alcornocales que llevan bellotas porque nosotros las vimos, y robledales…*

Después de pasar por delante de algunos poblados más, los bergantines se vieron rodeados de canoas y piraguas, repletas de guerreros nativos que amenazaban con sus flechas, formando un gran griterío y acompañándose con música de tambores y trompetas; Orellana dirigió los barcos por uno de los brazos del río que pasa entre las islas situadas frente a la actual ciudad de Alemquer y rodeó la más oriental de ellas; por esta razón no pudo ver la desembocadura de otro gran afluente, el Tapajoz, de aguas verdosas y transparentes; cuando tomaron de nuevo el curso principal del Amazonas, salió a su encuentro un enorme refuerzo de guerreros en

grandes piraguas. Con seguridad la presencia de los españoles había sido avisada desde unas poblaciones a otras por toda la várcea y, sabiendo los nativos que las extrañas naves habían seguido por el canal norteño del gran río, reunieron un contingente importante de arqueros para darles combate cuando llegasen de nuevo a la vía principal, algo más allá de la actual ciudad de Santarem, que es precisamente el lugar donde desagua el Tapajoz.

Ante tan numerosas tropas, Orellana pensó que podría evitar el ataque si conseguía comunicarse con ellos y, así, arrojó por la borda una calabaza con presentes. Los indios la tomaron, pero después de abrirla y examinar el contenido con extrañeza, lo despreciaron y al instante reanudaron la persecución, hasta que los bergantines salieron de las aguas que bañaban sus territorios. Hasta ese momento no cesó el fuego de los arcabuces ni los disparos de las ballestas, dirigidos a las piraguas que se apretaban delante de la proa de las naves.

Por la noche llegaron a un llano despoblado cubierto por un bosque que les pareció un robledal. Descansaron a duras penas, pues tuvieron que organizar un turno de vigilancia por si se repetía el ataque de los indios. A la mañana siguiente, mientras algunos hombres intentaban poner un poco de orden en los bergantines, después de las recientes escaramuzas, Orellana se preocupó por conocer el estado de los heridos y después se retiró un poco del conjunto y, en su afán de averiguar dónde se hallaba, entabló una conversación con un indio que había tomado el día de San Juan, precisamente mientras se libraba el combate en que aparecieron las mujeres guerreras. Desde su captura se había preocupado de elaborar, como era su costumbre, un vocabulario para entenderse con él. De este modo se encontraba ya en condiciones de

plantearle muchas cuestiones que le preocupaban. Le preguntó quién era su señor y quiénes las mujeres guerreras. El indígena le respondió que él habitaba la aldea donde lo habían tomado, y su señor, de nombre *Couynco*, extendía su dominio hasta el lugar en que ahora se encontraban, pero al mismo tiempo estaba sometido al señorío de aquellas mujeres que peleaban entre ellos, lo cual hacían siempre para defender las tierras de los pueblos que tenían sujetos a tributo. Dichas mujeres vivían hacia el interior a unas cuantas jornadas de camino desde su aldea. Vivían solas, sin varones, aunque de vez en cuando recibían temporalmente a los de un poblado no muy lejano al suyo, para unirse con ellos, quienes según el informante improvisado eran de elevada estatura y muy blancos, lo que haría evocar a Orellana el recuerdo de aquellos cuatro hombres que le visitaron cuando se encontraba en Aparia, y desaparecieron después sin saberse nada de ellos hasta ese momento. Si del resultado de tales uniones parían un varón, lo mataban y enviaban el cadáver al poblado de los varones, pero si era hembra la educaban esmeradamente y la adiestraban en el oficio de la guerra. Orellana tomaba nota puntualmente de las informaciones que el indígena le ofrecía. Con frecuencia le resultaba difícil comprender sus palabras, y entonces intentaba ayudarse por medio de gestos o recurriendo al vocabulario. Es muy probable que las preguntas del español incluyesen respuestas prefiguradas, o que simplemente forzasen las contestaciones del indio, pero esto no podía sospecharlo quien veía en las respuestas la confirmación de las leyendas escuchadas desde mucho tiempo atrás y reforzadas precisamente durante la expedición.

Todavía preguntó el capitán si era abundante el número de estas mujeres. Según el excepcional interlocutor, él mismo

había estado ocasionalmente en algunas de sus aldeas como encargado de llevarles el tributo, y ante Orellana y otros españoles que se habían acercado, relató los nombres de setenta pueblos que recordaba con facilidad. Para comunicar unas aldeas con otras había caminos bien construidos y cuidados, cercados a trechos y vigilados por guardianes. Sus viviendas eran de piedra, con puertas de madera y en la aldea principal, donde residía la señora de todas ellas, de nombre *Coñori*, había cinco adoratorios, dedicados a *Caranain*, es decir al Sol. Las paredes y los techos de estos recintos estaban decorados con diseños de múltiples colores y dentro había gran cantidad de ídolos de oro y plata que representaban mujeres. También eran de oro las escudillas de que se servía la señora principal, a diferencia de las de madera, que empleaban las demás mujeres, con excepción de las elaboradas con barro para poder acercarlas al fuego. El hecho de que los adoratorios estuviesen adornados en su interior debió recordar a Orellana el paso por el poblado en que vieron una especie de talla en madera, y la declaración de sus moradores en el sentido en que ellos eran tributarios de las mujeres guerreras a las que surtían de plumas de muy diversas clases y colores para adornar el interior de sus recintos sagrados.

Se detuvo después el nativo en otros pormenores concernientes a las vestiduras de aquellas mujeres, a sus animales domésticos, entre los que debían tener tapires, tal como ha llegado su descripción a través del relato de Carvajal, y asimismo aseguró que en sus dominios había dos lagunas de agua salada, que ellas explotaban para el comercio con otras regiones. Aún se extendió en las relaciones que mantenían con otros pueblos, con algunos de los cuales se caracterizaban por su belicosidad, o simplemente por su sujeción como tributarios. Como atestigua Carvajal, las informaciones de

este indígena tenían poco de novedoso a oídos del capitán, pues *todo lo que este indio dijo y más nos habían dicho a nosotros a seis leguas de Quito, porque de esas mujeres había allí muy gran noticia, y por las ver vienen muchos indios el río ahajo mil y cuatrocientas leguas; y así nos decían arriba los indios que el que hubiese de bajar a la tierra de estas mujeres había de ir muchacho y volver viejo.*

Orellana no abrigaba dudas sobre la veracidad de las informaciones recibidas, sobre todo porque la realidad a que se referían se acoplaba perfectamente a lo que siempre había escuchado sobre las míticas mujeres guerreras. Quizás hoy podemos pensar que había confundido ambos planos, legendario y real, y así pudo haber inducido a su informante a relatarle lo que quería escuchar. Por otra parte, a pesar de su facilidad para darse a entender entre los pueblos amazónicos, en lenguas tan extrañas a la suya propia, tenía que dejar por fuerza resquicios por donde la oscuridad se hiciese dueña de las conversaciones. En cualquier caso no es improbable que, sin alcanzar los límites de lo que en términos ideales podría denominarse una sociedad *amazónica*, las poblaciones de esta región del curso bajo del gran río estuviesen organizadas socialmente con arreglo a fórmulas matridominantes. Ni debe olvidarse que en uno de los poblados que había saqueado encontró Orellana una sociedad cuyas mujeres permanecían reunidas durante el día, mientras los varones acudían a realizar su trabajo en los alejados campos de cultivo. A pesar de todo, la leyenda continuaría viva durante bastante tiempo y así, incluso viajeros posteriores como La Condamine, ya en el siglo XVIII, se refieren a estas mujeres que probablemente Orellana combatió.

LLEGADA AL MAR

Al día siguiente partieron de aquel lugar que llamaron del robledal. Navegaban sosegadamente y al poco tiempo vieron, sobre la orilla izquierda del río, unos asentamientos situados sobre lomas y valles que les resultaron muy hermosos; Carvajal describiría este paisaje como la tierra más alegre y vistosa de cuantas habían descubierto. Pero si la tierra era apacible y acogedora, sus habitantes no lo parecían, pues enseguida salieron a atacarles en sus canoas. Eran guerreros de buena estatura, llevaban el cráneo rapado y el cuerpo y la cara pintados de negro, seguramente con la sustancia conocida como genipapo, de un azul intenso, muy oscuro. Por esta característica los españoles designaron su territorio como la provincia de Tiznados. Como le resultaban extrañas estas gentes, Orellana preguntó al indio que todavía les acompañaba, quien advirtió que se trataba de súbditos de un señor muy poderoso de nombre Arripuna, cuyos dominios se extendían hasta ochenta jornadas hacia el norte, donde había una laguna muy poblada que era el límite del señorío de un tal Tinamostón, cuyos pueblos tributarios practicaban la costumbre de comer carne humana. Orellana debió sorprenderse por esta información, ya que a lo largo del recorrido que

había realizado por el río no había encontrado indicios de que alguno de los pueblos que habitaban sus orillas realizase esta práctica.

Prosiguieron el viaje y todavía iban a encontrar motivos para atemorizarse aún más hasta su llegada al mar. Al cabo de dos días encontraron una población no muy grande, en la cual, tras entablar combate, lograron dominar a sus habitantes y tomarles algo de comida. Algo más adelante se hallaban ante un pueblo bastante mayor; intentaron desembarcar en él, pero antes de hacerlo recibieron por sorpresa un ataque con flechas, esta vez envenenadas. En el ataque resultó herido el burgalés Antonio de Carranza. No se le dio apenas importancia a la herida, porque parecía superficial, pero al día siguiente murió con violentos espasmos. Este acontecimiento atemorizó considerablemente a sus compañeros y preocupó a Orellana, que desde ese momento y tras hacer acopio de cuanto maíz y otros vivieres se pudo conseguir en aquel poblado, se propuso no volver a descender a tierra, a no ser con todas las precauciones posibles, ya que contra el veneno de las flechas no tenían remedio alguno. Por esta razón, para evitar el riesgo, decidió Orellana proteger los bergantines con unos parapetos elevados, a modo de empalizadas, tras los cuales sus hombres podrían refugiarse si los indios atacaban desde el río. Al concluir la obra vieron una gran cantidad de canoas que se acercaban por el río, pero no atacaron. Sin embargo, sugestionados como estaban por el nuevo riesgo que suponía el veneno, un simple fenómeno natural les impresionó vivamente, por entender que era un presagio de misteriosos males. A la hora de vísperas, un ave se posó en una de las ramas del árbol a cuyo pie se hallaban y por tres veces emitió su canto: *huí, huí, huí.* Partieron de este paraje, donde habían construido los parapetos, y más adelante in-

tentaron buscar un lugar apropiado para pasar la noche, pero considerando que no estarían seguros en tierra, decidieron amarrar los bergantines a las ramas de unos árboles. Por la noche los centinelas sintieron cómo se acercaban algunos indígenas, a quienes la oscuridad no permitió descubrir los barcos y pasaron de largo. A la mañana siguiente reanudaron la marcha por el río, y fue entonces cuando notaron los efectos de la repunta de la marea. El mar ya no podía estar demasiado lejos. Poco después vieron más canoas que salían por un pequeño afluente. En la escaramuza los indios hirieron al logroñés García de Soria. Como en el caso de Antonio de Carranza, aunque la herida era poco más que un rasguño, el veneno le mató antes de que transcurriesen veinticuatro horas.

Orellana se encontraba tan turbado por la amenaza de los proyectiles ponzoñosos que ni siquiera encontraba fuerzas en su interior para animar a sus hombres por la proximidad del mar. Sólo le preocupaba encontrar una vía de salida que les permitiera llegar sin tener que afrontar el peligro oculto en la oscuridad misteriosa de la selva. Precisamente la floresta, que, muy poco tiempo atrás, cuando pasaban por la vistosa tierra de Monte Alegre, era toda una promesa de futura prosperidad, ahora se convertía en una amenaza velada y traicionera. Consultó al indio que les acompañaba desde la tierra de las amazonas, y éste le comunicó que se hallaban en los dominios de Nurandalugua Burabara, por otro nombre Ichipayo, pero que en la orilla opuesta encontrarían tierras despobladas, si conseguían escapar de la persecución que ahora les hacían los nativos de dicha región. Fue entonces cuando el alférez de Orellana, Alonso de Robles, hizo un certero disparo de arcabuz que acabó con la vida de dos indios a un tiempo. Casi inmediatamente obtuvo el mismo resultado

el vasco Pedro de Acaray, a quien todos llamaban Perucho. Como consecuencia del impacto que causaron estos disparos, los indios cejaron en la persecución. A partir de este momento pusieron proa hacia la orilla izquierda, como había indicado el guía indígena y, en efecto, encontraron un buen trecho de tierra despoblada, donde descansar del acoso que habían soportado hasta entonces. Tras el descanso Orellana envió a algunos de sus hombres a reconocer la región; a su regreso afirmaron que les pareció una tierra excelente tanto para la labranza como para la cría de ganado. Estas informaciones confirmaban al capitán en sus intenciones de regresar para conquistar y poblar esta parte de las Indias que tan rica le parecía.

Había llegado el momento de prepararse para salir al mar, que ya no podía estar lejos. Orellana, no sin cierta impaciencia, ordenó la reanudación de la marcha y así llegaron al laberinto de canales e islas que preceden la desembocadura del río y, desde entonces, ya no volvieron a tomar tierra firme hasta su llegada al mar. Habían recorrido ya más de mil seiscientas leguas, según el cálculo de Carvajal, y aún deberían recorrer doscientas más para alcanzar las aguas del Océano. Orellana manifestaba su extrañeza por las particularidades de aquel río que, después de alcanzar en ciertos trechos una anchura que permitía confundirlo con el mar, ahora que estaba próximo a su desembocadura, se dividía en numerosos canales. Se daba cuenta, por otra parte, de los diferentes tamaños de las islas que iba dejando al paso de los bergantines, pero también había podido advertir algunos islotes flotantes, que se movían a la deriva por la corriente, como gigantescos pedazos de tierra desgajados de alguna orilla, con su vegetación y aún numerosa y variada fauna. Todo en el río resultaba extraordinario.

Las islas por entre las cuales navegaban estaban bastante menos pobladas que la tierra firme que acababan de dejar atrás. Aquí se repitió la fórmula, tan acostumbrada a lo largo de la expedición, de saquear las poblaciones para solventar el problema del hambre. Pero ahora parecía más fácil, pues los indios de las islas eran más pacíficos. También había observado el capitán una mayor regularidad en la descarga de los aguaceros que ahora, cerca de la desembocadura, tenían lugar durante las últimas horas de la tarde.

A partir de ahora, a causa del influjo de la marea hubo que afrontar una nueva clase de obstáculos, pues los bergantines no llevaban ancla. De este modo, en un entrante en que Orellana había decidido saquear un pequeño poblado para abastecerse de comida, el *Victoria* quedó varado en la playa al bajar la marea y los tripulantes del *San Pedro* no vieron un tronco firmemente sujeto al fondo y, como sucediera a poco de comenzar la navegación, una de las tablas que componían el casco se rompió y el pequeño bergantín comenzó a hacer agua y hundirse. Mientras intentaban llegar con el barco a la orilla, los indios que al principio habían huido al bajar los primeros españoles a tierra, comenzaron a atacar para defender el poblado. Había que repartir el esfuerzo. Orellana, en compañía de los dos religiosos y un soldado, se quedó en el bergantín grande que ya había sido puesto a flote. Entre tanto, otros hombres se encargaban de arrastrar el *San Pedro* para reemplazar las tablas astilladas y otros más se dedicaron a contener el ataque de los indios. Sólo bien entrada la noche consiguieron embarcarse y descansar.

Al día siguiente detuvieron de nuevo la marcha para reparar definitivamente el bergantín pequeño antes de salir al mar, tarea que les llevó otros dieciocho días, pues tuvieron que dedicarse una vez más a la laboriosa tarea de forjar cla-

vos. Durante ese tiempo escasearon tanto los recursos de los expedicionarios que tenían que contar los granos de maíz para distribuirlos y en esa dificultad tuvieron que comer la carne de una danta que flotaba muerta por las aguas del río. Restaurado el bergantín *San Pedro*, partieron en busca de un lugar donde les fuera posible preparar los aparejos que necesitarían para navegar por el mar. El día de San Salvador, 6 de agosto, encontraron una playa en la que aún demoraron catorce días más, durante los cuales confeccionaron jarcias y cabos y se instalaron nuevas velas en los mástiles, hechas con las mantas en que dormían. Su alimentación se basaba entonces en los escasos moluscos y crustáceos que podían mariscar. Cuando salieron de allí, tuvieron que navegar guardándose de la marea, pero muchas veces no podían evitar retroceder en poco tiempo lo que habían avanzado en un solo día.

Este ir y venir de los bergantines se debía a otra característica del Gran Río. En efecto, el enorme caudal de agua que aporta al mar entra en éste con tanta fuerza que en la pleamar es posible encontrar agua dulce a muchas leguas de la costa —por ello cuando en 1500 descubrió esta desembocadura Pinzón, la denominó Santa María de la Mar Dulce—; pero con la marea alta, la fuerza de las aguas del Océano choca con la de las del río, produciendo una enorme ola acompañada de un estruendo que puede oírse a varios kilómetros de distancia. Es sorprendente cómo la acción de la marea en el curso fluvial contrarresta la acción de esta onda y evita la inundación de las poblaciones que se levantan en las orillas, pues el nivel del agua en dichas zonas oscila diariamente entre los límites de una marea normal. Este fenómeno recibe el nombre de *macareo* y la onda producida por el encuentro de

las aguas se conoce habitualmente con el apelativo indígena de *pororoca*.

Afortunadamente durante el tiempo que duró la navegación entre las islas, y ya muy cerca del mar, encontraron poblaciones donde surtirse de unas raíces que seguramente eran carnosos tubérculos de ñame, que junto con algo de maíz y los cántaros de agua dulce que Orellana había dispuesto cargar, llevaron a bordo para la navegación marítima. Pasaron por un canal de unas cuatro leguas de anchura que separaba dos islas; debían ser éstas las llamadas Caviana y Mexiana, por lo que aquella vía de agua sería la que actualmente se conoce con el expresivo nombre portugués de canal Perigoso. El 26 de agosto, día de San Luis, pudieron ver por fin el mar. Calculó entonces Orellana que la anchura del conjunto de bocas que había a la salida del río debía llegar a las cincuenta leguas y que el río llevaba su caudal de agua dulce hasta unas veinticinco leguas el mar adentro.

La vieja ambición de encontrar una vía de comunicación entre las tierras altas del Perú y la mar del Norte se había cumplido. Francisco de Orellana, fundador de la villa de Santiago de Guayaquil, había comprobado con su empresa la viabilidad de la navegación a través de un curso fluvial de tan vastas proporciones que en algunos de sus trechos semejaba un verdadero mar. Las dificultades que había presentido desde el inicio de su marcha y que le habían mantenido en vela a lo largo de muchas noches, especialmente antes de librar los combates del día de San Juan, habían sido superadas y ahora tenía la recompensa de su propia satisfacción por la llegada al mar. No podía evitar el recuerdo de Gonzalo Pizarro, quien había acariciado la idea de llegar hasta donde él se encontraba ahora y además le había convencido de la necesidad de construir el primer bergantín. Ocho meses habían

transcurrido desde que se separaron y no había tenido ninguna noticia de él ni de sus hombres. Quizás habrían regresado a Quito, a pesar de las dificultades de remontar las laderas selváticas, tal vez habrían sucumbido, pero lo más improbable es que hubieran seguido el río abajo, pues se habría encontrado con él en cualquiera de los poblados en que se detuvo, o al menos en alguno de esos lugares le habrían hablado de él.

En otro orden de cosas, Orellana se sentía especialmente reconfortado cuando pensaba en las tierras y poblaciones que había descubierto, pues le parecían un buen soporte para iniciar su conquista y poblamiento, por ello estaba impaciente por llegar hasta algún puesto desde donde pudiera partir para llevar la noticia de su hallazgo y descubrimiento hasta el Rey. Pero en realidad no sabía dónde se encontraba exactamente. ¿Sería este río el Maranhao portugués, o el Mar Dulce de Pinzón, o el río del Paraíso, del propio Cristóbal Colón? Por su idea de la configuración de las Indias pensaba que si navegaba hacia el Norte, sin alejarse demasiado de la tierra, tendría que llegar por fuerza a alguna de las ciudades fundadas por sus compatriotas, ya fuera en la Tierra Firme o en alguna de las islas del Caribe. Por ello era necesario disponerlo todo para emprender la navegación marítima, pues en cualquier caso no sabía cuántas jornadas debería emplear para llegar hasta tierra de cristianos.

Como había ordenado Orellana, navegaron sin perder de vista la costa, pues además de no saber con exactitud su situación, tampoco llevaban brújula, ni carta de marear. En la noche del día 29 de agosto se separaron los bergantines. A la mañana siguiente, cuando los tripulantes del *Victoria*, en el que iba Orellana y Carvajal, comprobaron que lo habían perdido de vista, dieron la noticia al capitán. Parecía seguro que

habría de haber naufragado, pero no se veían sus restos flotando a la deriva, ni signos de algún superviviente. Quizás había quedado atrás o, empujado por el viento, se estrelló contra algún arrecife o acantilado. Continuó la marcha el descubridor y dio órdenes precisas para el racionamiento de los víveres y especialmente del agua de río que llevaban en cántaros. Después de nueve días más de navegación divisaron una isla, se acercaron y, bordeándola, fueron a parar al interior de una ensenada. Estaban en el Golfo de Paria; allí anduvieron siete días intentando encontrar una salida sin demasiado éxito, hasta que una mañana lo lograron haciendo pasar el bergantín por un estrecho paso, que llamaron la boca del Dragón. Habían agotado las provisiones y algunos hombres bajaron a tierra. Volvieron a bordo cargados de frutos como ciruelas rojas, bastantes agrias. Aún navegaron dos días más; el hambre, pero ahora más intensamente la sed, estaba a punto de hacerlos perecer.

Comenzaban a desesperarse; quizá, después del esfuerzo empleado en el descubrimiento de la navegabilidad del enorme río, su hazaña no podría conocerse jamás, si, como todo parecía indicar, ellos corrían una suerte semejante a la de sus compañeros del bergantín menor. Era la mañana del 11 de septiembre de 1542. Muy temprano divisaron una pequeña franja oscura en la distancia. A medida que se acercaban a ella, pudieron comprobar que se trataba de tierra, probablemente una isla. Poco a poco su silueta se hacía más nítida sobre la línea del horizonte. Acostumbrado a escudriñar la existencia de construcciones en las orillas del río, no tardó Orellana en anunciar la presencia de algunas manchas de blancura enmarcadas en el verde grisáceo de la vegetación. Podría ser un poblado indígena donde abastecerse una vez más, pero algo más adelante ya no le cabía duda al goberna-

dor de Guayaquil de que estaba cerca de un pueblo de españoles, pues divisaba los edificios y, delante de ellos, algunas naves. Su alegría era enorme. Por fin llegaban al término de su andadura que confirmaría el valor de su empresa.

Cuando entraron en el puerto su alegría fue aún mayor, pues allí estaba fondeando el *San Pedro*. En efecto, como pudieron saber después, el pequeño barco había llegado dos días antes que el *Victoria*. Se encontraban en Nueva Cádiz, ciudad fundada por españoles en la isla de Cubaguá, en el Caribe, frente a las costas de Venezuela. Los tripulantes de ambos bergantines podían abrazarse, al fin, después de haberse dado por perdidos mutuamente. Orellana y los dos religiosos encabezaron una comitiva hasta la iglesia, para dar gracias por el éxito de la expedición.

Mientras caminaba hacia el templo, Orellana había dejado correr su pensamiento. Era consciente de que la hazaña principal y más importante de cuantas había emprendido hasta entonces, había concluido con el cumplimiento de cuanto se había propuesto realizar ya en la tierra de Aparia, pero en sus planes entraba conseguir la gobernación de aquellas tierras que nadie podía conocer mejor que él, que las había descubierto. Por ello había resuelto marchar a la Península, ir a la Corte para conseguir su título. Aun así, de momento era preciso descansar después de tantas penalidades sufridas; restablecer el cuerpo, desgastado por el hambre; poner orden, en suma, a tantos quebrantos soportados. En cierto modo revivía una ilusión semejante a la que le animaba cuando, en Guayaquil, abrigaba el deseo de aventurarse en compañía del menor de los Pizarro, pero ahora no gozaba del sosiego que caracterizaba su existencia en las orillas del Guayas, ni estaba en posesión de bienes materiales, pues todos los que pudo conseguir tras su intervención en las contiendas del Pe-

rú los había gastado en reunir la pequeña tropa de auxilio a Gonzalo Pizarro. Tenía que empezar de nuevo. Como tantas otras veces en su vida anterior y como aún le habría de acontecer casi hasta la hora de su muerte.

Su objetivo más inmediato era conseguir dinero. No debió resultarle difícil si se tiene en cuenta que sobre su sien se cernía la aureola del éxito. Se trasladó a Santo Domingo, donde el 22 de noviembre de 1542 mantuvo una entrevista con Gonzalo Fernández de Oviedo, a quien relató su hazaña. Hoy sólo podemos imaginar aquella conversación, aprovechada por el ilustre historiador para tomar nota de las palabras de Orellana. En varias ocasiones saldría a relucir el nombre de Gaspar de Carvajal, a quien sin duda Fernández de Oviedo habría deseado conocer. Desde Santo Domingo pasó Orellana a la isla de la Trinidad para contratar la pequeña nave que habría de trasladarle a la Península. En esta ocasión iban a acompañarle solamente cuatro de los hombres que habían participado con él en la navegación del gran río. Estos eran: Cristóbal de Segovia, Hernán Gutiérrez de Celis, el comendador Cristóbal de Enríquez y Alonso Gutiérrez.

Sin más detenciones se encaminaron hacia España; sin embargo, una tempestad dañó de manera importante la nave y no tuvieron más remedio que desembarcar en las costas portuguesas, pues allí les habían conducido los vientos. No pensaba Orellana en otra cosa que presentarse ante el Emperador para relatarle su descubrimiento y exponerle sus planes de conquista, de manera que si el azar le llevaba a Portugal, él encontraría la manera de no detenerse demasiado en aquel país y pasar a su tierra extremeña para viajar seguidamente hasta la Corte española.

Comenzaba el año de 1543 y la noticia de su llegada no podía pasar inadvertida, toda vez que el relato de su descu-

brimiento se extendió por todo tipo de ambiente con la velocidad con que arde la pólvora, y no tardó en llegar a la Corte. Muy interesado por tan atractivo asunto, el rey de Portugal, Juan III, quiso tener informaciones de primera mano y oír de los labios del propio capitán de la expedición los pormenores de aquella empresa descubridora que haría reverdecer en el monarca lusitano el interés por las navegaciones que caracterizaba a su dinastía, y que tanta gloria había dado a su imperio desde la época de don Enrique el Navegante hasta la de su predecesor, Manuel I el Afortunado.

Así pues, el rey portugués hizo llamar al capitán recién llegado de Indias a la Corte. Orellana recelaba que durante la entrevista pudiera pensar el monarca luso que el río recientemente descubierto era el Maranhao que quedaba bajo el dominio portugués, por ello en su relato procuró no detallar demasiado los pormenores geográficos de la expedición. Tras la conversación, el monarca pensó que convendría hacer a Orellana alguna oferta ventajosa para servirse de su hazaña. Pero el capitán español no aceptó la proposición y pensó que debía ofrecer primero al Rey de España la posibilidad de decidir sobre la conquista y poblamiento de aquellas tierras. Además, si el Rey de Portugal se mostraba tan generoso, qué no habría de hacer el Emperador, con mayores y mejores motivos. Pospuso la respuesta a Juan III y partió de Portugal, no, sin antes establecer un acuerdo con un rico lusitano que se comprometió a entregarle provisiones cuando emprendiese su nuevo viaje a Indias, a condición de que, a su paso por Cabo Verde, llevase a uno de sus hijos como acompañante.

REGRESO A LA PENÍNSULA

La Corte de Carlos I se hallaba en Valladolid y allí se iba a encaminar Francisco de Orellana en abril de 1543 para solicitar audiencia al Emperador. Llevaba ya algunos meses en la Península, pero aún no había vencido la extrañeza que su ausencia de diecisiete años le hacía sentir por todo cuanto le rodeaba. Cuando aún estaba en Portugal pensaba que las diferencias que percibía en el paisaje, las gentes y sus costumbres se debían a peculiaridades incómodas de una tierra que al fin y al cabo no era la suya propia, pero se había trasladado a Extremadura; había regresado a la vieja villa de Trujillo, donde pasó su infancia y primera juventud, y también allí notaba cambios importantes entre lo que percibía en el entorno y los recuerdos que mantenía vivos en su memoria. Todo le resultaba extraño en aquellos días de su vuelta: el paisaje, las casas, los muros… Todo mucho más pequeño. Seguramente no se daba cuenta de que en los recuerdos de infancia hay una habitual tendencia a agrandar las cosas, pero, con todo, no podía evitar la imagen contrastante de las extensiones americanas cuando miraba los campos de su tierra y más aún al acercarse a las orillas de los ríos, que de ningu-

na manera resistían la comparación con aquel que él había navegado.

Era cierto que percibía una suave deferencia en el trato que le daban, pero incluso esa relación con sus antiguos parientes y vecinos se estrechaba en torno suyo, le oprimía con fórmulas demasiado regladas que él, acostumbrado a los usos sociales de la sociedad indiana, caracterizados por una mayor independencia, casi no podía soportar. Admitía que durante su permanencia en Indias mucho habían podido cambiar las cosas, pero ni siquiera imaginaba que quizás eran sus ojos los que se habían transformado a la hora de percibir el mundo, pues ya se habían habituado a otros paisajes mucho más extensos, a otra vida menos constreñida por convencionalismos, a lo que, en suma, significaba América, donde tanto había deseado él mismo trasladarse cuando todavía era adolescente. En Trujillo comprendió mejor el valor de lo que, por su propio esfuerzo, había conseguido en Indias y aunque sintiera el cómodo calor de sus familiares y la buena acogida de su padrastro, que se brindó a ayudarle cuando conoció sus propósitos, pensaba que ni siquiera como hidalgo encumbrado podría adaptarse a la vida de su villa natal y menos ahora que, sin recursos económicos disponibles, su mente abrigaba importantes proyectos de gloria. Por ello tenía prisa en llegar a Valladolid para entrevistarse con el Emperador. Quería obtener sin mayores dilaciones su título de gobernador y, por encima de todo, deseaba ardientemente regresar para conquistar las tierras descubiertas.

Pero los acontecimientos no iban a sucederse con la rapidez que ansiaba el hidalgo trujillano. Cuando en mayo de 1543 llegó a Valladolid, ni la coyuntura era la más oportuna para sus propósitos, pues se había recibido la carta que Gonzalo Pizarro había enviado al Emperador para quejarse de la

separación de Orellana cuando ambos estaban a orillas del Coca, ni en la política que se llevaba a cabo por parte del monarca se prestaba a América la atención que requería, pues había serios problemas en las relaciones internacionales del Viejo Mundo.

Cuando Orellana llegó a la ciudad del Pisuerga y se puso en contacto con el secretario del monarca, Juan de Samano, iba a afrontar una dificultad imprevista, aunque temida. En efecto, iba a recibir respuesta a las dudas que mantenía desde su paso por la tierra de Imara. Desde entonces se había preguntado en numerosas ocasiones cuál habría sido la suene de Gonzalo Pizarro, que había quedado en el campamento a la espera de los víveres que él mismo, en compañía de sesenta hombres de los que constituían el real, se había ofrecido a buscar. Ahora se suscitaban de nuevo los recuerdos de los acontecimientos que precipitaron el descubrimiento de la salida al mar. De alguna forma era una manera dolorosa de avivar la memoria, pero al mismo tiempo se abría para Orellana la posibilidad de sustraerse a la complicada vida de la Corte, cuya cotidianidad de intrigas no acababa de entender, reviviendo las situaciones con ese placer tan especial que se siente al evocar lo pasado.

La carta de Gonzalo Pizarro al Emperador está fechada en Tomebamba, a 3 de septiembre de 1542. Había regresado el hermano del marqués a Quito el día de San Juan de ese mismo año, precisamente mientras Orellana y sus hombres libraban el duro combate en que pudieron ver a las mujeres que acudían en socorro de los arqueros de Couynco y el padre Carvajal recibía un flechazo que le hizo perder un ojo. A poco de llegar al altiplano andino escribía, pues, el gobernador de Quito la mencionada carta a Carlos I, en la cual relataba las dificultades que encontró en su entrada al País de la

Canela, su interpretación de la conducta de Orellana, a quien hace responsable de las dificultades y daños que se siguieron tras su marcha para poder regresar a la ciudad de Quito.

Pero veamos cómo el propio Pizarro exponía los hechos concernientes a Orellana en el texto de referencia: *... caminando el río abajo... tuve nuevas de los guías que llevaba cómo había un despoblado grande en el cual no había comida ninguna; y sabido esto hice parar el real y bastecemos de comida toda la más que se pudo haber; y estándose ansí la gente proveyendo de comida, vino a mí el capitán Francisco de Orellana y me dijo, como los guías, que yo en su poder tenía puestos por mejor guarda y porque los hablase y de ellos se informase la tierra adentro, por estar desocupado, porque yo entendía en las cosas de guerra; y me dijo que allí una jornada el río arriba, había mucha comida; de los cuales guías yo me torné a informar y me dijeron lo que habían dicho al capitán Orellana; y el capitán Orellana me dijo que por servir a V. M. y por amor a mí, que él quería tomar el trabajo de ir a buscar la comida donde los indios decían, porque él estaba cierto que allí la habría y que dándole el bergantín y las canoas armadas de sesenta hombres, aquel iría a buscar la comida y la traería para socorro del real, y que como yo caminase hacia abajo y el viniese con la comida, quel socorro sería breve y dentro de diez o doce días tornaría a el real. Y confiando quel capitán Orellana lo haría ansí como lo decía, por quél era mi teniente, dije que holgaba que fuese por la comida y que mirase que viniese dentro de los doce días y por ninguna manera no pasase de las juntas de los ríos, sino que trajese la comida y no curase de más, pues llevaba gente para lo hacer ansí, y él me dijo que por ninguna manera él había de pasar de lo que yo le decía, y quél venía con la comida en el término que había dicho.*

Y con esta confianza que dél tuve le dí el bergantín y canoas y sesenta hombres... diciéndole ansimismo que, pues los guías habían dicho que en el principio del despoblado había dos ríos muy grandes, que no se podían facer puentes, que dejase allí cuatro o cinco canoas para pasar el real, y me prometió de lo ansí facer, y ansí se partió.

Y no mirando a lo que debía al servicio de V. M... en lugar de traer la comida se fue por el río sin dejar ningún proveimiento, dejando tan solamente las señales y cortaduras de cómo había saltado en tierra y estado en las juntas y en otras partes sin haber parescido nueva dél hasta ahora... llevado todos los arcabuces, y ballestas, y municiones, y herrajes de todo el real, y con gran trabajo llegó el real a las juntas donde me había de esperar.

En realidad esta carta de Pizarro expresa claramente su estado de ánimo después del fracaso de su expedición. Por ello no es de extrañar que, a su vuelta al Altiplano, no teniendo noticias de su lugarteniente, intentase implicarle como responsable del desbaratamiento de la empresa. De esta manera, si Orellana hubiera conseguido lograr algún beneficio en su adelantamiento aguas abajo, Pizarro habría podido hacer valer sus derechos como jefe de la expedición y si hubiese sucumbido, nada perdería, aunque el nombre del capitán habría quedado empañado por la sombra de la traición.

Cuando Orellana conoció las acusaciones que se le imputaban quizá comprendió que las condiciones de penuria en que Pizarro se había hallado, las dificultades en su avance con las huestes por la selva hasta llegar a las juntas de que hablaba, los obstáculos que habría tenido que superar para remontar el río y ascender las laderas de los Andrés, el espanto, en suma, de verse desprotegido tras el fracaso de los primeros objetivos de la expedición, constituían motivos su-

ficientes que podrían haber llevado a Gonzalo Pizarro a responsabilizarle de su penosa situación. Pero había, sin embargo, algunas exageraciones y mentiras en la carta del hermano de Francisco Pizarro que le irritaban, especialmente porque él sabía que le había resultado imposible regresar a su encuentro.

Por ello el 7 de junio Orellana presentó al Consejo de Indias los documentos que se habían obrado durante la navegación, legitimados por la firma de su escribano Francisco de Isásaga. El conjunto de estos documentos incluía, entre otros, algunos tan significativos como el acta del nombramiento del escribano y se componía de la toma de posesión de los pueblos de Irimara y Aparia, la petición de los expedicionarios de no regresar al real de Pizarro y el requerimiento a Orellana para que asumiese el mando como capitán de la expedición. La lectura de estos documentos por parte de los miembros del Consejo, unida a las convincentes razones que argumentaba el capitán, facilitaría el descargo de su responsabilidad frente a las acusaciones de Pizarro. Pero no sería éste el único obstáculo que habría de vencer hasta conseguir la ansiada capitulación con la Corona.

Por una parte abundaban las solicitudes al Rey, a través del Consejo de Indias, para poner en marcha empresas de todo tipo al otro lado del Atlántico y el examen de tantas peticiones retrasaba las decisiones. En otro orden de cosas, la situación del Imperio era paradójica. Pues bajo la superficie esplendorosa de la hegemonía política, la situación económica era desastrosa por los gastos que la guerra causaba en los numerosos frentes que era necesario atender. Por si esto fuera poco, los miembros del Consejo de Indias y el propio secretario real, Juan de Samano, albergaba serias dudas acerca de la importancia que pudiera tener el río que había descu-

bierto Orellana, a pesar de sus afirmaciones relativas al oro de Omagua, las riquezas de Paguana, las de las Amazonas, o la buena tierra de Monte Alegre.

Además, aunque el descubridor no declaraba explícitamente las particularidades de su situación geográfica, o quizá precisamente por ello, el dicho río podía ser el mismo que, con el nombre de Maranhao, caía bajo la soberanía de Portugal. Por estas últimas razones no parecía aconsejable conceder al capitán lo que pedía, toda vez que ello podría enturbiar las relaciones con el vecino Juan III. En vista de todo ello se solicitó al extremeño que declarase una y otra vez en relación con el descubrimiento que había realizado, para aclarar si dichas tierras estaban o no dentro de la demarcación establecida por el tratado de Tordesillas. En las sucesivas sesiones del Consejo de Indias a que fue llamado, Orellana procuraba, sin embargo, extenderse en pormenorizar las riquezas de las tierras descubiertas y hábilmente desviaba sus respuestas para solicitar nombramientos y prebendas para él y sus herederos, o para lograr exenciones de impuestos y otras ventajas. Pero a pesar de su imprecisión en lo concerniente a asuntos geográficos, sus declaraciones habrían de servir para que Orellana consiguiera casi todos sus objetivos, aunque durante ese tiempo él mismo no pudiera sospecharlo.

Una vez más el uso de la palabra se convertía en el arma más poderosa del hidalgo trujillano. No puede saberse cómo era su timbre de voz, pero seguramente su empleo de los tonos confería una cadencia especial a su discurso de manera que enfatizaba con una intensidad particular cada mensaje. Su conversación debía ser al mismo tiempo precisa y, por su formación cultural, amena. Así lo demuestran algunos documentos y sobre todo las alusiones contenidas en la relación de Carvajal. De todas formas debía apreciarse un atractivo

especial en la manera como usaba la palabra porque incluso dirigiéndose a los indígenas conseguía fácilmente lo que se proponía. Por otra parte, la inclusión de episodios sorprendentes en el diálogo deberían contribuir a permitirle lograr sus objetivos, y de ello es prueba evidente la afirmación que realizó en las palabras dirigidas al señor de Aparia, cuando aseguraba que los expedicionarios, hijos del Sol, no tendrían obstáculos importantes para llegar al país de las amazonas.

Simultáneamente Orellana había escrito un memorial al Emperador dándole cuenta de su navegación y de su intención de partir de nuevo para conquistar y poblar las tierras descubiertas. Dicho memorial sería remitido por el Rey al Consejo con la solicitud de que se diera un informe completo sobre el asunto. Los consejeros debatieron sobre la conveniencia de conceder a Orellana lo que pedía y, habiendo deliberado sobre lo contenido en las declaraciones y memorial de Orellana acordaron, aunque no unánimemente, emitir un juicio favorable y proponer al Emperador que se le concediese prácticamente todo lo que pedía, si bien debería someterse a la vigilancia de un veedor que habría de acompañarle mientras se encargaba de preparar la nueva expedición, para cuidar del cumplimiento de las leyes y ordenanzas. La decisión real tardaría todavía algunos meses. Durante ese tiempo Orellana esperó inmerso en los recuerdos y acariciando sus proyectos de futuro. Al fin y al cabo esa era la tónica que había dominado su existencia, siempre ligada a un pasado activo que se resolvía como una superación de etapas y un porvenir que daba sentido a un presente descuidado y casi inexistente.

El Archivo de Simancas, en Valladolid, conserva el documento relativo a aquella sesión del Consejo de Indias y en el Archivo General de Indias se encuentra la capitulación que a

13 de febrero de 1544, en ausencia del Emperador, firmó el príncipe de Asturias, después Felipe II. Orellana la firmaría cinco días más tarde. En dicha capitulación, basada en el dictamen del Consejo, se admitía que al capitán le había resultado imposible volver aguas arriba para socorrer a Gonzalo Pizarro, cuando ya les separaban doscientas leguas. Este reconocimiento era importante, pues limpiaba el nombre de Francisco de Orellana de cualquier sospecha de traición. También se otorgaban al militar trujillano los títulos de Adelantado, Gobernador y Capitán General de la tierra que iba a poblar, los cuales pasarían a un heredero que él nombrase. La condición que ponía la Corona para la validación de estos títulos era que los gastos qué ocasionase la nueva expedición corrieran a su costa, *sin que Su Majestad ni los reyes que después dél vinieren sean obligados a vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello hiciéredes más de lo que en esta capitulación vos será otorgado*. El problema que subyace en este párrafo alude a la gran cantidad de proyectos que había que atender; muchos de ellos ofrecían bastantes posibilidades de éxito, pero sin embargo no podían subvencionarse económicamente, empeñada como estaba la Corona en las guerras europeas. Por ello se decía taxativamente que los gastos debían ser realizados por cuenta del capitán.

En lo concerniente a la demarcación, se concedían a Orellana doscientas leguas de tierra situadas en la orilla izquierda del río, medidas por el aire y elegidas por él mismo dentro de los tres primeros años de partir del momento de su entrada por los canales de la desembocadura, siempre que dicha tierra estuviese fuera de la dominación portuguesa. Como renta vitalicia se le concedían cinco mil ducados anuales y una dozava parte de lo que produjesen las tierras, pero también en este punto el documento señala que todo ello sólo

podría cobrarse de lo que con el tiempo pudiera obtenerse de la demarcación, sin que la Corona estuviera obligada a pagar ni un solo maravedí. En otro orden de cosas se encargaba a Orellana que fundase dos ciudades, en los límites de su gobernación, en las cuales se le autorizaba a construir dos fortalezas para servirle de residencia.

Como veedor de la expedición se nombró a Juan García de Samaniego. Las obligaciones de tesorero recayeron en Francisco de Ulloa, y las de contador le fueron encomendadas a Juan de la Cuadra. A Cristóbal de Segovia, que en muchos documentos aparece con el nombre de Maldonado, y, como se recordará, era viejo conocido y amigo de Orellana, se le otorgaba el título de Alguacil Mayor de la Nueva Andalucía. Por su parte y, como en el caso anterior, a petición de Orellana, Vicencio da Monte, de quien se hablará algo más adelante, fue nombrado factor y regidor de uno de los pueblos que se fundasen. Por último, para cuidar que se cumplían los términos legales de la capitulación se nombró veedor general al propio confesor del Emperador, el dominico fray Pablo de Torres, a quien se entregó un pliego secreto con el nombre del sucesor de Orellana en el caso de que éste muriese en la expedición. De nuevo el azar iba a reunir en una misma empresa a Orellana con un fraile dominico. Seguramente Orellana aceptó de buen grado el nombramiento, recordando la buena relación que había mantenido con fray Gaspar a lo largo de la primera navegación. También ahora, el padre Torres cobraría afecto por el descubridor y en varias ocasiones se habrá de mostrar como garante de sus acciones.

PREPARATIVOS DE LA EXPEDICIÓN DE CONQUISTA

Orellana ya estaba en posesión de los títulos que venía soñando desde que estuviera en el río descubierto para la navegación o, muy probablemente, desde los tranquilos días de su gobernación de Guayaquil. Estaba satisfecho, aunque fatigado después de nueve meses de esperas, pesados trámites burocráticos, antesalas, entrevistas, declaraciones y todo tipo de andanzas propias de la vida cortesana. Las capitulaciones que había firmado le confirmaban en una situación envidiable desde un punto de vista de prestigio personal, pero la ausencia de ayuda económica del rey suponía para él un reto difícilmente superable, pues ni tenía dinero, ni parientes ricos, ni valedores que pudieran ayudarle a poner en marcha esta nueva empresa. Como ya le había ocurrido en repetidas ocasiones a lo largo de su vida, cada etapa superada representaba una nueva tensión hacia una acción de futuro. Si cuando regresó a la península todo su afán era poder volver de inmediato al río que había descubierto, sin tener que superar trámites legales, ahora se veía inmerso en circunstan-

cias opuestas; ya tenía los títulos y nombramientos, pero precisamente factores de índole práctica y económica le impedían organizar la vuelta. En cualquier caso no se arredraba por los problemas, ya que desde muy joven había acumulado experiencia en salvar numerosas dificultades; lo que le producía cierto desasosiego era que ahora tenía que jugar una partida en la que llevaba muy buenas cartas para triunfar, pero desconocía la mayor parte de las reglas del juego. En otras palabras, si los obstáculos que se le enfrentaban pudieran salvarse con el uso de las armas, o con su exposición a cualquier riesgo, sabría cómo actuar; pero se trataba de conseguir medios económicos con la única garantía de las promesas de un futuro de prosperidad. Le quedaba el recurso a la palabra, legitimada por la capitulación real, pero no era suficiente porque había bastantes proyectos similares al suyo, muchos de los cuales contaban con algún apoyo económico.

Una vez que habían concluido sus gestiones ante la Corte lleno de esperanza en que finalmente podría solucionar sus problemas y darse a la mar, se trasladó Orellana a Sevilla, como ya lo había hecho cuando, en su juventud, ansiaba enrolarse en la tripulación de cualquiera de las naves que partían hacia las prometedoras Indias. Como entonces, o más aún que entonces, Sevilla concentraba la casi totalidad de las actividades relacionadas con América, pues a ella confluían todas las naves que de allí partían. Necesariamente se había convertido en una ciudad cosmopolita, en cierto sentido vanguardista, pero sin perder un ápice de su misterioso embrujo.

Desde que llegó a la ciudad de la Casa de Contratación, Orellana no encontró un momento de descanso en la búsqueda de créditos para empezar a preparar su flota. No era fácil conseguir dinero en préstamo, a no ser con intereses

muy elevados; tuvo que tratar con prestamistas genoveses, venecianos y flamencos. Los créditos conseguidos no bastaban. Tenían que establecer relaciones con posibles inversores de capital, para convencerles de la rentabilidad de su empresa. Por otra parte Orellana no se desenvolvía bien en la maraña de relaciones que estos cometidos requerían y, en estas circunstancias, se vio obligado a delegar numerosas funciones en quienes de alguna manera estaban implicados en la empresa.

Debió ocurrir en aquella primavera sevillana de 1544. Orellana pasaba los días inmerso en una frenética actividad. A duras penas lograba solucionar los problemas que suscitaba el contrato de las naves que necesitaba, y ya tenía que afrontar otros más graves. Se movía por los más variados ambientes de la ciudad, frecuentaba establecimientos y mercados, visitaba prestamistas, reclutaba hombres en las tabernas próximas al puerto; en suma, estaba en contacto con muy variadas clases de personas con las que establecía acuerdos, intercambiaba promesas y realizaba transacciones comerciales. Pero esta agitación contrastaba con su profunda soledad. Ciertamente su vida se había caracterizado por una intensa actividad, que sin embargo había impedido una dedicación a sus asuntos más personales; desde muy joven había permanecido alejado de su familia. No hay datos que puedan testimoniar cómo o cuándo se llevaría a cabo su iniciación en asuntos amorosos, aunque es muy probable que realizase sus primeras experiencias de este tipo en Puerto Viejo, donde su nombre figura entre los pobladores de la villa. Parece seguro que, como tantos otros españoles que se hallaban en la conquista del Incario, acompañase a algunos amigos en sus tratos con las indígenas, pero ni siquiera cuando tenía a su cargo la gobernación de Guayaquil, en los tranquilos años ante-

riores a la puesta en marcha de su navegación, ha quedado constancia de que estuviese complicado en un amorío duradero. Es cierto que desde su intervención en la conquista del Altiplano, la pérdida de un ojo en la batalla debía afear bastante su rostro, pero no lo es menos que en cierta forma esta cicatriz de guerra le confería, a cambio, un contraste de probada valentía. Cuando se encontraba en Sevilla, contaba Orellana treinta y tres años, además de su cicatriz que seguía cubriendo con un pequeño parche negro; su aspecto era el de un hombre madurado por los acontecimientos. Su piel mostraba todavía, a pesar del tiempo que llevaba en la Península, un color moreno y sus rasgos eran signos inequívocos de lo que había sido su vida hasta entonces.

No cabe duda que se distinguía del conjunto de personas con las que trataba y que su aspecto debía evocar algunas cualidades apreciables a los ojos de muchas mujeres; su virilidad, su nobleza y su experiencia, todas ellas impresas en su rostro. Pero además su trato se caracterizaba por la generosidad, que era una constante de su conducta desde su juventud, y por una dulzura especial que encontraba su mejor expresión en su uso de la palabra. Todas estas cualidades debieron causar impacto en una joven, casi niña, a quien él se decidió hablar, después de intentarlo en varias ocasiones desde que la viera, quizá durante un paseo mañanero, o por una presentación casual, o tal vez tras la reja de su casa en una perfumada noche de aquella primavera sevillana. De cualquier modo, que hoy sólo es posible imaginar, Orellana y aquella muchacha, llamada Ana de Ayala, comenzaron una relación amorosa, la única duradera que se conoce al descubridor. Desde ese momento la existencia de Francisco de Orellana se abría a un mundo nuevo para él, la posibilidad de compartir su intimidad de una manera plena con aquella chi-

quilla en quien las formas de mujer aún eran una promesa y cuyos ojos quedaban inmóviles, fijos en un punto de la lejanía, cada vez que las palabras del hombre evocaban los escenarios de su aventura.

No sin dificultades había conseguido, por fin, disponer de dos naos y dos carabelas, que permanecían ancladas en los muelles del Guadalquivir. Pero además tenía que contratar pilotos que conociesen las costas del Brasil; convencer a muchos de los hombres que esperaban trasladarse a cualquiera de las regiones de América de las ventajas que ofrecía su empresa; proveer de la artillería suficiente a las naves y preparar los aparejos de los bergantines que había previsto llevar en piezas, para armarlos en las bocas del río. Eran demasiadas necesidades para tan escasos medios y, por ello, ya en el mes de mayo de 1544, decidió solicitar ayuda a Su Majestad. En sus cartas explicaba al monarca las dificultades que encontraba para reunir hombres y pertrechar de la artillería necesaria las naves que estaba preparando en Sevilla. Pero especialmente solicitaba el permiso imprescindible para llevar un piloto portugués, pues no encontraba entre los marinos españoles ninguno que conociese las costas adonde iban a dirigirse.

Parece que además de no contar con suficientes bienes materiales, Orellana no mostraba la habilidad suficiente para relacionarse con quienes pudieran invertir en una empresa tan prometedora, pero también resulta indudable que en la sombra empezaban a moverse algunos hilos con la intención de llevar la empresa al fracaso. La envidia y las intrigas pueden llegar a la Corte y si el Rey hiciera caso de estos rumores, podría obstruir las peticiones de Orellana, por ello se anima a escribir de nuevo al monarca el 28 de junio. Insiste una vez más en solicitar ayuda económica y el permiso para

llevar un piloto portugués. En los primeros días de agosto llega a Sevilla fray Pablo de Torres, que como se recordará había sido nombrado veedor general. Poco después el fraile dominico recibía una cédula encargándosele que hiciera un informe de la situación de los preparativos de la expedición. En su respuesta al Rey, el padre Torres denunciaba la campaña de intrigas que se había organizado en torno a Orellana y así escribía el 27 de agosto: *Y por la disensión y bandos secretos y solapados que acá ha habido entre Maldonado* (Cristóbal de Segovia) *y los que su opinión seguían y entre los otros que la parte del Adelantado y de la empresa tenían, no solamente hizo que algunos se fueron con la primera armada que fue a las Indias, que eran personas que ayudaban mucho a este efecto, más aún hanse rebotado muchos que están en Sevilla, que tenían determinado de ir, que están suspensos hasta ver que los navíos se cumplen de armar*. Unos meses después, el 21 de noviembre, el propio Orellana escribiría también al rey recordándole sus quejas por las acciones que se venían llevando a cabo de forma oculta y veladamente para obstruir los preparativos de la expedición: *... en otras* (cartas) *he dado larga cuenta de cómo en mis negocios he tenido grandes contrarios y por diversas vías para impedir una empresa como esta que tanto importa al servicio de V. M., en esta no me alargaré más de advertir que los que lo han procurado, como veen el buen despacho que hay de lo necesario, prosiguen al presente muy más afectuosamente su dañado propósito e intención...*

Ciertamente desde el verano de aquel año de 1544 un cúmulo de acusaciones se cernía sobre Orellana, que, frente a las cuales, no había actuado con la debida energía. A pesar de su generosidad, se le llegó a acusar incluso de tratar mal a su gente, precisamente cuando el carácter del antiguo fundador de Guayaquil daba pruebas de cierta blandura. En opi-

nión del padre Torres, que en poco tiempo se había convertido en un claro y decidido defensor de Orellana: *Es el Adelantado tan bueno, que cada persona que le dice una cosa la cree y la hace, y tanta dulcedumbre a las veces es de poco provecho.*

Por lo que respecta a las peticiones de dinero que le enviaba el descubridor, el Rey había decidido que el Consejo de Indias solicitase que el padre Torres, en compañía del Adelantado y algunos oficiales reales, presentasen una relación con un informe pormenorizado del estado de los preparativos, así como de las cosas que aún faltaba proveer para que todo estuviera en orden y dispuesto. Existía el convencimiento de que Orellana, a pesar de los informes favorables que enviaba el dominico, no podría afrontar los gastos y, por las noticias que se tenían en la Corte, procedentes de la relación presentada al Consejo de Indias, todo parecía indicar que Orellana, a pesar de los informes favorables que enviaba el dominico, no podría ponerse en marcha, pero aunque si así fuese, las arcas reales no podían afrontar los gastos y, por las noticias que se tenían en la Corte, procedentes de la relación presentada al Consejo de Indias, todo parecía indicar que Orellana debía fletar aún una nave de doscientas toneladas, un galeón y una carabela, que no contaba con marineros suficientes ni podía comprar provisiones para el viaje. Por otra parte las intrigas de Cristóbal de Segovia, a quien muchas personas intentaban convencer de que debería ser él quien tuviese a su cargo el mando de la expedición, continuaban minando la reputación del Adelantado y añadían leña al fuego de la desconfianza que había surgido acerca de si alguna vez las naves podrían salir del puerto de Sevilla. La situación de Orellana en esos momentos no podía ser más comprometida. Sin créditos no podía equipar ni aprovisionar las naves, que tampoco contaban con la artillería por la negativa real a conceder-

la. No había pilotos ni marinos para la expedición y además una cédula real impedía que los pasajeros adelantasen dinero a Orellana, quien ya empezaba a desdeñar por vanas sus esperanzas de darse a la mar.

Corría el mes de septiembre y cuando ya todos los indicios apuntaban hacia la imposibilidad material de poner en marcha la expedición apareció en escena un ayudante inesperado. Se trataba del padrastro de Orellana, don Cosme Chaves, que deseaba colaborar en la empresa con la importante cantidad de mil cien ducados en censos y juros. Esta ayuda no era casual, pues en los instantes de desesperación más angustiosa, Orellana había escrito a su madre, a quien había vuelto a ver en Trujillo el año anterior, contándole las dificultades por las que pasaba; y aquélla, que conocía sus intenciones de embarcarse de nuevo, debió animar a su marido a invertir en la empresa de su hijo. Aunque esta contribución no resolvía completamente los problemas de Orellana, sirvió para elevar su moral a la hora de continuar con los preparativos y asimismo constituyó un buen incentivo para atraer a hidalgos y gentes comunes, que llegaban desde lugares como Almendralejo y el Maestrazgo, decididos a acompañar a Orellana. El padre Torres se mostraba más optimista en su carta al rey de 28 de septiembre, donde anunciaba que se había terminado de cargar el galeón y que si se hubiese podido hacer lo mismo con las otras naves no faltarían hombres dispuestos a embarcarse, ya sin el temor de que una vez pagados sus derechos de navegación, la expedición pudiera llegar a no ponerse en marcha definitivamente.

Muy cono resultó para Orellana este paréntesis de optimismo en la gestión de los preparativos, pues pronto vendría a cerrarlo el surgimiento de algunas dificultades que venían tomando forma desde hacía tiempo. En esta ocasión sería

fray Pablo de Torres quien en una carta al Rey declaraba que tenía constancia de ciertos problemas que estaban creando algunos genoveses que querían participar en la empresa de Orellana, si bien lo había callado hasta no tener certeza del desenlace de los acontecimientos, para no aumentar las preocupaciones del Adelantado. Parece ser que los mencionados genoveses anduvieron en tratos con Vicencio da Monte, el factor de la expedición, de manera que establecieron ciertos pactos, de los cuales el padre Torres había conseguido una copia. Algún tiempo más tarde modificaron las condiciones de lo pactado, con la complicidad de Vicencio da Monte, que hábilmente sustrajo la documentación a los ojos del veedor general, de manera que incumpliendo las leyes, querían sacar ventajas excesivas, a costa de Orellana, que a la sazón estaba dispuesto a firmar.

Otro problema gravísimo se suscitó al advertirse que las naves que se habían comprado y, en particular, el galeón, no reunían las condiciones estipuladas en el momento de su compra y se encontraban muy deterioradas. Por ello Orellana se vio obligado a entablar pleitos con quienes vendieron las naves y, una vez más, perdía un tiempo que habría sido necesario emplear en la atención a otros preparativos.

Enredado en esta maraña de problemas. Orellana mantenía una actitud de aparente pasividad, que sólo puede explicarse si se tiene en cuenta que en esos momentos su relación con Ana de Ayala era lo suficientemente intensa como para hacerle olvidar, mientras se encontraba con ella, los obstáculos que se oponían en su camino. Pero esta conducta encubría también un rasgo de su carácter que solamente se manifestaba en algunas ocasiones y evidenciaba un elevado orgullo debido a su convencimiento testarudo de que, por muchas trabas que surgiesen para evitar su triunfo, al final los acon-

tecimientos habrían de permitirle poner en marcha la expedición; y aquellos que, movidos por extraños intereses, se empeñaban en actuar a sus espaldas o simplemente sin tener en cuenta sus opiniones, fracasarían inevitablemente en su intención. Seguramente, desconocedor de estos matices del carácter de Orellana, el padre Torres no alcanzaba a comprender la sorprendente indolencia que caracterizaba su actitud cuando las personas que le rodeaban hacían gala de su ambición. Esta conducta era, según el dominico, especialmente inadecuada frente a las intrigas de Cristóbal de Segovia, o ante las veladas insidias de Vicencio da Monte.

Como si se tratase de una confirmación de estas muestras de su carácter, Orellana ha decidido contraer matrimonio. Desde que firmó las capitulaciones le preocupa la idea de tener algún heredero de su gobernación. Pero ahora le interesa más la estabilidad de su relación con la jovencísima Ana de Ayala. Acaba de vencer los últimos obstáculos que representaba el estado de sus barcos y en ello había tenido que invertir tiempo y dinero. Tiempo y dinero porque finalmente tuvo que iniciar un pleito costoso con los contrabandistas del galeón y porque se había decidido a comprar otra nave de menor tamaño. Pensaba que no había razones que impidiesen su boda, y por otra parte los problemas que aún pudieran surgir serían más llevaderos si podía compartir su existencia con su esposa de manera más constante y no solamente en sus fugaces entrevistas.

Había consultado sus propósitos con el padre Torres, confiando en que merecerían su aprobación, pero lejos de ello, el dominico opuso bastantes reparos a su decisión, considerando que la presencia de una mujer en una expedición como la que había proyectado realizar supondría un cúmulo de trabas añadidas a las que de por sí era previsible esperar. Pero Ore-

llana había empeñado su palabra y sentía ilusión por aquella boda. Además junto con sus palabras de amor había excitado las fantasías de aquella niña con sus referencias a un mundo lleno de imágenes sugestivas. Le había hablado del encanto misterioso y cautivador de la floresta, de los miles de variados pájaros, de las riquezas escondidas por los indígenas, de las flores de perfumes no imaginados, de las frutas de infinitos aromas y texturas, de la extensión de las tierras y de la grandeza del río. Como contraste de su situación en aquellos momentos le había hablado de su papel como esposa del Adelantado, de su futura situación de verdadera señora de la Nueva Andalucía, servida hasta en sus más vanos deseos, dueña de dos fortalezas construidas con solidez y decoradas como palacios, con suelos y artesonados de maderas incorruptibles y muy variados tonos, con celosías que dejasen pasar los vientos suavemente tamizados y protegiesen del sol su blanquísima piel de niña. Le había hablado, en fin, de lo que podrían ser sus momentos de amor en aquellas tierras, de las cuales el príncipe, en nombre del Emperador, le había concedido el título de gobernador. No podía echarse atrás y celebró la boda, en compañía de no muchos familiares y amigos, contra la opinión del dominico.

La ceremonia debió realizarse con anterioridad al 20 de noviembre, pues en esa fecha el padre Torres escribía al rey: *El Adelantado se casó, contra mis persuasiones, que fueron muchas y legítimas, porque a él no le dieron dote ninguna, digo, ni un solo ducado, y quiere llevar allá su mujer, y aún una o dos cuñadas; allegó de una parte que no podía ir sin mujer, y para ir amancebado, que se quería casar, a todo le respondí suficientemente, como se había de responder como cristiano y como convenía a esta empresa, para que no ocupásemos el armada con mujeres y gastos para ellas.* Una de las cosas que preocu-

paba al dominico, según este párrafo contenido en su carta, era la pobreza de Ana de Ayala, pero sin duda en el punto en que sus recelos mostraban auténtica sensatez era en las dificultades que para la realización de la expedición representaba la presencia de mujeres en las naos, más aún cuando no se conocían con exactitud los peligros que podrían acechar en regiones tan desconocidas como aquellas que se proponían conquistar. Orellana, por su parte, movido por otros impulsos, escribía al Rey el 21 de noviembre, o sea, un día después que lo hiciera el fraile y sobre su boda se limitaba a decir: *... Para más perpetuarme y poder servir a Dios Nuestro Señor e Vuestra Majestad en aquella tierra, me casé.*

Hacía algún tiempo que se tenían noticias de que el Rey de Portugal estaba preparando otra expedición con destino a las costas septentrionales del Brasil. Pero precisamente por los días que rodearon el matrimonio de Orellana, se conocieron mejor los pormenores de dicha empresa. Así, se conocían los nombres de quienes figuraban al frente de la expedición, que eran Juan de Almeda y Diego Núñez de Quesada. Era este último un español procedente del Perú, donde había amasado una cuantiosa fortuna que, según parecía, había invertido en el proyecto portugués. Se habían preparado cuatro navíos, dos de ellos de gran tamaño, provistos de artillería y bastante munición, así como de provisiones. Aunque se sabía que oficialmente el aparejo de armamento había corrido a cargo del rey de Portugal, muchos pensaban que la figura de Núñez de Quesada era solamente una tapadera destinada a ocultar, tras los visos de una empresa privada, lo que a todas luces, parecía la realización de un propósito de Juan III. Por otra parte incluso se conocía la fórmula del reparto de tierras que se había diseñado y que no era otra que un procedimiento simi-

lar al sistema de capitanías que se empleó en la colonización del Brasil.

Todas estas noticias tuvieron una influencia decisiva en el ánimo de los miembros del Consejo de Indias, que aconsejaron al rey que ayudase en lo posible para que la expedición de Orellana pudiera ultimar los preparativos y se diera al mar sin más dilaciones. Parecía que de pronto todas las altas instancias de la nación se habían puesto de acuerdo en contribuir al buen fin de la empresa, pero habían surgido complicaciones tan enrevesadas por los manejos que se habían hecho a espaldas de Orellana y por los tratos que él mismo había propiciado, especialmente con genoveses, que parecía que era imposible desenredar aquella maraña de obligaciones y pactos oscuros. En este estado de cosas había llegado a Sevilla el tesorero, Francisco de Ulloa, con el propósito de conocer cuál era la situación real de la armada. Según su informe, la mayor parte de los problemas se habían originado por los tratos que Orellana había mantenido con extranjeros.

Ante tantas trabas que le ponía la Corona española, cabe pensar cuáles serían los sentimientos de Orellana, conocedor de los preparativos que se hacían en el país vecino para emprender una expedición similar a la suya, al comprobar cómo el rey de Portugal se preocupaba de aparejar a su costa las naves de la expedición. Tenía que recordar por fuerza cómo él mismo habría tenido oportunidad de capitanear una empresa así, cuando recibió la tentadora oferta de Juan III al regresar de su aventura, y sin embargo la desdeñó por considerar que debía ofrecer los beneficios de la empresa que proyectaba a la Corona española, que, sin embargo, tan poca voluntad de apoyarla demostraba. Seguramente no se arrepentía de su decisión, pero tenía que brotar en su pecho una rabia especial por el desinterés real en aquel proyecto; más aún

ante la evidencia de los enormes gastos que producían las guerras europeas que, de una u otra forma, contribuían a exonerar las arcas reales, precisamente provistas del oro y la plata que llegaba de aquella parte del mundo, una de cuyas regiones él quería ganar para España.

Poco después se supo que había fondeado en el Puerto de Santa María una nao al mando de un tal Juan de Sandi. Se trataba del capitán de la armada que había preparado Juan III de Portugal, pues el antiguo armador, Juan de Almeda, había enfermado y no podía hacerse cargo de la expedición; parecía que su venida tenía como finalidad contratar a uno de los hombres que habían acompañado a Orellana en su navegación del gran Río y que a la sazón no estaba en buena relación con el trujillano. También se especulaba con la idea de que hubiera venido para informarse directamente de cómo iban los preparativos de la armada española, que se conocían en Portugal por uno de los marineros que se había visto envuelto en la muerte de un hombre y, temiendo ir a prisión, se había refugiado en aquel país. Orellana pensó que la llegada de Sandi podría estorbar aún más los preparativos de su expedición y, por ello, se ofreció a ir él en persona a prenderlo. Se aceptó su ofrecimiento y, una vez que apresó a Sandi, lo llevó a Sevilla, donde fue encarcelado. De todas formas esta prisión evitó que se conociese con certeza el nombre de quien se proponía llevar consigo el portugués, que muy probablemente podría haber sido el propio Cristóbal de Segovia, quien como se recordará venía actuando a espaldas del Adelantado.

Pasó el tiempo y en marzo de 1545, según lo había ordenado Orellana, tres de las naves se habían trasladado a Sanlúcar de Barrameda, donde estaban dispuestas y preparadas, y una carabela más aguardaba en el Puerto de Santa María. Sola-

mente faltaba que se realizase la inspección rutinaria para ponerse en marcha. Por ello los oficiales de la Casa de Contratación avisaron al padre Torres que estuviese preparado para iniciar la visita de inspección. Orellana temía la inspección, pues le constaba que no cumplía una buena parte de lo estipulado en las capitulaciones, pero en cualquier caso pensaba que podría convencer a los oficiales de que todo se hallaba en condiciones suficientes para partir. No eran vanos sus temores pues, acabada la inspección, le fue entregado a Orellana un pliego con una detallada relación de las cosas que faltaban para completar lo estipulado en el documento real; no había artillería, ni los cien caballos, ni las piezas de madera de los bergantines que debía llevar a bordo desmontados para construirlos en las bocas del río. En lo único que se sobrepasaba lo estipulado en las capitulaciones era en lo concerniente al número de hombres, ya que en lugar de trescientos Orellana pensaba llevar cien tripulantes más, aunque la mayoría de ellos eran extranjeros.

Los oficiales reales advirtieron al capitán de que estaba obligado a esperar la decisión real sobre el permiso para zarpar sin moverse de Sanlúcar, so pena de pagar diez mil ducados como sanción; a continuación escribieron una carta al rey para notificarle el estado de las naves y además le pidieron que supliera la falta de hombres y caballos, aunque asimismo denunciaban la presencia entre los marineros de un buen número de alemanes, flamencos, ingleses y portugueses. Al final de la carta incluyeron un párrafo significativo: *No se ofresce otra cosa de que a Vuestra Alteza debamos de dar cuenta en esto, mas de que nos paresee que si con brevedad esta armada no se despacha, ella misma se consumirá y desbaratara, porque como la gente ha tanto tiempo que está aquí, están muy gastados y destruidos.* Una vez más los problemas se ha-

bían acumulado de tal manera que la desesperación hizo presa en el ánimo del Adelantado. En su ceguera comienza a recelar del padre Torres, quien a sus ojos se convierte en un simple espía de la Corona. No puede soportar sus crecientes amonestaciones, pues le parece que en cualquier caso toda la responsabilidad es suya como suyo ha sido el riesgo y las costas de los preparativos. Al mismo tiempo le atormenta lo que pudiera ser de él y de su esposa si, por las dificultades de última hora, no pudiera llegar a embarcarse. Preocupado por la imposibilidad de cumplir con lo que se le pide, que asciende a más de mil ducados, desde ese momento sus decisiones se precipitarán y emprenderá la carrera de desatinos que caracteriza su última y fallida aventura.

LA HUIDA HACIA ADELANTE

Un mes después de que se le hubiera entregado la lista con la relación de las cosas que debía proveer, el 5 de mayo de 1545, los oficiales reales encargaron al padre Torres que realizase una nueva inspección para ver si todo estaba ya en orden y podía emprenderse la marcha. En esta ocasión acompañaba al dominico el visitador de las naves y comenzaron una inspección rigurosa, anotando minuciosamente lo que había en cada una de ellas; pero no pudieron hablar con Orellana, que no se encontraba en ninguna de las naves en el momento de la visita de inspección; los tripulantes de la nave capitana aseguraban que debía de encontrarse en Sanlúcar; sin embargo, el mismo día 9 por la tarde, los oficiales reales no pudieron dar con él. Al día siguiente se le buscó de nuevo en las naves, pero tampoco estaba allí. Todo parecía indicar que se había declarado en rebeldía. Ante tan desconcertante situación el padre Torres hizo un requerimiento a los prácticos de la barra para que de ninguna manera facilitaran la salida de las naves a mar abierto. Pero a pesar de todas estas precauciones las naves salieron del puerto sigilosamente, aprovechando la madrugada del día siguiente, 11 de mayo, y tras permanecer ancladas unas horas a dos leguas del

puerto, para esperar los vientos favorables, emprendieron el viaje que asumía así el carácter de una huida.

Como había augurado el Padre Torres, que necesariamente había quedado en tierra, las condiciones en que navegaban eran verdaderamente penosas. Se había tenido que vender gran parte de las provisiones para desempeñar las velas de una de las embarcaciones, por lo cual algunas noches antes de partir Orellana había decidido poner en práctica un recurso constantemente empleado durante la navegación del Amazonas, que consistía, como se recordará, en aprovechar la indefensión de los pueblos para practicar el saqueo. En esta ocasión el ataque se había dirigido a algunos pastores, los cuales después de quedar maltrechos, veían cómo se les arrebataba el ganado. Si estas acciones se habían llevado a cabo en tierra, una vez en el mar, a no mucha distancia de la costa, se abordó una carabela para apropiarse de sus provisiones.

Mientras tanto, en una carta al rey, el padre Torres se mostraba abrumado por el descubrimiento de tantos engaños y fraudes que habían precedido a la marcha del Adelantado. Todavía pensaba el dominico que el verdadero culpable de los acontecimientos era Vicencio Da Monte, quien parecía haberse enriquecido con el dinero de los banqueros genoveses y con el proveniente de los fletes, pero ya albergaba el religioso la sospecha de que Orellana podía estar de acuerdo con Da Monte para repartirse las ganancias obtenidas de manera que escapaban al control del veedor, pues de lo contrario cómo explicar el silencio del trujillano ante tanto engaño y desfalco. La suspicacia del dominico era desmesurada, pues el dinero no tendría valor en las tierras que constituían la meta de su viaje y si bien es cierto que podrían gastarlo en la compra de víveres o aparejos en las islas Canarias o en Cabo Verde, no lo es menos que esto sería ocioso, pues ¿para qué

enfrentarse con la Corona si podían abastecer sus naves como era debido?

No sin razón el padre Torres auguraba una infausta travesía del Océano, pues según su opinión no llevaban víveres ni para llegar al archipiélago de las Canarias; por otra parte el desorden señoreaba cada aspecto de la empresa, pero en aquel momento en que se sentía defraudado, no tenía en cuenta lo mucho que habría debido padecer Orellana en tan largos preparativos para que, cansado de la lucha contra tantos obstáculos, hubiera preferido darse a la mar en tan pésimas condiciones, aunque por añadidura hubiera tenido que quebrantar su contrato con el rey, pues, de hecho, al partir, desobedecía las últimas instrucciones reales.

Las naves se dirigían a las islas Canarias, llevaban más de cuatrocientos hombres, de muy diversa condición y procedencia, los había griegos, italianos, portugueses, germanos, castellanos; algunos hidalgos, como Juan de Peñalosa, los más gentes de puerto. Orellana se había asomado a la borda para ver cómo se alejaban las costas de España. Sabía que si no tenía éxito en su empresa, sería la última vez que vería estas tierras, y ello le producía tristeza, pero al mismo tiempo sentía íntima satisfacción, pues por fin se encontraba en el mar rumbo a su gobernación. Era consciente de que al partir de aquella manera había incumplido los términos de la capitulación; esta circunstancia le preocupaba, pero al mismo tiempo sentía que no podía haber actuado de otra manera si quería emprender el viaje, pues en el caso de permanecer aguardando las instrucciones reales habría tenido que retrasar la marcha, o incluso abandonar definitivamente su empeño. Se daba cuenta también de las dificultades que aún le esperaban y, además, él era quien mejor conocía la escasez de bastimientos y provisiones con que se había dado a la mar.

Pero quizás aún podría remediar esta penuria en Canarias o en Cabo Verde, donde un comerciante —aún recordaba la cara de aquel portugués— le había ofrecido ayuda si llevaba a su hijo en la expedición. En la nave capitana iba también su esposa, acompañada de algunas otras mujeres, y esto le producía también un sentimiento ambivalente, pues por un lado encontraba apoyo y compañía, pero al mismo tiempo supondría una mayor responsabilidad y hasta un obstáculo si se produjesen ataques por parte de los indígenas. Desde su punto de mira, volviendo la vista atrás podía ver sus otras naves, la pequeña carabela *Guadalupe*, que pilotaba el portugués Gil Gomes, el *San Pablo* y el *Bretón*. Todo cuanto tenía iba en esos navíos, pero su imaginación excedía ese ámbito, viajaba mucho más allá del horizonte, hasta otras aguas, las del río que bañaba sus tierras americanas, y allí se entretenía en multiplicar sus bienes. La noche le había sorprendido en estos pensamientos y, cansado por las tensiones recientes, se retiró a descansar.

En Santa Cruz de Tenerife permanecieron tres meses tratando de remediar con nuevas adquisiciones el escaso cargamento de las naves. Desde allí partieron rumbo a Cabo Verde, donde como se recordará Orellana debía admitir a bordo a un joven portugués para que le acompañase en la expedición, a cambio de lo cual el padre del muchacho había prometido a Orellana, cuando éste regresó de su primera navegación, compensarle con medio centenar de vacas. Era una buena oferta y no podía dejar de hacer esta escala. Ni puede precisarse si finalmente Orellana recibió la ayuda prometida, pero sin embargo sí ha quedado constancia de que la estancia en el archipiélago habría de suponer un costo elevadísimo a los expedicionarios.

Según el relato que ha quedado de esta nueva empresa, debido a Francisco de Guzmán, en estas islas murieron noventa de los hombres a causa de una extraña epidemia. Además en Cabo Verde tuvo lugar la renuncia de una buena parte de los castellanos que tenían algo que perder en razón de su viaje, bien porque hubieran dejado familia, casa u otros bienes en la Península. Incluso entre los capitanes solamente Juan de Peñalosa estaba decidido a seguir adelante con Orellana. Por si esto fuera poco, una de las naves hubo de emplearse en guarnecer a las otras de anclas y cables, pues durante la navegación hasta dicho archipiélago se habían perdido gran parte de las jarcias y casi una docena de anclas. Pero para Orellana no existía duda, debía continuar, pues el regreso a la Península significaría la confirmación de su fracaso y con ello la ruina económica, el despojo de los títulos que habían mejorado su posición y, sin duda alguna, la cárcel. Así pues, después de dos meses de permanencia en las áridas islas, cuando estuvo desmontada la embarcación, se habían cargado con sus piezas las otras naves y se hizo provisión de agua y de vivieres, el Adelantado no vaciló un momento en hacerse de nuevo a la mar con rumbo a las costas brasileñas. Estaba mediado el mes de noviembre de 1545.

La travesía del Atlántico, en barcos de tamaño pequeño y con la penuria de aparejos que ostentaban las naves, quedó a merced de los elementos y resultó bastante penosa. El agua escaseaba, solamente los aguaceros tropicales les permitieron paliar el azote terrible de la sed y almacenar una cierta cantidad de agua potable. En cuanto a la marcha, los fuertes vientos de algún ciclón suponían la única manera de recuperar el tiempo perdido en las calmas tropicales, pero al mismo tiempo entrañaban grandes riesgos, al encrespar el mar en olas gigantescas. Precisamente tras una tempestad, Orellana

pudo comprobar cómo se había perdido definitivamente otra de sus naves, con una tripulación de setenta y siete hombres, en la cual además se transportaba el aparejo suficiente para construir uno de los bergantines, que resultaba imprescindible para remontar el rio. Ya sólo quedaban dos naves y unos cientos setenta y cinco hombres de los que iniciaron la expedición.

Ya mediado el mes de diciembre de 1545 divisaron tierra en la lejanía, se aproximaron a la costa y entonces Orellana decidió encaminarse hacia el norte, pues se encontraban al sur de la linea equinoccial, ya que habían reconocido los bajos de San Roque. Sólo así podrían llegar a la desembocadura que buscaban. La evidencia que esperaba encontrar Orellana era el sabor dulce de las aguas bien dentro del Océano. Esta prueba se obtuvo el 20 de diciembre en que llegaron a la vista de una de las bocas del río, la que actualmente forma la bahía de Marajó; se decidieron a desembarcar y, en un primer contacto con los indígenas, se mostraron pacíficos y dispuestos a suministrarles maíz, pescado y frutas. Los hombres que aún habían sobrevivido pidieron a Orellana que les permitiera reparar en tierra las fuerzas que la travesía del mar había debilitado. Pero el Adelantado no accedió a la petición, quizá porque temía que allí, en la costa, era más fácil que les encontrase alguna flota portuguesa; por ello se dirigió a sus hombres diciéndoles que prefería entrar por el río algunas leguas. Su esperanza debía ser encontrar poblaciones que pudieran dar noticias de riquezas, apoderarse de ellas y enviarlas al rey para obtener a cambio los hombres y pertrechos necesarios para comenzar la fundación de ciudades y el poblamiento de aquellas tierras, lo que, con los medios que había logrado poner a salvo, le resultaba imposible. Por ello, sin

duda, mostraba tanta prisa por remontar el río y así lo hicieron recorriendo unas cien leguas.

Las poblaciones que encontraron durante este trayecto no podían satisfacer los deseos del Adelantado, pues eran pequeñas y tan escasas de recursos que el hambre, amenaza permanente a lo largo de la mayor parte del tiempo que duró la primera navegación fluvial, apareció de nuevo causando la muerte de más de medio centenar de hombres, ya muy debilitados por la escasez durante la travesía del océano. Entre tantas dificultades y sin lograr reponerse plenamente de las fatigas de tan accidentado viaje, construyeron un bergantín, cuyo aparejo se había podido conservar a bordo de una de las naves. A pesar de todo hubieron de desguazar una de las naves para poner término a su obra. En esta labor ocuparon unos tres meses y una vez terminado y botado el bergantín, ya en el mes de marzo, un puñado de soldados partió en él para buscar alimentos, pero el intento también fracasó, pues volvieron diezmados, tanto por el hambre como por las flechas de los indígenas.

Partieron entonces juntos la nave y el bergantín en busca del brazo principal del río, pues era la única manera de poder alcanzar las ricas poblaciones conocidas en la expedición anterior. El laberinto de furos, canales, *igarapés* y brazos de agua era tan complicado que parecía imposible salir de aquella maraña de corrientes fluviales entre islas. Además la marea modificaba el paisaje en unas horas y a veces resultaba difícil reconocer si el lugar en que se encontraban ya había sido recorrido anteriormente. Por otra parte el influjo de las mareas entrañaba riesgos para la navegación por los canales y, como parecía inevitable, la creciente rompió las amarras de la nave, que fue a encallar en una isla.

Tuvieron que detenerse, pues era imposible continuar con la embarcación que había quedado destrozada y todos no cabían en el bergantín, que se había convertido en el único medio de transporte que les quedaba y, al mismo tiempo, en la última esperanza de poder salir con vida de allí.

Orellana se apartó del grupo de supervivientes, miraba a uno y otro lado, como intentando descubrir los indicios de algún paraje conocido. Todo era inútil. Doña Ana lo vio sumido en sus pensamientos y se acercó a él, pero no le habló; se limitó a permanecer cerca por si en algún momento él la llamaba. El había visto cómo se aproximaba, pero tampoco dijo nada. Veía todas sus ilusiones perdidas, tan perdidas como él mismo se sentía en aquel temible laberinto de aguas lechosas. Las imágenes se agolpaban en su mente. Mezclaba fantasías y recuerdos que de un modo casi mecánico le llevaba uno a uno hasta una realidad con sabor amargo. De vez en cuando miraba hacia el grupo de hombres recostados sobre la hierba, sobre algunas tablas o sobre las piernas de algún compañero. Algunos formaban corro murmurando mientras descansaban; otros arrancaban las hierbas una a una y se entretenían masticando los tallos, como hacían los pastores de su tierra extremeña. ¿Dónde están las ricas tierras —se preguntarían— que prometió el Adelantado?, ¿dónde, las riquezas? Y su esposa, ¿acaso su esposa no era la más defraudada de todos? Le había prometido palacios de maderas preciosas y una vida regalada, rodeada de servidores, adornada por flores de múltiples colores y maravillosos perfumes. Le había hablado de amor, con la sinceridad de la inexperiencia, a pesar de su experiencia brutal con las mujeres, y ahora podía verla allí, muy cerca, sentada en la hierba, sin llorar, pero con la mirada contenida por los párpados entornados. Sin duda, pensó, su situación se debía a la infracción

de alguna norma. Un sentimiento de culpa se apoderó de él y afloró a la conciencia. Se agitó bruscamente, como por un escalofrío. Pensó en Vicencio da Monte mientras recordaba la mirada inquisitiva del padre Torres. Revivió su salida de Sanlúcar. Se incorporó, cerró los ojos y no pudo ver cómo la esposa se acercaba algo más. Por un momento creyó que se encontraba cerca de las poblaciones tan ansiosamente buscadas. Estaba allí. Sólo le separaban unos esteros y podría alcanzar el oro. Después llenaría unas cajas y las cargaría en la nave para dirigirse al Caribe y desde allí las enviaría a España, a la Corte, que ya no opondría ninguna dificultad y le haría llegar todo lo que necesitaba para concluir su empresa.

Abrió los ojos y vio que la nave estaba destruida, pero rápidamente se puso de pie. Aunque aquel montón de maderas constituía el signo de una realidad adversa, no podía estar muy lejos del país de las amazonas. Se dirigió a sus compañeros y les habló. Ya no tenía la fuerza convincente que siempre le caracterizó, pero pronunció palabras que significaban una nueva promesa para todos. Comenzó a organizado todo. Aprovechando la buena disposición de los habitantes de aquella isla, que regularmente les proveían de algunos alimentos, una treintena de hombres quedarían en la isla ocupados en la construcción de una nueva embarcación. Mientras tanto él, acompañado por su esposa y el resto de su escasa hueste, intentarían alcanzar el curso principal del río a bordo del bergantín. Después de disponerlo todo, se reunió con los compañeros y compartieron los pescados asados, las tortas de maíz y las frutas. Luego se retiró en compañía de la esposa y conversaron hasta la caída de la noche.

Poco después de que amaneciera subieron al bergantín el capitán, acompañado por su esposa, y una pequeña hueste de unos treinta hombres. Se despidieron de quienes queda-

ban en la isla y así comenzó la que sería la última navegación del trujillano por aquel inverosímil complejo de canales de aguas blanquecinas. A veces la corriente por la cual navegaban se abría en dos o más ramales. Elegían el más ancho, pero tras un recodo notaban que regresaban al punto de partida, pues solamente habían rodeado la isla. Tomaban otro ramal y después de avanzar por él, comprobaban que sólo se trataba de un brazo de río sin salida. Volvían a la encrucijada y tomaban un tercer camino, continuaban por él y poco más adelante tenían que decidir entre nuevas vías de agua. Este procedimiento requería demasiado tiempo para avanzar muy poco y a esta dificultad había que añadir la semejanza monótona de las orillas vistas desde el bergantín, que les llevaba a confundir unos lugares con otros ya transitados. La lentitud de la marcha producía desesperación y, al mismo tiempo, hambre. Había que descender a tierra para recoger todo tipo de frutas, o para cazar y, si había suerte, conseguir alimentos de los nativos. Pasaban los días, la corriente principal no aparecía, surgían las dudas de si la habrían encontrado y abandonado en algún momento anterior. Comenzaron a pensar que ya había pasado demasiado tiempo desde su separación de los compañeros que permanecían en la isla. Orellana decidió regresar a ella. Cuando lo hizo había transcurrido demasiado tiempo y las construcciones improvisadas para servir de residencia habían sido abandonadas; en la pequeña playa quedaban aún restos de la nao encallada, eran apenas un montón de tablones con aspecto de costillar de un animal fabuloso. Entonces Orellana, seguro de que aquellos hombres habrían terminado un nuevo barco decidió dirigirse, dejándose llevar por la corriente, en busca de la salida al mar.

A la lucha contra las mareas se unía el fantasma del hambre y hubo de atacar una aldea para proveerse de comida.

Allí se entabló un duro combate con los nativos que dispararon sus flechas contra los extranjeros, hiriendo de muerte a diecisiete hombres. Era más de lo que podía soportar el capitán y quizá fue esto lo que iba a precipitar su muerte. Cansado hasta el límite, sometido a las penosas condiciones de alimentación que suponían períodos considerables de hambre seguidos de copiosas comidas cuando la ocasión era propicia, desesperado por el rumbo que habían tomado los acontecimientos, preocupado por el destino que aguardaba a su esposa y entristecido por la muerte violenta de aquellos compañeros que tan valerosamente habían combatido pocos días atrás, Orellana enfermó. Pero su enfermedad tenía sus causas más en la evidencia de su fracaso que en cualquier dolencia tropical. Se acondicionó un pequeño espacio en la cubierta del bergantín y allí se tendió Orellana cuando la fiebre y la debilidad no le permitían ya mantenerse apoyado sobre la borda para seguir el curso de la navegación. Doña Ana estaba a su lado intentando descifrar las frases entrecortadas, atendiendo sus exigencias de enfermo, procurando ahogar las lágrimas en palabras de aliento. Nada podía hacerse y en un acceso de fiebre, Orellana sintió una tibia caricia. No acertaba a ver a la esposa, ante su vista desfilaban escenas extrañas. Se veía niño e inmediatamente era adulto, veía el mar, un mar en calma y volvía a verse a sí mismo como un niño que desaparecía y se convertía en hombre. Jirones de verde gris se abrían para mostrarle de nuevo el mar. Un brotar de sangre lo teñía todo de rojo, pero no era así, parecía que estaba en las bocas del río, era su río, el Guayas. Estaba en su ciudad de Santiago rodeado de rumores y voces que le atraían poderosamente. Entre jirones de verde gris caía en el fango y no podía limpiar su cuerpo. El río le acogió y él se dejó llevar. Sentía perfumes conocidos. El río le llevaba, vio

fugazmente un brillo de oro. Ahora sentía un vertiginoso vuelo de miles de saetas que ensartaban pájaros de bellas plumas, partían del interior de la selva, las arrojaba una mujer de aspecto majestuoso. Quiso alcanzarla, pero se desvaneció. Veía su cuerpo limpio otra vez manchado de barro, no podía acercarse al río para purificarse, pues el cieno salía de sí mismo. Dio un terrible grito, sintió la mano de Ana, entonces vio un árbol que sobresalía por encina de otros árboles, desde abajo era como un gran río visto desde sus bocas, allí arriba sus ramas confluían en el tronco y lo engrosaban haciéndolo más fuerte. Quiso acercarse a aquel árbol pensando que era un río donde limpiar su cuerpo, y ya no sintió más que un desvanecimiento mientras un llanto femenino se apagaba lentamente.

Murió Francisco de Orellana rodeado por su esposa y poco más de una veintena de sus hombres, entre los que se encontraba Juan de Peñalosa, que se habría de hacer cargo de su entierro, y el chipriota Juan Griego, piloto del navío de Orellana que habría de sacar a los supervivientes de aquel laberinto de canales. Era uno de los últimos días de noviembre de 1546. Bajaron a tierra y Juan de Peñalosa ordenó excavar una fosa. Unos cuantos hombres se encargaron de la tarea; obedeciendo un impulso ciego eligieron un lugar al pie de cualquier árbol, no muy lejos del río. No iba en la expedición ningún fraile, pero después de enterrar el cadáver mascullaron algunas oraciones que recordaban desde la infancia y clavaron una cruz sobre la tumba. Luego acompañaron a Ana de Ayala hasta el bergantín y cuando subieron a él dirigieron una última mirada hacia atrás y se alejaron lentamente. No sabían cuál podría haber sido el destino de los compañeros que habían quedado en la isla esperando su regreso al frente de Orellana, por tanto Juan Griego decidió salir al mar

y encaminarse con rumbo Norte, sin perder de vista las costas, hasta llegar al Caribe. Sin lugar a dudas, muerto el Adelantado, aquella decisión era la más razonable.

Mientras sucedían estos acontecimientos, los hombres que habían permanecido a la espera de Orellana en aquella pequeña isla de las bocas del Amazonas, habían construido una pequeña embarcación, como se había convenido, pero cansados de esperar al capitán y desconfiando de que pudiera regresar a su encuentro, habían partido al frente de Diego Muñoz Ternero en busca del brazo principal, y al encuentro de Orellana. Les acompañaba un cacique indígena con seis canoas y, después de recorrer treinta y siete leguas río arriba hasta las islas de Marribuique y Caritán, continuaron otras treinta leguas más hasta encontrar una corriente de unas doce leguas de anchura, seguramente la corriente principal; pero, al no encontrar señales del Adelantado, decidieron volver río abajo. Así llegaron a una región, a unas cuarenta leguas de la desembocadura, de tierras tan buenas y abundantes que seis de los hombres decidieron quedarse allí, y, un poco más adelante, todavía cuatro hombres más abandonaron el barco para reunirse con los desertores. Cuando pudieron salir al mar, Muñoz Ternero tomó rumbo norte hacia la isla Margarita. Eran los primeros días de diciembre de 1546. Allí encontraron a los veinticinco supervivientes del bergantín de Orellana, entre los cuales se hallaba doña Ana de Ayala. No duró mucho la alegría tras el encuentro, porque casi inmediatamente conocieron también la noticia de la muerte del Adelantado, que suponía el desbaratamiento de la empresa conquistadora.

Solamente se habían salvado cuarenta y tres de los cuatrocientos soldados que habían partido de Sanlúcar. Muchos de estos hombres se encaminaron al Perú y uno de ellos, llama-

do Alonso Esteban, natural de Moguer, volvería a navegar por el Amazonas acompañando a Pedro de Ursúa, que lo incluyó entre sus huestes como guía de su expedición. Por su parte, doña Ana de Ayala, la joven viuda del Adelantado, se trasladó a Panamá, en compañía de Juan de Peñalosa. Junto a él pasaría todo lo que le quedaba de vida. Durante ese tiempo debió conservar gran parte de la belleza de su adolescencia, pues veintiséis años después, el 16 de febrero de 1572, habría de declarar, en la información de méritos y servicios de Peñalosa, que contaba la inverosímil cuantía de treinta y cinco años. De todos modos todavía en aquella ocasión hizo su declaración como viuda de Orellana. Queda en la incógnita si alguna vez pensaría durante esos años en lo que pudo haber sido su vida de haberse cumplido las promesas de Francisco de Orellana, pero ese dato, contenido en su declaración, permite aventurar que cuantas veces lo hiciese, su pensamiento quedaría anclado en un lugar cualquiera de una de las orillas del Amazonas o, tal vez, de alguno de sus brazos que forman un entramado de canales con aguas de múltiples tonos. Un punto de localización imposible, al pie de cualquier árbol…

DOCUMENTOS

RELACIÓN DE MÉRITOS PRESENTADA POR ORELLANA AL CABILDO DE GUAYAQUIL (4-2-1541)

En la cibdad de Santiago desta Nueva Castilla llamada Pirú, en cuatro días del mes de febrero año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo, de mil e quinientos e cuarenta e un años, estando en ayuntamiento según que lo han de uso e costumbre los muy nobles señores Rodrigo de Vargas Alcalde Ordinario en la dicha cibdad y Gómez Destacio e Francisco de Chávez e Pedro de Gibraleón e Alonso Casco e Juan de la Puente e Cristóbal Lunar regidores de la dicha cibdad y en presencia de mí el Escribano infraescripto pareció presente el capitán Francisco de Orellana teniente general de gobernación en la dicha cibdad e presentó una petición, el tenor de la cual es este que se sigue:

Muy nobles señores: el capitán Francisco D'Orellana teniente de gobernador general en esta cibdad, etc., e vecino della parezco ante vuestras mercedes e digo que en remuneración de lo que a su Majestad e servido en estas partes del

Perú, todo el tiempo que ha que resido en él así habiéndome hallado en las conquistas de Lima e Trujillo e Cuzco en seguimientos del Inca e conquista de Puerto Viejo e sus términos e haber perdido en ellas un ojo e ansí mismo ser les notorio el servicio que a Dios nuestro señor y a Su Majestad hice en la dicha villa de Puerto Viejo en el reparo de los españoles que a mi casa acudían e haber ido desde la dicha villa nueva de Puerto Viejo donde yo era vecino, con más de ochenta hombres de pie e de caballo e haber llevado más de diez o doce caballos que compré a mi costa e misión e repartídolos entre compañeros porque en la dicha villa se tuvo noticia como la cibdad del Cuzco donde estaba Hernando Pizarro e la de Lima donde estaba el señor gobernador estaban cercados de los índicos y en mucho peligro de se perder, recogí los dichos ochenta hombres a mi costa e misión pagándoles los fletes y otros gastos que debían en la dicha villa e adeudándome en mucha cantidad e suma de pesos de oro los llevé por tierra a mi costa e misión en la cual dicha jornada hice mucho fruto e gran servicio a la corona Real como persona celosa del; e habiendo dejado de cercadas las dichas cibdades e quedando fuera de necesidad el dicho señor gobernador e Hernando Pizarro, el dicho señor gobernador me mandó e dió provisiones para que en nombre de Su Majestad y en el suyo viniese a conquistar e conquistase con cargo de capitán general la provincia de la Culata en la cual fundase una cibdad lo cual por servir a Su Majestad acepté y vine a la dicha conquista, la cual yo hice con la gente que en ella traía a mi costa e misión e con muchos trabajos de mi persona e de los que conmigo andaban, por ser los indios de la dicha provincia indomables e belicosos e la tierra donde estaban, de muchos ríos e muy caudalosos, de grandes ciénagas e haber entrado en ella dos o tres capitanes e haberlos desbarata-

do e muerto muchos españoles; por lo cual los indios de la dicha provincia estaban muy orgullosos e después de los haber conquistado e puesto la dicha provincia debajo del yugo e obidiencia de Su Majestad, continuando en mis servicios, poblé e fundé en nombre de Su Majestad una cibdad la cual puse por nombre la cibdad de Santiago, en la población y fundamento de la cual yo hice e hecho gran servicio a Su Majestad, por poblarla en parte tan fértil e abundosa e ser en comarca que por ella se sirven e llevan proveimientos a la villa de Quito e Pasto e Popayán e se espera proveerán las demás que adelante se poblaren; lo cual no se podía hacer si la dicha cibdad no se fundara sin muchas muertes de españoles e grandes daños e pérdidas por estar la dicha provincia fuera de la obidiencia de Su Majestad e al presente se sirven las dichas provincias yendo un español o dos solos e como quieren sin ningund riesgo de sus personas e haciendas y estar en parte la dicha cibdad donde vienen navios hasta junto a ella; e ansí mismo el dicho señor gobernador viendo e sabiendo como yo lo había hecho, me envió poderes e provisiones para que en esta dicha cibdad y en la villa nueva de Puerto Viejo yo tuviese cargo de capitán general e teniente de gobernador, el cual dicho oficio yo acepté y he tenido e tengo la cibdad e villa en retitud e justicia e he usado e uso los dichos cargos bien e fiel e deligentemente e dellos he dado e doy buena cuenta. E porque yo quiero ir a enviar a suplicar a Su Majestad como a Rey e señor que agradecerá mis servicios e los que de aquí adelante espero hacerle que en pago dellos me haga mercedes, las cuales aquí no quiero expresar hasta las pedir e suplicar a Su Majestad; e porque Su Majestad manda por su provisión Real que cuando alguna persona de estas partes quisiere ir o enviar a pedir que le haga mercedes en pago de los servicios que a su Corona Real

en ellas hace, que dé la relación dellas ante la justicia de la cibdad, villa o lugar donde fuere vecino, el que lo tal quisiere pedir e suplicar a Su Majestad para que la dicha justicia diga si cabe en él y es persona a quien se debe hacer la tal merced; e porque yo el dicho capitán Francisco D'Orellana no aclaró aquí lo que quiero pedir e suplicar a Su Majestad e soy caballero hijodalgo e persona de honra e concurren en mi las calidades que se requieren para poder tener e usar de cualquier cargo ansí de gobernación o otro cualquier que Su Majestad fuese servido de me hecer, pido a vustras mercedes que conforme a la dicha provisión respondan e digan las calidades de mi persona e merecencia en servicios e si soy persona tal que en mí podrían caber cualesquier cargo e cargos y en todo respondan aquello que les parezca para que Su Majestad sea informado con verdad en el caso, para lo cual y en lo necesario el muy noble oficio de vuestras mercedes imploro e pido a vuestras mercedes me manden dar desta petición e su respuesta uno o dos o más treslados.— Francisco de Orellana.

NOMBRAMIENTO DE FRANCISCO DE ISÁSAGA COMO ESCRIBANO DE LA EXPEDICIÓN (4-1-1542)

En el pueblo de Aparia ques en este río grande que viene de los Quixos, a cuatro días del mes de enero año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil e quinientos e cuarenta y dos años, el señor capitán Francisco de Orellana teniente general de gobernador por el muy magnífico señor Gonzalo Pizarro Gobernador de Su Majestad nombró por Escribano deste real que trae del señor gobernador a Francisco de Isásaga para que antél pase todo lo que acaeciere y pasare y para que dé fee de lo que en la dicha jornada conteciere, el dicho señor teniente da poder al dicho Francisco de Isásaga en nombre de su Majestad y del dicho señor gobernador para que use el dicho oficio de escribano, testigos a todo lo susodicho el Comendador Cristóbal Enríquez y el padre fr. Gaspar de Caravajal y Alonso de Robles y Juan de Arnalte y Hernán Gutiérrez de Celis y Alonso de Cabrera y Antonio de Carranza. El dicho señor teniente lo firmó y los testigos.

Fr. Gaspar Carvajal Francisco D'Orellana

Fr. Q. G. P. Cristóbal Enríquez

Juan de Arnalte Alonso de Robles

Celis. Carranza Alonso de Cabrera

E luego el dicho señor teniente tomó e recibió juramento en forma (a mí) al dicho Francisco de Isásaga so cargo del cual juró de usar el dicho oficio bien e fiel y diligentemente y

el dicho Francisco de Isásaga dixo sí juro y amén. Testigos los dichos y el dicho Francisco de Isásaga lo firmó de su nombre.

Francisco D'Orellana

Francisco de Isásaga

ACEPTACIÓN DEL NOMBRAMIENTO

En este dicho día mes y año susodicho el señor teniente pidió a mí el dicho escribano Francisco de Isásaga que le dé fee y verdadero testimonio de como él en nombre de Su Majestad por el señor gobernador Gonzalo Pizarro toma posesión como su teniente general en este pueblo de Aparia y en el pueblo de Yrimara y en todos los demás caciques que han venido de paz y que le dé fee de cómo han venido a donde él está y le han servido y sirven y cómo ha tomado la dicha posesión sin embargo (sic) de nadie. Testigos que fueron presentes a ver tomar la dicha posesión el padre Fr. Gaspar de Caravajal y el Comendador Cristóbal Enríquez y Alonso de Robles y Antonio Carranza, Alonso Cabrera, Cristóbal de Segovia.

Yo Francisco de Isásaga Escribano nombrado por el dicho señor teniente doy fee y verdadero testimonio cómo este dicho día, mes y año susodicho tomo la vara de justicia en la mano y tomo en nombre de su e... por el señor gobernador Gonzalo Pizarro posesión en este pueblo de Aparia y de Yrimara la cual dicha posesión tomo sin contradición ninguna y más doy fee cómo han venido los dichos caciques de paz y han dado obediencia a Su Majestad y sirven y traen de comer para los cristianos. Testigos los dichos.

Francisco de Isásaga

SOLICITUD DE LOS MIEMBROS DE LA EXPEDICIÓN A FRANCISCO DE ORELLANA PARA QUE CONTINUE EL VIAJE Y NO REGRESE AL REAL DE GONZALO PIZARRO (4-1-1542)

Magnífico Señor Don Francisco de Orellana

Nos los caballeros y hidalgos y sacerdotes que en este Real nos hallamos con v. m. vista su determinación para caminar el río arriba por donde bajamos con vuestra merced e visto ser cosa imposible subir a donde vuestra merced dexó el señor Gonzalo Pizarro nuestro gobernador sin peligro de las vidas de todos nosotros y que es cosa que no cumple al servicio de Dios ni del Rey Nuestro Señor, requerimos y pedimos de parte de Dios e del Rey a vuestra merced que no empiece esta dicha jornada tan cuesta arriba en la cual se pone a riesgo las vidas de tantos buenos porque somos certificados de los hombres de la mar que aquí viene con el barco e canoas que aquí nos han traído que estamos del real del señor gobernador Gonzalo Pizarro, doscientas leguas e más por la tierra, todas sin camino ni poblado antes muy bravas montañas las cuales hemos visto por experiencia e vista de ojos veniendo por el agua abajo hemos tenido temor de perder todos las vidas por la necesidad e hambre que padecimos en el dicho despoblado cuanto más peligro de muerte temíamos subiendo con vuestra merced el río arriba; por tanto suplicamos a vuestra merced e le pedimos e requerimos no nos lleve consigo el río arriba por lo que dicho tenemos y representado a vuestra merced, ni se ponga en nos lo mandar porque será dar ocasión a desobedecer a vuestra merced y al desacato de tales personas, no han de tener sino fuese con temor de

la muerte la cual se nos representa muy descubiertamente si vuestra merced quiere volver el río arriba a donde está el señor gobernador y si necesario es otra y otra vez le requerimos lo sobredicho protestando a vuestra merced todas las vidas de todos y con esto nos descargamos de aleves ni menos desobedientes al servicio del Rey si no le siguiéremos en este viaje; todo lo cual todos a voz de uno lo pedimos e firmamos de nuestros nombres como por ellos abajo parecerá y pedimos a Francisco de Isásaga nos lo de por testimonio como Escribano que es de vuestra merced y decimos que estamos prestos para le seguir por otro camino por el cual salvemos las vidas.

Fr. Gaspar de Carvajal, Cristóbal Enríquez, Alonso de Cabrera, Alonso de Robles, Juan Gutiérrez, Vayón, Rodrigo de Arévalo, Carranza, Alonso García, Francisco de Tapia, Blas de Medina, Pedro Domínguez, Cristóbal de Segovia, Alonso Marques, Gonzalo Díaz, García de Soria, Gonzalo Carrillo, Gabriel de Contreras, Alonso Ortiz, Juan D. Vargas, Pedro de Porres, Pedro de Acaray, Cristóbal de Palacios, Hernán González, Baltazar Osorio, Juan de Aguilar, Sebastián de Fuenterrabia, Francisco de Isásaga, Diego Moreno, Juan de Elena, Juan de Alcántara, Lorenzo Muñoz, Ginés Fernández.

FRANCISCO DE ISÁSAGA DA FE DE LA AUTENTICIDAD DEL DOCUMENTO ANTERIOR

En cuatro días del mes de enero año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil e quinientos e cuarenta y dos años ante mí Francisco de Isásaga Escribano parecieron todos los caballeros e hidalgos que vinieron con el señor Francisco de Orellana teniente de gobernador al cual envió con ellos el muy magnífico señor Gonzalo Pizarro su gobernador a descubrir poblado para socorrer el Real de comida y parecidos ante mí me dieron este escrito de suso contenido para que yo en nombre de todos ellos y en su presencia que leyese y presentase al señor capitán Francisco de Orellana requiriéndole lo que en él lo requiere e me pidieron les diese todo lo sobredicho testimonio, e yo el dicho Escribano recibí el requerimiento de suso contenido en un pliego de papel con las firmas de los sobredichos y en su presencia dellos y del señor teniente lo presenté personalmente y le requerí como dicho es en nombre de todos todo lo sobredicho e lo contenido en el dicho escrito que es que no volviese el río arriba por donde bajamos en un barco y canoas doscientas leguas y más de despoblado de montaña sin comida ni sendero y que por otra parte de poblado estaban prestos y aparejados de ir con él a buscar su gobernador y capitán, en testimonio de lo cual así presentado ante mí personalmente el dicho señor teniente hice aquí mi signo dando como doy testimonio de verdad de todo ello.

ORELLANA ACCEDE A LA SOLICITUD CON LA CONDICION DE ESPERAR EN EL PUERTO DE APARIA POR SI HASTA ALLÍ LLEGASE GONZALO PIZARRO (5-1 1542)

En cinco días del mes de enero año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de mil e quinientos e cuarenta y dos años el dicho señor teniente y capitán Francisco de Orellana respondió e dijo que, visto el requerimiento a él hecho ser como es lo que piden ser justo por cuanto es imposible tornar a volver ir el río arriba, quél está presto aunque contra su voluntad de buscar otro camino para los sacar a puerto de salvación y aparte donde haya cristianos para que de allí todos juntos con el dicho señor teniente vayan a buscar su gobernador y dar cuenta de lo pasado y dijo que esto responde con condición que en este dicho asiento a donde al presente estamos se esperase al dicho señor gobernador dos o tres meses hasta que no nos podamos sustentar porque podría ser el dicho señor gobernador aportar a donde nosotros estamos y si por caso si no nos hallase corría mucho riesgo su persona la cual es grande servicio a su Majestad y que entre tanto que aquí esperamos, manda el dicho señor teniente se haga un bergantín para que el dicho señor gobernador siga el río abajo o nosotros en su nombre si él no viniera, por cuanto de otra manera no se pueden escapar las vidas sino es por el dicho río abajo y esto dijo que daba e dió por su respuesta y firmólo el dicho señor teniente de su nombre y pidió a mí el dicho Escribano se lo diese por fee. Testigos el Padre Caravajal, el Comendador Revoltoso, Alonso de Robles, Antonio de Carranza. En testimonio de lo cual hice aquí mío signo a tal en testimonio de verdad.

Francisco D'Orellana

TÍTULO DE ADELANTADO (17-2-1544)

Don Carlos, etc. Por cuanto nos habernos mandado tomar cierto asiento y capitulación con vos el Capitán Francisco de Orellana sobre el descubrimiento y población de ciertas tierras y provincias que habernos mandado llamar e intitular la Nueva Andalucía, en el cual dicho asiento hay un capítulo del tenor siguiente: Item, vos haré merced de título de Adelantado de lo que así descubriérais en la dicha costa en que así fuéredes gobernador, para vos y un heredero sucesor vuestro, cual vos nombrárdes; por ende, guardando el dicho capítulo que de suso va encorporado y vos cumpliendo todo lo en la dicha capitulación contenido, como estáis obligado, por la presente es nuestra merced y voluntad que ahora e de aquí adelante para en toda vuestra vida seáis nuestro Adelantado de lo que descubriérdes en la costa de la mano izquierda del río que os habéis ofrecido a descubrir y tuvierais en gobernación por virtud de nuestras provisiones y después de vos un heredero sucesor vuestro cual por vos fuere nombrado y señalado, y que como tal nuestro Adelantado vos y el dicho vuestro sucesor podáis usar y uséis del dicho oficio en los casos y cosas a él anejas y concernientes, segund y como lo usan los otros nuestros adelantados destos reinos de Castilla y de las nuestras Indias; y que cerca del uso y ejercicio del dicho oficio y en el llevar de los derechos a él pertenecientes, guardéis y seáis obligado a guardar vos y el dicho vuestro sucesor las leyes pragmáticas destos nuestros reinos que cerca dello disponen, y que podáis gozar y gocéis y vos sean guardadas todas las honras, gracias, mercedes, franquezas, libertades, exenciones, preeminencias, prerrogativas e inmunidades e todas las otras cosas y cada una dellas que por razón de ser nuestro Adelantado debéis haber y gozar y vos deben ser guardadas a vos y al dicho vuestro sucesor

después de vos y hayáis y llevéis los derechos y salarios y otras cosas al dicho oficio de adelantamiento debidas e pertenecientes; e por esta nuestra carta mandamos a los Consejos, Justicia, Regidores, caballeros, escuderos, oficiales y omes buenos de todas las cibdades, villas y lugares de las dichas tierras e provincias que vos hayan, reciban y tengan a vos y al dicho vuestro sucesor después de vos, por nuestro Adelantado dellas y usen con vos y después de vos con el dicho vuestro sucesor, en el dicho oficio y en todos los casos y cosas a él anejas y concernientes, e vos guarden y hagan guardar a vos y a él todas las otras honras, gracias, mercedes franquezas y libertades, preeminencias, prerrogativas e inmunidades e todas las otras cosas y cada una dellas que por razón del dicho oficio debéis haber y gozar y vos deben ser guardadas y vos recudan y hagan recudir con lodos los derechos, salarios y otras cosas al dicho oficio de adelantamiento debidas e pertenecientes; de todo bien y cumplidamente en guisa que vos no mengüe en de cosa alguna, según y como y de la manera que se ha usado, guardado y recudido y debe usar, guardar y recudir a los otros nuestros adelantados que han sido y son destos nuestros reynos y en las dichas Indias, e que en ello ni en parte del lo embargo ni contrario alguno vos no pongan ni consientan poner; ca Nos por la presente vos recibimos y habernos por recibir al dicho oficio y al uso y ejercicio dél, a vos el dicho Capitán Francisco D'Orellana, y después de vos al dicho vuestro sucesor y vos damos poder y facultad para lo usar y ejercer caso que por ellos o por alguno dellos a él no seáis recibido, siendo tomada la razón desta nuestra carta por los nuestros oficiales que residen en la cibdad de Sevilla en la casa de la Contratación de las Indias. E los unos ni los otros no hagais ni hagan en de al por alguna manera. Dada en la villa de Valladolid a diez y siete

de febrero de mil y quinientos e cuarenta y cuatro años. Yo él Príncipe. Refrendado de Sámano, firmada del Obispo de Cuenca y licenciado Gutiérre Velásquez y licenciado Gregorio López y licenciado Salmerón.

CARTA AL EMPERADOR (SEVILLA, 28-6-1544)

S. C. C. Majt.

Que se responda

Por otras he suplicado a V. M. fuese servido de mandarme proveer de un piloto portugués para esta jomada que por mandado de V. M. hago para la conversión y pacificación de la Nueva Andalucía por tener estos spiriencia de la navegación de la costa del Brasil por la haber continuado y pues esto no ha lugar por los inconvinientes que dello se podrían recrecer, a V. M. suplico sea servido de mandar que sus acreedores de un rentería a Francisco Sánchez pilotos personas expertas en la navegación, de quien tengo informado a V. M. por otra, les esperen por las deudas que les deben, durante el tiempo que fueren en este viaje, que será breve, porque ellos al presente no tienen con que pagar; e lo que deben principalmente es de cambios e intereses, porque si esto no se hace al presente, no se pueden haber otros pilotos algunos que algo entiendan ni los vuestros oficiales que residen en la casa de la Contratación desta ciudad han proveído dellos, como por V. M. les fue mandado y sería gran inconviniente que por falta de piloto se dilate mi partida, V. M. lo mande proveer así por el mucho servicio que dello se sigue a V. M.

Así mismo he sabido como algunas personas han dado a entender que yo trato mal a los que van en mi compañía y se hacen otras cosas que no parecen bien y si los que esto han escripto y publicado fuesen tan servidores de V. Majt., como yo lo soy, no lo harían así; pero yo estoy tan confiado en que haciéndose por mi parte enteramente lo que tocare al servicio de V. M. me será gratificado, y que no será parte ninguno

para que con falsa relación yo sea molestado, pues que hasta ahora he puesto y estoy presto de poner mi persona y hacienda en tantos trabajos como he pasado y espero pasar para mejor poder servir a V. M.; y si alguna cosa de lo que he hecho y dado relación a

V. M. se hallare en contrario, V. M. me mande castigar por ello y lo mismo mande hacer a los que lo intentaren de decir, porque si otra cosa hubiere de lo que tengo dicho, poca necesidad tenía yo de empeñar mi persona en más de cuatro mil ducados como hasta ahora lo he hecho para poner en toda orden las cosas del armada, como al presente lo están, la cual partirá muy brevemente y con poca ayuda de los que en ella van, como se ha dado a entender. De Sevilla XXVIII de junio 1.544.

D. V. S. C. C. Mjt.

Su muy humilde y leal vasallo que los pies y manos de V. M. besa.

Francisco Dorellana

CARTA AL EMPERADOR (SEVILLA, 22-10-1544)

S. C. C. Majt.

Si ha habido en mí algún descuido en no haber dado relación a V. Majt. del suceso de mis negocios, ha sido por no lo haber tenido hasta ahora, tal como quisiera, y también por el desasosiego y ocupación que he tenido buscando el remedio y buen despacho de mi viaje y después de haber pasado muchos trabajos, ha sido Dios servido de lo dar tal que no falta ninguna cosa de lo que es necesario para el armada por cuanto un caballero deudo mío nombrado Cosme de Chávez natural de Trujillo, servidor de V. M. me ha socorrido y ayudado con mil ducados y demás de esto ciertos mercaderes ginoveses, por interseción y buena amistad y negociación de Vicencio de Monte factor de V. Majt. me han socorrido así mismo con dos mil y quinientos ducados para mi despacho, los cuales han ofrecido más suma si necesario fuere, pónese toda la diligencia y solicitud que mis fuerzas bastan para que todo lo que conviene de mi despacho vaya bueno y bastantemente proveído para mejor poder servir a Vuestra Majestad como siempre, he tenido y tengo entera voluntad, con deseo de no errar en ninguna cosa de lo que me ha sido mandado y (encargado) de todo mi buen suceso, doy gracias a Nuestro Señor pues lo ha guidado como cosa que tanto importa a su servicio y al de V. Majt., sin intervenir en ello más ayuda de lo que aquí digo, yo me doy toda la priesa posible para me aviar de aquí y lo haré lo más brevemente que ser pueda y en tiempo conviniente, siendo Nuestro Señor servido. De Sevilla 22 de octubre de 1544.

D. V. S. C. C. Mjt.

Muy cierto y leal vasallo

Francisco Dorellana

CARTA AL EMPERADOR (SEVILLA, 21-11-1544)

S. C. C. M.

Por la última que a V. Majt. escrebí di cuenta del estado en que estaba el despacho del armada que por mandado de V. M. hago para la conversión y pacificación de los naturales de la provincia de la Nueva Andalucía y de como entendiendo en ello, para más perpetuarme y poder sevir a Dios Nuestro Señor e a V. M. en aquella tierra, me casé y pues en otras he dado larga cuenta de cómo en mis negocios he tenido grandes contrarios; y por diversas vías para impedir una empresa como esta que tanto importa al servicio de Dios Nuestro Señor y de V. M., en esta no me alargaré más de advertir que los que lo han procurado, como veen el buen despacho que hay de lo necesario, prosiguen al presente muy mas afectuosamente su dañado propósito e intención, todo en deservicio de V. M. y desasosiego de la gente que llevo, lo cual por se hacer tan oculta y cautelosamente, no se puede señalar persona cierta más de hablar con conjeturas y ponderar el daño que sus obras hacen, porque si algunas cosas no han habido entero afecto con brevedad, ha sido por este gusano que ha estado de por medio; y porque podría ser que los tales prosiguiendo su mal propósito e intención hayan informado o informaran de algunas cosas que mas sean para querer fundar sus intenciones, que no para aprovechar al servicio de V. M. ni al breve despacho desta armada, así en lo del socorro que los ginoveses han hecho como en otras cosas de semejante efecto, suplico a V. Majt. que pues siempre mi intención y voluntad ha sido y es de servir a V. M. con toda solicitud y fidelidad como lo he hecho, se tenga de mí confianza que lo que se hubiere hecho y se hiciere para facilitar mi aviamiento será en servicio de Dios Nuestro Señor y de V.

M. y en provecho de los naturales de aquella tierra y de los que la van a poblar y pacificar como V. Majt. lo podrá mandar ver y saber, todo por el despacho y persona que yo enviaré en estando a punto mi partida, que con el ayuda de Nuestro Señor, será breve, el cual dé en todo el suceso que deseo para del servicio de V. M. De Sevilla, 21 de noviembre 1.544.

D. V. S. C. C. M.

Muy leal y muy cierto vasallo

Francisco Dorellana

BIBLIOGRAFÍA

Alvarado Garaicoa, Teodoro.: *El río de las Amazonas*. Departamento de Publicaciones de la Universidad de Guayaquil, 1967, Guayaquil.

Arnedo, Carlos de,.: «Orellana, descubridor del Amazonas», *Temas Españoles*, n.º 34, 1953, Madrid.

Benites Vinueza, Leopoldo.: *Los descubridores del Amazonas. «La expedición de Orellana»*. Ediciones Cultura Hispánica, 1976, Madrid.

Busto Duthurburu, Antonio.: *Francisco de Orellana. Lope de Aguirre*. 1965,Lima.

Carvajal, G. de, P. de Almesto y Alonso de Rojas.: *La aventura del Amazonas*, Edición de Rafael Díaz Maderuelo. Historia 16, 1986, Madrid.

Gil Munilla, Ladislao.: *Descubrimiento del Marañón*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. 1954, Sevilla.

Jos, Emiliano.: «Centenario del Amazonas: la expedición de Orellana y sus problemas históricos», *Revista de Indias*, n.º 10 al 13. 1942-1943,

Majó Framis, Ricardo.: *Vidas de los navegantes, conquistadores y colonizadores españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII*, Tomo I: Navegantes. Aguilar, 1957, Madrid.

Medina, José Toribio.: *Descubrimiento del río de las Amazonas, según la relación hasta ahora inédita de Fray Gaspar de Carvajal, con otros documentos referentes a Francisco de Orellana y sus compañeros.* 1894, Sevilla.

Pérez de la Ossa, Huberto.: Orellana y la Jornada del Amazonas. 1935, Madrid.

CRONOLOGÍA

ORELLANA	AMERICA	ESPAÑA	EUROPA
1511 Nace en Trujillo.			Liga Sama.
1512	Leyes de Burgos sobre el trato a los indios.	Anexión de Navarra.	Nacen Tintoretto y Mercator.
1513	Nuñez de Balboa descubre el Mar del Sur.		
1517	Hernández de Córdoba, en Yucatán.	Comienza el reinado de Carlos I.	Martín Lutero fija sus 95 tesis en Wittenberg.
1519	Hernán Cortés comienza la conquista de México. Fundación de Panamá.		Carlos V, emperador de Alemania.
1520	Descubrimiento del Estrecho de Magallanes. Noche triste de Cortés en México.	Comienza la sublevación de las Comunidades de Castilla.	Excomunión de Martín Lutero.
1521	Concluye la conquista de México.	Sublevación de las Gemianías en Valencia.	Dieta de Worms.
1522	Pascual de Andagoya reconoce la costa colombina.		Finaliza la Primera Vuelta al Mundo.

1524		Se crea el Consejo de Indias.		
1526	Carlos I pasa por Trujillo.	Gonzalo Fernández de Oviedo publica la 1.ª parte de su *Historia General y Natural de las Indias.*		Los turcos otomanos ocupan Hungría
1527	Orellana se traslada a Indias. Estancia en América Central.	Decisión de «Los 13 de la fama».	Nacen Felipe II y fray Luis de León.	Saqueo de Roma por las trollas imperiales.
1528	Estancia en Guatemala. Estancia en Nicaragua.	El 27 de marzo, Carlos V concede a los Wesler permiso para gobernar Venezuela.		Andrea Doria libera Génova.
1529		Capitulación de Francisco Pizarra para la conquista del Perú. Se crea el virreinato de la Nueva España.	Cesión de Las Molucas a Portugal por el Tratado de Zaragoza.	Viena, sitiada por los turcos otomanas.
1530		Polémica entre Las Casas y Sepúlveda.	Nace Juan de Herrera.	
1531		Comienza la conquista del Perú. Diego de Ordás inicia su expedición al Orinoco.		Coronación de Carlos V como Emperador, por Clemente Vil. Liga de Smalkalda entre el Emperador y los protestantes alemanes.
1532		Muere Diego de Ordés en su regreso a España. Descubrimiento de California.	Francisco de Vitoria sienta las bases del Derecho Intencional.	Rechazo de los turcos en Austria.
1533	Prohable traslado de Orellana a América del Sur. Primera fundación de Guayaquil.	El 15 de noviembre		
1534	Segunda fundación de Guayaquil por Benalcázar.	Sebastián de Benalcázar ocupa Quito.	Se constituye la Compañía de Jesús.	Cisma de Enrique VIII.

1535	Probable pérdida de un ojo en la batalla. Fundación de Puerto Viejo.	Benalcázar funda Popayán y Cali.		Alianza de Francisco I con Solimán.
1537		Jiménez de Quesada en Bogotá.		
1538	Batalla de las Salinas. Orellana funda de nuevo Santiago de Guayaquil. Fr. Gaspar de Carvajal en Lima.	Se introduce la imprenta en México.		Excomunión de Enrique VIII.
1540	Gonzalo Pizarra llega a Quito como gobernador (1 diciembre).	Pedro de Valdivia, en Chile.	Paulo III reconoce la Compañía de Jesús.	
1541	Gonzalo Pizarra parte en busca de la canela (febrero). Orellana se une a la expedición. Separación de Orellana.	26 de junio: muerte de Francisco Pizarra. Vázquez Coronado explora el oeste norteamericano.		Calvino en Ginebra.
1542	Navegación del Amazonas. Llegada a Cubagua.	Carlos V promulga las Leyes Nuevas de Indias. Gonzalo Pizarra regresa a Quito el 24 de junio.	Comienza la cuarta guerra con Francia.	
1543	Regresa a la Península: Corte de Juan III de Portugal. Traslado a Valladolid en mayo. Declaraciones ante el Consejo de Indias.	Felipe von Hutten explora el Vaupés.		Niza sitiada por tropas franco-turcas.
1544	El príncipe Felipe firma capitulaciones con Orellana. Nombramiento de Adelantado de la Nueva Andalucía. Matrimonio con Ana de Ayala.	Hutten regresa herido de La Tierra de Omagua.	Paz de Crespy.	
1545	Regreso al Amazonas.			Apertura del Concilio de Trento.

1546	Muerte de Orellana. Los supervivientes de la expedición llegan a la isla Margarita. Ana de Ayala y Juan de Peñalosa se trasladan a Panamá.	Batalla de Añaquito.	Muerte de Martín Lulero.

RAFAEL DÍAZ MADERUELO. Nacido en Madrid, España, 1946. Profesor de Antropología cultural y Etnología de América del Sur en la Universidad Complutense de Madrid. Ha realizado investigaciones de campo en Brasil, donde fue invitado para impartir enseñanzas de Antropología en la Universidad Federal de Pernambuco, Recife, Brasil (2 semestres 1978) y desde 2001 profesor en la Universidad de Castilla-La Mancha. Asimismo, ha llevado a cabo investigaciones en España, cuyos resultados ha publicado en revistas científicas españolas y americanas.

ÍNDICE

Francisco de Orellana	2
Introducción	6
De Trujillo a Sudamérica	10
Descenso de los Andes	27
Separación de Orellana	45
El juramento	55
En aguas del Amazonas	59
Las Amazonas	79
Llegada al mar	88
Regreso a la Península	100
Preparativos de la expedición de conquista	110
La huida hacia adelante	126
Documentos	140
Bibliografía	161
Cronología	163
Sobre el autor	167